Fran Nore

ENEMIGOS DEL ALMA

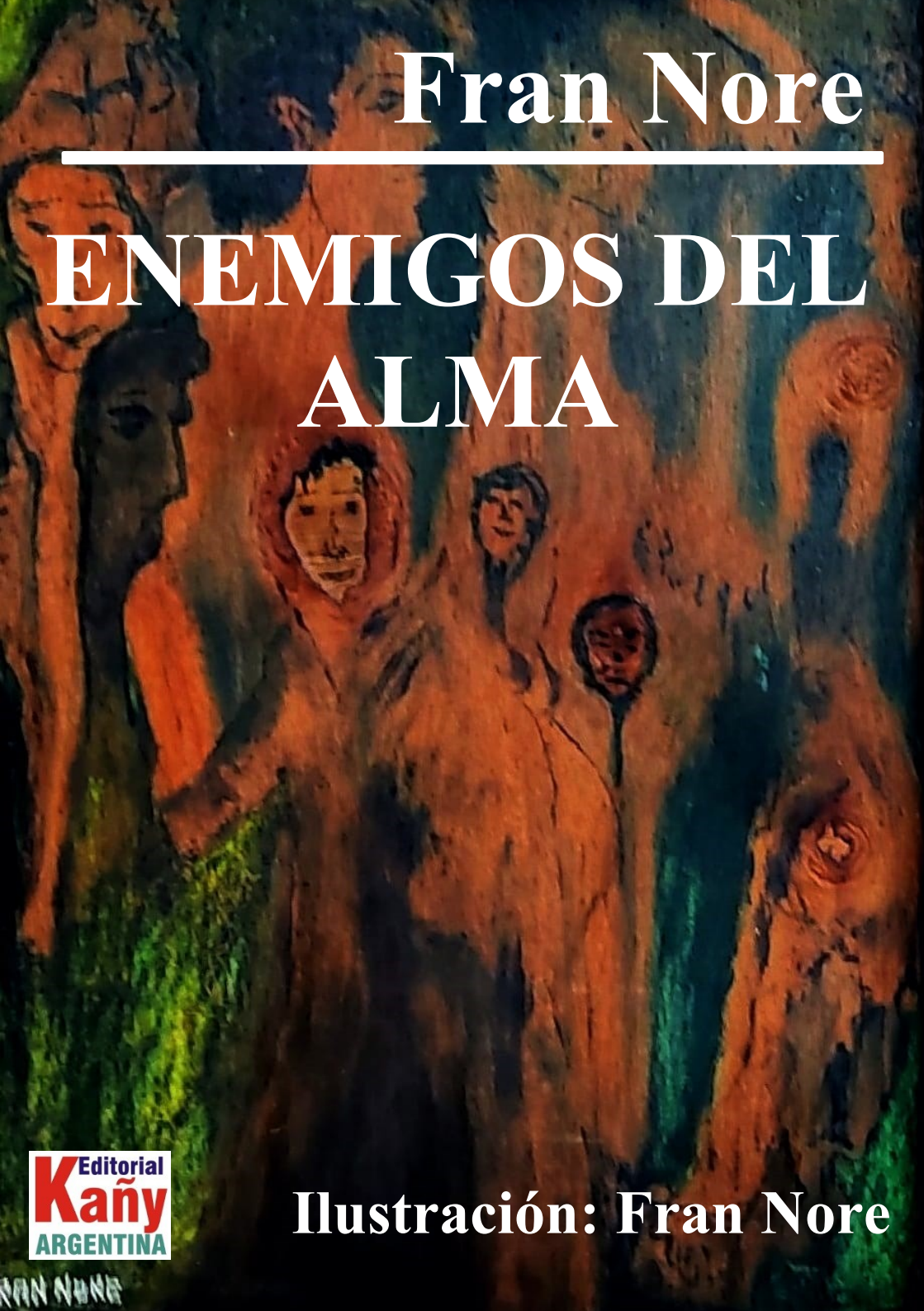


Ilustración: Fran Nore

Editorial Kañy
ARGENTINA

COLECCIÓN NOVELAS HISPÁNICAS
Segundo Volumen de la Colección:
"Enemigos del alma" – Fran Nore.

Editor: Yu'i Páez

Diseño e ilustración de tapa: Fran Nore

Editorial Kañy de descarga y distribución gratuita:

https://drive.google.com/drive/folders/1whV2uTWzHPnwEZWhGouFhVVMfCKFLHlY?usp=sharing

Escuela de Oficios y Saberes
Facebook: Editorial Kañy
E-mail: editorialkany
Rosario - Villa Constitución - San Nicolás – Argentina
Noviembre 2022

ENEMIGOS DEL ALMA

Fran Nore

In memoriam de mi difunto padre

"Con los que viajo, sueño…"
Víctor Gaviria

Viajar es marcharse de casa,
es vestirse de loco
diciendo todo y nada en una postal.
Es dormir en otra cama,
sentir que el tiempo es corto,
viajar es regresar.
Gabriel García Márquez

Un hombre o una máscara
Abajo en el río
Andrés Rendón

Nunca imaginé que me enamoraría de verdad, es decir, que hubiera un sentimiento latente, un sentir de compromiso por alguien

A la joven y bella Janis Alcira la conocí en un viaje repentino que hice a Bogotá. Supongo que todos los viajes son prestos e inesperados.

Nos vimos por primera vez hablando en el Mercado de San Alejo o llamado "De Las Pulgas", coexistiendo como si fuéramos ya viejos conocidos; luego concretamos follar sin más preámbulos, rápidamente.

Es mía. Era mía, fue mía su esencia. Solía repetirme, entusiasmado.

Ante su contacto parecía suspendido y alado, el perfume de su piel me trastocaba con su bella cadencia, su ardiente sexualidad me desviaba de las raras ideas que alimentaba en esos instantes.

En nuestra grata intimidad, caían sobre nuestros cuerpos las gotas de sudor de nuestro agite maravilloso. Ella palpitando de resplandores melifluos, refulgente y ardiente.

Me aventuraba a explorar su cuerpo, empujado hacia la inexorable calidez de su piel y de sus acalorados besos, satisfecho por sus estremecimientos lúdicos, por sus eróticos temblores que me provocaban irrigaciones inesperadas, por fin me sentía ciudadano de un continente amoroso.

Embebido observando su definida cara, me deleitaba con sus orgasmos disparados por la presión de su deseo amoroso. Su

cuerpo provisto de una fuerza animal caía sobre mí, en ignición.

No mirarla y degustarla era un sacrilegio.

Luego, prometiéndonos un mundo de placer en la deleitosa invasión de nuestros poros y sentidos, de nuestras fibras que querían entremezclarse, fusionarse en una sola piel.

Para mí el acto sexual es un saludo que intercambian dos almas.

En todo encuentro erótico hay un personaje invisible y siempre activo, la imaginación, si no se presenta, resulta ser un fracaso inminente. Es por ello que el placer sin creatividad o inteligencia alguna, resulta ser todo un imposible. Finalmente, y en este mundo de inseguridad tanto por actos de violencia como enfermedades de transmisión sexual, el sexo con personas desconocidas resulta ser atractivo y sumamente riesgoso si no se toman medidas de control y seguridad; así que siempre busquemos en primera instancia un vínculo de amistad con una persona interesante, inteligente y con una clara orientación sexual psíquica, emocional y biológica.

Sabía que de veras quería estar conmigo, segura de no desprenderse de mi lado; creía que el agobiante pasado de su familia no le daría alcance nunca.

Le propuse que nos fuéramos juntos a vivir a Medellín, al municipio de Cielo Roto, mi pueblo natal. Y ella accedió condescendiente, guiada por su anhelo de amor.

Pronto empacamos nuestras pertenencias y nos mudamos de Bogotá a Medellín, nos fuimos a vivir juntos como lo habíamos decidido.

Ya en la municipalidad de Caldas, pueblo de Cielo Roto, le presenté a mi madre, y más luego a mis mejores amigos.

En ese entonces mi padre, que estaba divorciado de mi madre, vivía con mi hermana Fulgencia en otra casa en las afueras del pueblo, estaba vivo y coleando, y trabajaba en una tienda de legumbres.

Me acerqué a él, sin resabios, y comencé a ayudarle en la legumbrería, mientras Janis Alcira trataba de encontrar qué hacer en su tiempo libre, pronto empezó a producir hermosas artesanías, pulseras, cinturones, y a confeccionar hermosos bolsos de cuero.

Para ese entonces mi padre estaba vivo, era un hombre agradable y simpático, y yo trabajaba con él.

- Madre, quiero vivir mi vida con Janis Alcira.

- ¡Vea pues!

Entonces volvía a embriagarme y sumergirme en los ardientes besos de Janis Alcira, en su recato virgíneo por cuidarme y en la benevolencia de su pecho oloroso a rosas frescas, escondido bajo su falda estampada de azaleas que el viento subía hasta las rodillas.

La cargaba entre mis brazos y la depositaba en el lecho de la alcoba donde acariciaba su cuerpo de rósea piel.

Ella era mi sueño cercano.

Su rostro salpicado de lunares, hundía mis manos en su cabello negro con un frenesí sensual y casi infantil.

- ¿Qué estás haciendo? –preguntaba sonriente.

- Toco tu cabello…

Tocaba su cabello, sus espaldas, su voz.

Ella, se reía a carcajadas, a veces era enojadiza, y me hacía reproches.

Volvíamos a estar sonrientes, y así de nuevo concretábamos nuestro romance.

El calor de deseos inconclusos sudaba por mi cuerpo, la vida me era extraña, pensaba que aquel amor era solamente un capricho loco de mi naturaleza perturbada, pero luego entendí que era el toque del amor que a ningún humano dispensa de conectar con la intensa lucha que libran los sentidos y el espíritu.

La vida de los enamorados significa la maravillosa mecánica de los símbolos, palpitando entre sensaciones universales.

En mi juventud las adicciones a la bebida y al cigarrillo, mis gustos por la música rock y a las músicas urbanas, a la música andina, la cumbia, el mapalé, el tango, el blues y el jazz, eran habituales en mi cotidianidad.

Y esto preocupaba a mi madre, que estuviera en juergas con amigos.

Por otro lado, de Estados Unidos llegaba a torrentes el basurero tecnológico, la música basura y el cine de consumo; pronto los países de Japón y China nos invadieron también aceleradamente con sus inventos musicales y futuristas.

Y yo, ¡ah, enamorado de Janis Alcira! ¡Qué maravilla de amor!

Alimentábamos nuestras ansias de amarnos a cada instante; pero mientras tanto me empleaba trabajando en la legumbrera de mi padre para poder estar con Janis Alcira, y cubrir nuestros gastos.

Mi doliente madre no alcanzaba una economía sostenible, después de la muerte de mi padre se afectó su manutención.

Y ella sola debía abrirse paso a conseguir un estado financiero prospero.

Aunque mi soledad era cuestionable, sólo Janis Alcira la remediaba.

En la casa el mundo era totalmente diferente a la realidad escabrosa que se vivía en las peligrosas calles de Medellín y sus barrios.

Y hasta el municipio de Caldas se había puesto de repente sumamente peligroso.

Se cumplían bodas de hierro tras la separación violenta y de mal acuerdo entre mis padres. Hubo un tiempo, cuando vivían juntos, en que discutían mucho y se pasaban las horas agrediéndose verbal y físicamente. Con el tiempo descubrieron que no se entendían en lo absoluto, y era mejor seguir cada uno un camino distinto. Fulgencia, mi hermana mayor, se fue con mi padre, con la intención de cuidarlo y no dejarlo abandonado. Y mi madre se quedó conmigo, casi sola y resignada a la inevitable separación que por tiempo nos devoraba; y luego, el flujo de la distancia afectiva volvía y nos unía.

Pronto Janis Alcira empezó a comprar alucinógenos en esas "ollas" de venta y consumo de drogas del pueblo, solía ir a arriesgar su vida con un amigo que le había presentado, y del cual se había hecho muy compinche.

A mis preocupaciones se sumaba la seguridad de Janis Alcira.

Mi padre había vendido una gran finca que tenía en la vereda Cuatro Palos, ubicada por el corregimiento de Minas de Amagá; y, con ese dinero había terminado de construir su casa en la vereda y también nuestra casa en la municipalidad de Caldas, pueblo mejor conocido como Cielo Roto, esto debido a que llovía constantemente a cántaros.

Y yo, embriagado de romance, instalaba en la casa de mi madre al gran amor de mi vida, a mi Janis Alcira.

Mi madre se oponía a mi prematura relación, tan inesperada y sorpresiva, además porque no había terminado mis estudios; pero, concluí que sería fácil romper sus negativas.

- Con' que te casas… ¿eh? –me preguntaba.

- Sí, mamá. Nos casaremos en la iglesia del pueblo.

- ¡Felicidades, hijo mío! –refulgía con su cálida mirada-. Invita a tu padre y a tu hermana Fulgencia a la boda, días que nos los veo caminando por estos lares ¿esta tu padre bien de salud? Prométeme saludarlo, tú que lo ves a diario en la tienda de legumbres, Como sabrás, a mí ya no me quiere ver ni en fotografías en el aire... -se quedaba meditabunda- ¿Y Janis Alcira te quiere mucho?

- A lo mejor sí me quiere mucho, madre.

- ¿Y de qué van a vivir?

- Trabajaremos los dos… Yo en la legumbrería y ella haciendo artesanías...

A mi madre que se daba por enterada de mis serias pretensiones de casarme con Janis Alcira, la unión le parecía exagerada, por no decir descabellada y no la aprobaba, seguramente; sin embargo, yo no buscaba su aceptación y no me afectaba en nada que no quisiera para mí a esa mujercita salida de la nada. Era natural su negativa. Era natural que mi madre sintiera miedo y celos por mis aspiraciones futuras.

En su profundo interior se derrumbaban todas sus expectativas sobre mi felicidad. Pero yo no la quería hacer sufrir. Mi madre quería ser partícipe de mis decisiones, con todos sus riesgos, y se inquietaba mucho cuando le advertía premonitoriamente no ocasionarle disgustos ni a ella ni a Janis Alcira.

Deposité mi confianza en mi madre mientras veía que, ante mí, poco a poco, se reforzaba más todo el amor que sentía por ella. De igual manera pasó con Janis Alcira.

Mas sin embargo, pronto descubría que mi vida entre la comunidad del pueblo había llegado a un punto crucial.

Algún tiempo atrás, pensé, que mis viajes por Bogotá, tan conflictivos, era para fomentar mi estado de rudeza y fortaleza. Quería vivir retirado y solo en esa ciudad infinitesimal. Pero al conocer a Janis Alcira mis puntos de vista habían dado otro giro.

Y a la carga para rescatar las relaciones interpersonales tan afectadas en estos tiempos caóticos.

Janis Alcira con su melodioso caminar registraba las calles, su presencia aérea por los bulevares, su prestancia en los bares.

Cuando estaba a mi lado me observaba frunciendo el ceño, pero no objetaba ningún comentario.

La reprendía por su desatención y la mala presencia de su cabello largo y revoltoso.

Ella silbaba una cantilena apasionada. A veces pensaba que era solamente una hermosa mujer maquinal acaso sin escrúpulos.

Janis Alcira se percataba de que hombres extraños la acosaban, su erotismo despertaba los instintivos y salvajes placeres de aquellos seres apasionados que intentaban robarle, a mis espaldas, caricias y besos.

La joven ansiaba vivir en los campos íntimos y profundos del placer y del deseo, tal vez porque su belleza y juventud se lo permitían.

Destilaba seducción poro a poro, esa sensación sensual y sexual que aborda nuestro cuerpo en cada fibra, que enaltece las miradas vigilantes de nuestros admiradores.

- ¡Salgamos con tus amigos de fiesta! –se enaltecía exenta de ironía, y así parecía estar más atenta y ansiosa.

- Todo a su debido y oportuno tiempo –le respondía.

La apasionada mujer había conmocionado la testosterona de mis amigos. Ellos venían de todos los barrios de la ciudad a visitarme y a conocer a mi prometida.

A todos los recibíamos en mi casa. Janis Alcira, con todos quería congeniar, despertando mis celos.

Había hecho Janis Alcira, por aparte, nuevas amistades con otros hombres deseosos de su sexo, ella les daba cuenta de otras tierras inhóspitas plasmadas en su cuerpo.

A veces prefería que viviéramos lejos de la ciudad, pues verdaderamente la pequeña ciudad de Cielo Roto o Caldas, estaba allá en El Suroeste, retirada y ausente.

Todos estos pretendientes -mis hambrientos amigos- se sentían atraídos por su belleza; ya me sentía ofendido de que ella congeniara con los ideales y con las resoluciones de esos hombres dispuestos a halagarla.

Cada vez más desmejorábamos nuestra relación, era como si ella tuviera otros intereses ajenos a mí; pues nunca había nada definitivo en nuestras conversaciones postergadas. Ni siquiera sabía si terminaría o no sus estudios interrumpidos por arriesgarse a vivir conmigo, o pensaba viajar donde su padrastro que vivía en Bogotá, cuando alguna vez me confesó que planeaba volver.

Luego sucedió un corto tiempo en que escasearon nuestros acercamientos verbales. Pero, en las frías noches, Janis Alcira se arropaba junto a mí. Entre más cerca estábamos parecíamos lejanos. Hubo un tiempo en que nos acostumbramos a dormir en la cama con diferentes cobijas. La situación se estaba saliendo de encuadre.

Cuando estábamos en la terraza de la casa, nos invadía la panorámica gris de la pequeña y remota ciudad de Caldas, brumosa entre las titilantes luces de sus casas atiborradas.

En los dinteles, los hombres bebían vodka y cervezas y fumaban cigarrillos, hacían de escanciadores cuando las juergas se salían de control. En el ambiente sonaban las paradisíacas notas de los acordeones, de las guitarras y de muchos otros instrumentos musicales, las voces de los festivos y alegres presentes cantando a unísono y ofreciendo brindis por las mujeres vergonzantes del lugar, rameras que serán de todos los clientes que puedan pagar.

Las manos de los músicos que alegraban la faena eran como rápidas cascadas sobre las cuerdas de las guitarras. Los embriagados cantaban canciones campesinas. Todos bebían de las cubas fraternas de las cantinas. Éstas se extendían a lo largo de las calles de venteros y puestos de fritangas.

En las fiestas, alegradas y animadas por mujeres baratas que se llevaban a los hombres a los cuartuchos de los míseros hoteles sumergidos entre los peligrosos vecindarios, para alternar un rato de placer, sucedía algo semejante al amor.

Las jevas de la noche tampoco eran del todo mujeres descuidadas, se maquillaban con esmero y se peinaban sus largas cabelleras con peinetas de nácar, cuidadosamente. A veces daban esa sensación de querer parecer apetecibles hojas retiradas de las lechugas frescas; y, así más fácilmente los hombres exaltados quieren mondar.

Pero en las fiestas también tienen privilegios y sus turnos de actuación.

Las bailarinas vienen con sus camisas mojadas, aparecen ardientes destilando lava volcánica, entre sensuales risas,

acercándose maliciosamente a los pazguatos síclos; otras paracunatanas zarandeando con propiedad entre carcajadas a los hombres ya ebrios.

A la media noche, son las dueñas de las fiestas y de las cuerdas motrices de los corazones de los hombres apasionados, reparten alocados besos, se abrazan enloquecidas a los hombres prontos a estallar.

Se bañan las tetas en cervezas y en licor para avivar los candentes deseos de los sedientos clientes.

En aquel éxtasis carnavalesco, estas lujuriosas mujeres empujan a los hombres a la extrema diversión; y ellos, sintiéndose privilegiados en el placer, vislumbrando rostros ansiosos, están comprometidos al sexo y a la alharaca, borrachos y babeantes de deseo, hasta entrada la madrugada.

Permanezco solitario y retirado de las muestras de fingido afecto de las mujerzuelas.

Algunas cantaban para amenizar la ocasión, no rechazaban las ofertas y las pretensiones de aquellos hombres ardientes.

En mi mente sólo aparecía la imagen de Janis Alcira.

Aunque, en definitiva, me sentía utilizado, algo perdido. Esa rareza de extravío sonoro, gritaba dentro de mi corazón, y suponía que nunca me abandonaría en los momentos de alegría, pero tampoco en los momentos más difíciles de mi vida.

Cantaban las mujerzuelas para todos.

Me aburrían sus voces, sólo la voz de Janis Alcira me enaltecía.

Luego decidía regresar a casa antes de que amaneciera.

Salía de esas cantinas fiesteras y me internaba por las desoladas calles de la pequeña ciudad de Caldas, amaneciendo.

De prisa alcanzaba los caminos desolados hacia mi casa.

No tenía miedo de internarme solo, a esas horas de la madrugada por los imbricados senderos que conducían a mi hogar.

Caminaba pensativo, algo abrumado, llegaría a casa a recostarme.

Me detenía en el parque, a sentarme en un banco de cemento, me quedaba adormilado allí. En mi súbito adormecimiento veía el rostro de Janis Alcira. Ella reía, grácil y juvenil. Me despertaba, gracias al cansancio era presa fácil de las alucinaciones.

Cuando me despabilaba del repentino resuello, sobresaltado y sudoroso, ya era mediodía.

La luz solar invadía la atmósfera del parque.

De las ramas de los árboles caían perezosamente las hojas resquebrajadas por el viento.

Los arduos transeúntes se agitaban en sus faenas cotidianas.

Necesitaba presto sacudirme del trasnocho, del desvelo y la resaca, debía estar ya preparado para ir a recibir el turno de mi padre en la legumbrería. Tendría que darme prisa si quería llegar hasta la casa y poder ver a Janis Alcira, antes de ir a trabajar.

No sospechaba, que dentro de poco, ella sólo existiría lejos, en la atrocidad de la nostalgia.

Al llegar a la casa estaba sudoroso y tenía mal aspecto, con la barba crecida y los ojos enrojecidos, pues estaba aún algo alicorado, aunque había caminado con vigor.

Al entrar encontré a Janis Alcira en la sala de la casa, descalza y animosa, confeccionando bolsos de cuero.

Al verme alzó la mirada y cedió a mis abrazos.

Luego me miró con tristeza, un presentimiento repentino la agobiaba.

Me presentaba ante ella, alto y flaco, en el entorno de mis ojos se formaban ojeras.

- ¿De dónde vienes? –me preguntó-. ¡Hueles a alcohol!

Era todo en ella de una arrebatada pureza, de una singular picardía.

Entonces le sonreía, y mi sonrisa iluminaba toda su cara y disipaba también la abatida nostalgia que sentía de haber dejado a su familia por venirse a vivir conmigo.

- Vengo de la cantina, anoche estuve bebiendo con unos amigos…

- Te esperé toda la noche…

Se enturbió mi mirada.

- Me entretuve en la cantina, escuchando música y fumando…

- Debiste haberme avisado…

- Sí. Lo sé…

Entonces volvíamos a discutir, cada uno enfadado a su manera.

Ni mis comprensivas palabras ni las suyas hacían efecto en nuestras desorganizadas conductas.

Mi ferviente deseo de que viviéramos juntos, aún sin casarnos, se vio hecho realidad desde que nos habíamos conocido en Bogotá.

Habíamos roto jarras con vino, siguiendo el rito de una antigua ceremonia indostánica. Y, efectuando ese ceremonioso ritual, ya éramos marido y mujer. Pero según la religión indostánica.

Repentinamente estábamos viviendo juntos. De hecho, estaba terminando de acondicionar bien y mejor el aspecto del nuevo apartamento que íbamos a ocupar, gracias a que mi padre nos había facilitado acceder a otro lugar para vivir.

Pero ella estaba aburrida, quería que nos fuéramos a vivir al centro de la ciudad de Medellín.

Ante nosotros aparecía el presente automáticamente: el trabajo y el hogar.

Todo por un tiempo siguió igual. Ella continuó confeccionando bolsos de cuero, y yo concentrado trabajando tiempo completo en la revueltería de papá.

Aún así procuraba tener tiempo para estar con ella.

Solíamos ir a las ferias de San Alejo, que se hacían el fin o comienzo de cada mes en El Parque Bolívar de la ciudad de Medellín.

Necesitábamos trabajar, recoger dinero y ahorrar para pagar las deudas que nos exigía la nueva casa.

Janis Alcira siempre estaba bella y sonriente, dispuesta a complacerme, con sus caricias y sus besos, con la entrega de su delicado y delicioso cuerpo.

Todos los recuerdos del pasado desaparecían mágicamente de la misma manera como habían llegado a nuestra mente.

Pero nuestra vida empezaba a tornarse cotidiana, ahora parecía simplemente un guión repetido en el transcurso de los días.

Por su parte, Janis Alcira parecía adaptarse ligeramente a nuestra nueva vida.

Sentía una fascinación excelsa por ella; asimismo los impulsos de mis amigos por arrebatármela.

Pero mis celos me perdieron.

En ocasiones, me sentía molesto con su comportamiento desatento, tan permisible con mis amigos. Terminábamos discutiendo. Resolví prohibir a mis amigos volver a la casa con pretensiones de visita, pues la única cosa que querían era verla a ella en su constante euforia seductora, poder flirtearla en mi ausencia, incluso delante de mí.

Ella no lograba soportar mis celosas recriminaciones. Entonces lloraba y se desesperaba mientras encendía cigarrillos baratos.

Un día determinó irse de la casa, recogió sus cosas y salió sin despedirse, dejándome solo y abandonado, preocupándome por su seguridad y paradero.

- Se ha ido tu mujer -aclaró mi madre.

- Dijo que salía a vender bolsos de cuero -le informaba.

- No te hagas como si no hubiera pasado nada.

Bastó una tarde, en que prometía salir un sol radiante por entre las montañas en niebla que envolvían la pequeña ciudad

de Caldas y sus mamposterías pueblerinas, para que ella se evaporara de mi vida.

Se había ido para Bogotá a encontrarse con su padrastro.

Se ensombreció mi rostro.

A decir verdad, en esos instantes no me importó que se fuera, pensaba que regresaría de nuevo, tal vez sólo era una cuestión de orgullo herido.

Mis celos hablaban por mis más puros sentimientos hacia ella, aislando mi corazón a impresiones huecas; repito, no me importó demasiado que se fuera en medio de unos instantes tan precipitosos; luego lo lamentaría toda mi vida.

- ¡Despierta, se ha ido tu mujer! -me zarandeó mi madre, ofuscada.

- Sí, ya lo sé -le respondí, atontado.

- Tu vida sin ella será una tragedia…

- Sí, madre, lo sé...

Mi madre tenía razón.

Experimenté, poseso, la fuga de nuestro amor.

Me lamentaría, ella me tenía atrapado en su corazón delator.

Mis celos no me permitían aceptar su libertad.

Para mí, aún tan joven, el amor era la realización de los sentimientos más sutiles y comprometedores.

Tenía que estar tranquilo y aceptar con madurez la situación, son dos cosas que me hacen insufrible.

Bendije a Dios por lo que tenía y confíe en Él por lo que me faltaba.

Entré en un triste estado de melancolía.

Si un hombre no se conforma con su estado presente, tampoco se conformará con el presente que anhela.

Tres cosas que no logré decirle a Janis Alcira:

1. Mejor fallar intentándolo que quedarse con la duda de qué hubiera pasado.
2. Si algo te hace llorar más de lo que te hace sonreír, entonces no vale la pena.
3. Hay que arriesgarse a hacer cosas nuevas. Si aciertas es tu recompensa, si te equivocas es una lección.

Se llevó sus maletas, descorazonada.

Con la primicia de que Janis Alcira se había ido; en la casa, mi madre resumía todo con comentarios destemplados.

En la vida hay circunstancias que nos hacen sentir pequeños, incluso realmente mal.

A veces nos sentimos ridículos, aterrados, y con el corazón roto en trozos difíciles de armar y recomponer; otras veces nos encontramos perdidos y desengañados del mundo. Pero si uno tiene un rumbo en la vida debe estar consciente de sus riesgos, amenazas, fortalezas, debilidades y oportunidades.

Con todos los sentidos despiertos, ahora mi cuerpo podía comprender el valor profundo de las palabras “erotismo” y “amor”.

Creo que buscaba momentos eufóricos no frívolos. Trataba de llenar mi vacío, ubicarme en la realidad que se repetía incansable como la camiseta que está de moda.

Pasión, seducción, un cuerpo que dance en el calor del instante y se embriague. Esa era mi verdadera búsqueda.

De ahora en adelante, mi vida sin ella, permanecería atada a sus recuerdos; pronto me convertiría en un individuo de sensibilizaciones disolutas.

Me creció la barba, formó un cono oscuro en el mentón, mi rostro adquirió matices macilentos, mi alma se convirtió en una costrosa cicatriz supurosa, mis ojos denotaban una lluvia de brisas, como hálitos, mojando en la distancia las remembranzas.

Presentía que, era inútil alimentar las sombras del desamor, sus obstáculos definitivos; quería hacerle llegar al corazón de Janis Alcira lo cálido de mi sentimiento a través del tiempo y la distancia.

Había sido un día nostálgico para mí.

Algunos habitantes de los alrededores la habían visto salir de casa llevando sus maletas.

Lejanamente, entre las montañas que rodeaban la pequeña ciudad de Caldas, sonaba una campana destemplada de algún recinto religioso que avisaba la proximidad de la noche.

Quería ir tras de ella, buscarla y pedirle perdón aceptando mis errores, retenerla y arroparla entre mis brazos, llenarla de besos, bendiciones y abrazos.

Pero era demasiado tarde para retroceder.

Janis Alcira era una mujer abandonada por mi ruindad; y ahora nos encontrábamos con el obscuro camino de nuestros destinos.

No me agradaba aquella despedida sin vernos.

Mi madre sintió alivio, estuvo conforme.

A Janis Alcira la esperaría toda la vida, si algún día mi guerra interior terminaba. Era un sentimiento apabullante que se había instalado en mí, una gran desilusión que no se comparaba con la desilusión que la agobiaba a ella.

Tal vez nos había gastado la cotidianidad, el desafuero de los impulsos, el desconcierto de los sentimientos, estábamos prohibidos a la felicidad por egoístas.

Nuestra unión había sido una gran mentira. El abandonarme era su sutil venganza. Pero, su precipitada decisión había sido por propia voluntad.

Escuchaba a mi madre, desde el interior de la casa, sus fuertes recriminaciones; ella también sentía el descontento del abandono.

Las noches que siguieron fueron abrumadoras e hicieron apagar todas las luces de mi alma, todos los latidos de mi corazón, mi voz era invadida por pesadas brumas.

Contraía el semblante. Me sentía reseco y estéril, a cada momento.

Nada ni nadie podían consolar mi melancolía y depresión.

Me esforzaría por olvidarla quizás; volvía a la bebida y a fumar incesantemente en las cantinas mientras desaprovechaba el tiempo con amigos adictos a la parranda y el desafuero.

Mi madre ya no encontraba qué decirme. En sus cotidianos caprichos y constantes achaques, castañeteaba los dientes de impotencia seguramente, en algún umbral brumoso o en algún paredón tembloroso de la casa.

Le preguntaba qué le pasaba, pero botaba una espuma verde por la boca, relinchando como una yegua desbocada.

Me recordaba que Janis Alcira sólo era una pobre mujerzuela abriéndole las piernas y los brazos a cualquier hombre que se le pasara por el frente; me sacudía gritándome a viva voz para que volviera en sí.

Ahora Janis Alcira estaba envuelta y sumergida en otra realidad absorbente.

Rogaba a Dios por su felicidad.

¿Qué más podía pedir para ella?

Y mi madre se extendía en críticas negativas sobre mi dolor.

Con la inesperada partida de Janis Alcira me sentía más deprimido y desorientado que nunca.

Salía de la casa, ofuscado y desesperado, a la búsqueda de Janis Alcira.

Cuando asomé a las baturras calles, comencé a gritar su nombre. Pero Janis Alcira ya no aparecía, sólo respondía a mis llamados los silbos apocalípticos del viento y los lastimeros ululares de los búhos espectrales ocupando la noche milenaria.

Entonces comprendía de súbito, que también era el fin de mis días de adolescente enamorado, y que debía prepararme para un largo viaje interior sin retorno.

La dolorosa pulsación de mi corazón me daba fuerzas para levantarme y continuar. Lamentarme por mi infortunio era tan inútil como quedarme rezagado.

Janis Alcira había sido mi esperanza de hombre mezquino, el refugio para alimentar el amor que alguna vez le había profesado, que me unía a la ternura de la vida.

Sólo me quedaba sumergirme en mis cosas y asuntos, seguir trabajando, volver a embeberme en mis estudios, empezar una carrera universitaria; algo en suma para así tratar de olvidar a Janis Alcira, todo lo que abarcaba.

Mi sagaz madre entendía mi infortunio. Ella estaba tan ocupada tratando de resolver sus asuntos económicos, que mi situación le parecía tan vulnerable, tan quebrantable, y por eso me apoyaba.

Provenientes de las cantinas y de los parques húmedos, aparecieron las huestes de mis amigos espurios como una fantasmal parentela, invadiendo la atmósfera de la pequeña ciudad pueblerina de Caldas, llamada también Cielo Roto.

Profundas noches de relámpagos estrepitosos se avecinaban sobre las edificaciones del pueblo de Cielo Roto.

Me debatía entre pesadillas.

Soñaba que me reencontraba con Janis Alcira en un lugar indefinido. Pero luego descubría con alterada emoción, que Janis Alcira ya no era la misma persona de antes, sino otra mujer, desdibujada por el pasado.

Se presentaba ante mí, totalmente mágica, el cabello enredado sobre sus desnudos hombros, su desnudez cubierta por unas

largas y finas sedas blancas mecidas por el viento. Y me sonreía cariñosamente.

La extraña visión que se presentaba ante mis ojos enrojecidos de tanto llorar, me recordaba en un santiamén todo su poético encanto, toda su belleza, se mecía con la brisa, no parecía amoscada o resentida, sólo flotaba aérea y fresca, tranquila, soberbia.

Se quedaba fijamente mirándome.

Y me sobresalté enrarecido de esa incómoda pesadilla, descubría al despertar que mi rostro estaba inundado de formidables lágrimas.

Un rápido destello cruzaba por mi cerebro, un relampagueo que concluía que definitivamente Janis Alcira estaba muerta en mi interior, ya no sentía su corazón latir dentro de mí, se agotaba su pálpito, se evaporaba su abrasante furor amoroso. Y esa lucecita, como última esperanza que guardaba de ella se apagaba titilante, me anegaba la corazonada de que estuviera viva de nuevo en mi interior; pero luego su figura fantasmal se convirtió en una nébula donde todo era undívago e impreciso.

Creía que era un desvarío provocado por la ausencia. Y esto de igual forma me sobrecogió terriblemente.

Esas largas y desconcertantes noches, sentía con tristeza y desengaño, que mi amor por ella se había derrumbado ante mis propias narices. Rogaba a Dios que sanara mi entrañado dolor y me permitiera volver a mis plácemes cotidianos.

Deseo que me sería concedido por el tiempo.

No poseía un temperamento fuerte; en definitiva, era una persona con poco carácter. Quizá era sobreviviente de mi turbio romance, irremediablemente un condenado por el amor.

Al transcurrir de los años, me daría cuenta de mis grandes errores.

La esperanza de volver a ver resurgir a Janis Alcira de sus extintas cenizas era tan poderosa que eximió todas mis últimas fuerzas.

Jamás se materializó la realidad de un encuentro entre los dos, que siempre soñé hasta el desperdicio de las horas.

Todo, en un descuido imperdonable de mi insensatez, empezó a desgastarme profundamente, contagiando de zozobra la rítmica realidad de mis pensamientos aciagos.

Quería tener de vuelta a Janis Alcira, aunque el daño era irreversible e irreparable, me prometía seguir luchando por ella mientras sentía inesperados calofríos de muerte, espasmos vertiginosos por todo el cuerpo, donde languidecía hasta quedar exiguo como una estatua demolida, en un doliente estertor, abandonado por el mundo que siempre me había condenado a resistir en el último declive.

Me desprendía de su amor de manera súbita. Pero tenía y debía aceptar la renuncia.

Entonces, me aferré a mi desgracia, llorando con sentimientos resbalosos por el infortunio de mi destino que hubiera querido maldecir con todos mis terminales alientos, aunque me atrevía a seguir en una postura desafiante ante la vida. Rescataría mi propia dignidad rota, rescataría a mi amada Janis Alcira, y

ambos nos conduciríamos a un camino recto. A sus esperanzas tardías.

Pero había sido definitivo el adiós.

Exhalé una gran bocanada de aire, tan fuerte que retumbó entre las paredes de la casa. Comprendía este inevitable escenario de abandono, me había quedado solo sintiendo amor y desamor al mismo tiempo; y de ahora en adelante viviría mi propia condenación.

Todo había acabado inconclusamente entre nosotros..

Janis Alcira se había marchado para Bogotá, a vivir en la casa de su padrastro; que, según ella, decía que la maltrataba e irrespetaba con su tosco proceder. Quizá ese hombre temperamental no la había ayudado mucho, pero ahora quería apoyarla.

Luego me dijeron algunos amigos en Bogotá, que trabajaba como asesora en una compañía de computadores.

Irremediablemente perdimos contacto, toda comunicación.

Había dejado en casa un pequeño álbum de fotografías, en algunas aparecía sonriendo; y en otras, muy seria y reservada.

Me llamaba la atención una imagen suya donde aparecía sobre una hamaca mientras al fondo se extendía una estampa llanera; alguna vez, recuerdo, me dijo que había estado por los Llanos Orientales, mucho antes de conocerme.

Anhelaba un encuentro con ella, aunque fuera ocasional, para aclarar de una vez por todas nuestra situación sin solución, y referirme sobre su falta de comprensión para conmigo.

Con mi madre, mi comunicación siguió igual, nos teníamos un considerable afecto mutuo.

Intentaba superar mi incapacidad de ser una persona responsable.

Entonces regresé a vivir a la casa de mi madre. Y no quise continuar con el proyecto de habitar la casa que me ofrecía mi padre.

Para ese entonces la guerra de los carteles de narcotráfico sobre la ciudad de Medellín se había intensificado.

Todos los días se registraban muertos en las comunas y en los barrios aledaños de la ciudad. Y las estafas y los raponazos eran una realidad tangible y cobarde, ya habituales.

En la pequeña ciudad de Caldas esta descomposición social también emergía sin control de las autoridades.

Las guerrillas de Colombia persistían en la revolución asesina y terrorista. Colombia y sus ciudades se sacudían entre bombas y atentados.

El terrorismo era vivir en medio de esos espejos rotos.

Una mujer llamada Asunción se atravesó en mi trayecto, montada en su caballo, me saludó y entablamos una conversación amena, me contaba que necesitaban peones en la hacienda de su padre y que ella había salido a pregonar la noticia de los trabajos y buscar empleados; entonces me le ofrecía diciéndole que era leñador y necesitaba empleo, y ella

accedió conducirme a la granja de su padre, donde efectivamente me dieron hospedaje, buena comida y trabajo.

Como soy buen conversador y amable, me hice amigo de todos, incluso del patrón; y, por supuesto, de su bella hija Asunción, mi salvadora.

Claro que siempre había sido una persona muy reservada, sin amages.

Pasados los días en aquella hacienda, y ganada fácilmente la confianza de los patrones, entraba y salía de la casa libremente.

En una ocasión, entré sin ser visto por nadie a la habitación de Asunción, y sustraje de allí las joyas de su cómoda. Luego abandoné la hacienda a la primera sombra de la noche.

Cuando regresé a la casa, mi madre me recibió con la noticia de la muerte de mi padre, llorando desconsolada. Mi hermana Fulgencia había venido, desde el otro extremo del pueblo, a contarle sobre el fallecimiento.

Aunque me embargó la tristeza, le dije que no se preocupara, que nada malo nos ocurriría desde ahora, porque éramos ricos.

Ella abrió los ojos, aletargada, pareció desplomarse, tenía la mirada extraviada, no comprendía mi visible emoción, pues, quería gritar.

La muerte de mi padre me tomó por sorpresa. Hacía muchas semanas que no sabía de su tienda de legumbres, ni que andaba haciendo. Con el trabajo en la hacienda de Asunción nos habíamos distanciado.

Los rayos del sol penetraron por las viejas ventanas de nuestra casa, iluminaban un poco el lúgubre ambiente invadido por el

poderoso luto de mi padre muerto. Se crispaban por doquier arañas que tejían sus redes sobre las tapias humedecidas y sobre los objetos descuidados.

Pero la casa de mi madre siempre terminaba sofocando mis alegrías cuando se mostraba con su infinitud de paredes descascaradas y cuartos vacíos. Y aunque mi padre ya no estaba en esta casa, desde hace mucho tiempo ya, a veces presentía que merodeaba por ahí, asomándose por una ventana para husmear a mamá, o a la intemperie, contemplando las borrosas líneas del camino hacia el pueblo invadido por las hojarascas fluviales.

Mi madre no sabía cómo había fallecido mi padre. Mi hermana Fulgencia solamente había ido a decirle que había fallecido repentinamente, alrededor de la casa en la vereda.

Ahora la no existencia de mi padre estaba en un paraje lejano, distante de nosotros dos, desde que se había ido de nuestro lado familiar, divorciado desde hace mucho tiempo de mi madre.

Mi madre siempre extrañó su poderosa voz y mando, pero él decidió irse porque no nos soportaba en nuestras mezquindades. Entonces siguió trabajando en la legumbrera por muchos años, y ahorraba para sus gastos, no para los nuestros. A veces creía que era un señor avaro como los personajes avarientos de los cuentos infantiles.

En muchas ocasiones en que iba y venía de Bogotá, solía ayudarlo en la legumbrera. Y así él me ayudaba, y por intermedio de mi trabajo, ayudaba a mi madre, gata salvaje de las montañas mieleras.

En la noche, las lluvias entraban por los techos desgarrados de la casa.

Mi madre y yo permanecimos en silencio alrededor del fuego de la chimenea.

Había una estela de luto en su mirada cabizbaja.

No le interesaba preguntarme dónde había estado todas esas extrañas y largas semanas en las cuales habían sucedido acontecimientos trascendentales, en mi ausencia.

Le compartía mis confesiones sin apabullos. Simplemente le dije que había estado trabajando duro en una hacienda.

- Somos ricos -le dije-, podemos irnos para donde queramos.

Y ella no dijo nada, por su rostro sólo se cruzaron unas goteantes y resbaladizas lágrimas.

La densidad del aire era visible.

Al fin se desahogó entre un charco de lágrimas.

- ¿Cómo vas a ser rico trabajando en una hacienda como peón? ¡Ay, hijo, Dios santo! Ni la riqueza nos devolvería a tu padre.

- Madre, podemos irnos lejos...

- Lejos estamos… lejos está tu padre.

Ella no se quería ir de esa casa, porque le traía y ataban tantos recuerdos.

La noche poblaba los alrededores de sonidos iracundos.

Esa noche, junto a la chimenea, ardía un fuego tembloroso entre las llamas de los leños, nuestros rostros desvelados y estremecidos.

Los extenuantes días se sucedían mientras mi madre caminaba fantasmalmente por los pasillos de la casa, desde muy tempranas horas de la mañana hasta entrada la noche, espantaba mi sueño al escuchar su agobiado deambular.

Mi madre extendía su vieja mirada a lo largo del pueblo en la distancia, asaltada por amargos pensamientos que pasaban veloces por su cabeza.

Una tarde lluviosa apareció ante mí, Asunción, venía con dos peones, me buscaban para investigarme.

Mi madre ya olfateaba los mortuorios olores que me rodeaban, inyectada de una simple tristeza.

La lluvia que traía el frío horizonte habitaba cada minúsculo residuo de aire.

- ¿Para qué me buscas? –me le enfrenté.
- He sabido de la muerte de tu padre –me dijo.
- Sí.
- Lo lamento, de veras... Pero he venido por otro asunto. Se han perdieron unas joyas de mi colección de piedras preciosas. Alguien las tomó.
- ¿Y quién ha cogido tus joyas?
- No lo sé… pero sospecho de cualquiera.
- Es de suponer… Pero no he sido yo quien las ha tomado.
- Entonces… ¿de quién podría sospechar?
- No lo sé. Tienes muchos otros empleados; yo ya no trabajo en tu hacienda, y no me he vuelto a aparecer por allá.
- Sí, pero es muy extraño…

Me negué a sus sospechas, poco faltó para que me acusara como responsable del robo. Pero firme y decidido argüí haber abandonado la hacienda tras conocer la noticia de la muerte de mi padre.

Estaba contrariada.

Ahora no la consideraba ni mi protectora ni mi salvadora. Pero percibió que había estado escurriéndome de su influencia, y le parecía sospechoso que hubiera regresado a la casa de mi madre, de manera inesperada.

- He regresado tras conocer la muerte de mi padre. Y mi madre ha estado muy enferma y solitaria, sin nadie que la cuide.

- ¡He regresado por ti!

- ¿Por mí, para qué?

- Para que vuelvas al trabajo.

- No puedo volver al trabajo… Asunción… como comprenderás…, tengo que cuidar a mi madre enferma… y atender mis asuntos personales...

Y le relaté, ante sus dos peones de caras sanguinolentas, los desmayos de mi madre y los pormenores de la inesperada muerte de mi padre.

Su cara pálida me hizo recordar sus arcanos besos en la granja, al calor de las fogatas, en los establos sobre las alfombras de heno, cuando me brindaba la benevolencia de su pecho oloroso a linaza.

Tronó detrás de mis espaldas la voz de mi madre. Ella era enojadiza, rabiosa como un perro de monte.

- Hijo... ¿Quiénes son estas personas?

- Unos amigos, má…

Asunción clavó su mirada al verla y se acomodó inquieta sobre la silla de montar, rápidamente al notar la presencia de mi madre se contuvo de hacerme reproches. Todo en Asunción había cambiado, así lo notaba.

Entre fuertes fuetes fustigó el caballo, y junto a sus dos peones matarifes desviaron sus pasos de regreso a la granja de su padre.

Por los solitarios rededores se escuchó el silbido funerario de un pájaro macabro entre los latidos del atardecer, el polvo del viento jugaba incansable entre el brusco relieve de las húmedas paredes de la casa y entre las rendijas del techo desplomándose.

Madre me miraba en un bullente silencio. Parecía evaporada por la tarde como una sombra penitente. Su presencia noctívaga me producía un terrible desasosiego.

Ella comenzaba a reclamarme sobre el robo de las joyas de Asunción, aunque sabía que la venta de esas joyas era lo único que podría sacarnos del fondo podrido de la pobreza.

Descubría que por fin mi destino se desenvolvía según mis deseos, la vida siempre me había sido cruel y extraña, concluía que mi amor por Asunción era solamente un capricho momentáneo, un deseo loco, donde la entrega tenía un poderoso precio.

Luego, una mañana cubierta por un hálito de bruma, regresó Asunción nuevamente a la casa, acompañada por los dos

peones de caras trastocadas de muerte deliriosa, iban tras las pistas del ladrón por las montañas y caseríos cercanos.

- Nadie encuentra mis joyas –me dijo, altiva.

- ¿Y qué quieres qué haga?

- Me casaré con el hombre que las recupere.

- ¡Ah, ya!

- He hecho correr la noticia por todos los alrededores y quería que tú también lo supieras.

Mi madre, dentro de la casa, derramaba un llanto de angustia.

Aunque Asunción estaba fatigada y tambaleaba encima de su caballo, bajó de él para situarse frente a mí, me preguntó si era posible que yo recuperara sus joyas extraviadas.

- Lo intentaré, aunque no tengo ninguna pista.

Y en nada me agradó que se quedara mirándome con recelo. Luego movida por una rabia levadiza, con la rapidez de un relámpago, volvió a montar su caballo azabache.

Los hombres que la acompañaban no dejaban de escrutarme.

- ¡Vámonos!

Cuando finalmente desaparecieron por el camino, entré a la casa.

Mi madre estaba inundada de gruesas lágrimas de desdicha, temblaba terriblemente descompuesta. Se preocupaba por mi suerte. Era una mujer enjuta, con unos bellos ojos apaches que hacían su mirada enternecedora.

Esa noche me embriagué, parecía algo feliz y enajenado.

Mi madre ya no quería recriminarme ni reprocharme nada, estaba como aturdida, envuelta en un sonambulismo

angustioso, desconcertada; trataba de reanimarla hablándole de nuestro futuro cuando vendiéramos las joyas, pero pálida y distraída, sólo alcanzaba a sonreírme sin fuerzas.

Afuera, el cielo iracundo de la noche crujía.

No lograba dormir, me sentía todavía muy borracho por el licor y los pensamientos.

Luego mi madre se despertó temprano y se entró a mi habitación a limpiar mis porquerías.

El humo de mi cigarrillo encendido se esparcía por el interior.

Le enseñé las joyas de Asunción.

- No podremos escapar… -dijo mientras aseaba la estancia, ni siquiera quiso tocar las piedras preciosas.

- ¡Por fin dices algo, madre mía…! No seas tonta, má… Yo con esa mujer no me casaré, si es lo que estás pensando, si le entrego las joyas, me asesinarían de inmediato sus capataces. Además, creo que ella sabe que las tengo en mi poder, pero no se atreve a matarme ni hacerme nada malo… porque me ama. Sólo quiere hacerme ceder…

- ¿Te ama? ¿De dónde sacas eso? ¿Y, tú la amas? Podrías contárselo…

- ¡No! ¡Me matarían sus capataces! Y tú, tampoco contarás nada, ¿verdad?

La casa estaba ahumada.

- No, soy incapaz de delatarte..., no tienes por qué temer.

Entonces dejó de inquietarme, aunque tenía mis dudas.

Con la venta de las joyas de Asunción cambiaría nuestro rumbo aciago.

No concebía casarme con una mujer manipuladora y autoritaria, así como era Asunción.

Cuando me recuperé de la embriaguez y me levanté de la cama, me dolía terriblemente la cabeza. Me estremecía y me sentía desvelado. Se nublaba mi mirada, las manos temblando y los ojos perdidos y vagos. Me removía el alma una dulce tristeza.

Instaba a mi doliente madre para que empacara sus pertenencias porque nos íbamos de este lugar angustiador. Aunque ella no quería irse y dejar la casa, pero encontramos que era la única solución.

Ese día salimos del pueblo a probar suerte recorriendo las provincias aledañas.

Llegamos a una remota ciudadela llamada La Herradura del Diablo. Compramos telas y víveres. Y caída la noche nos hospedamos en un modesto y grato hotel. Era una casona muy bonita, pero algo descuidada.

Madre quería que nos fuéramos a vivir a otro pueblo, a orillas del mar.

Súbitamente se sintió mal, y la reclamante muerte la alcanzó mientras procuraba dormía anhelando cumplir su último deseo, nuestro deseo, el de ser ricos. Su imprevista muerte me enervó de recuerdos, se empequeñeció mi vida arrastrada al doliente desconsuelo.

Sabía que mi madre se sentía enferma desde antes de la muerte de mi padre, enferma de angustia, de decepciones; y

con su sorpresiva muerte mi corazón se oprimió de dolor y de melancolía.

Salía rápidamente de la casona exclamando ayuda, pero nadie me socorrió. Cuando me asomé al exterior del villorrio me recibió una desolación fantasmal.

Como no había nadie, acompañé por horas el cuerpo de mi madre inerte reposando tranquilamente en el lecho de la habitación, esperando que alguien apareciera a socorrerme.

No estaban por ninguna parte los habitantes de La Herradura del Diablo.

Si existían personas, nadie de los alrededores se daría por enterado de la inconsciencia mortuoria de mi madre.

Abandoné la casona en la ciudadela La Herradura del Diablo visiblemente trastornado, y dejando el cadáver de mi madre como precio por el hospedaje.

Extraños pensamientos se agolpaban en mi cerebro. Intentaría hallar una rápida solución para lograr dejar las joyas de Asunción en manos millonarias. La hermosura de las joyas contrastaba con la belleza de la mujer.

Vendí las joyas por un grandioso precio en otro pueblo.

Luego pasaron las semanas y los meses en que el recuerdo de mi madre y de Asunción rondaba por mi vida perturbando mi paz.

Las palabras de mi madre me perseguían, su difunta tez era una prolongación de mis miedos.

Las noches invasoras permanecían sin la brillantez de las estrellas, orquestas de luciérnagas habitaban la densidad del aire, en segundos insistentes zancudos revoloteaban en su habitual velocidad provocando zumbidos atormentadores.

Luego, al amanecer, los cánticos de los gallos mañaneros hacían retumbar la monotonía del caserío donde me encontraba, una fonda extraviada en mitad de un camino montañoso; las formidables patas de los gallos formaban huellas digitales sobre la hierba o sobre las rocas de los atajos empedrados.

Comenzó a circular un edicto donde aparecía mi rostro y se me buscaba vivo o muerto, emitido por Asunción. Pronto ella mandaría a sus capataces a buscarme y, no me quedaba más remedio que huir.

Ese amanecer hacía un calor sofocante.

Abandoné el caserío de viajeros y peregrinos, cargando mi botín.

Vague por inhóspitos territorios, acosado por el frío, el hambre y la sed.

Las fieras de los montes, traicioneras y peligrosas, habitaban entre los riscos de los abruptos caminos.

En desesperada fuga como mi único camino de salvación.

Cansado de huir de los capataces de Asunción, descansé tumbado aparatosamente sobre un lecho de hojas.

Las chispas del sol herían mis ojos.

La tortura de la huida hacía confeccionar en mi mente atropelladas sensibilizaciones. Pero recobré fuerzas y me

interné de nuevo, indefenso, por las profundas y lejanas, grises y amarillentas arenas de las tundras candentes, levantando con mis pies polvaredas delatoras.

Mis piernas parecían reventarse.

El poderoso sol desprendía rayos dolorosos sobre la tierra árida.

Sentía que se me escapaba el alma con el insoportable calor.

La luz brillante del día nacía entre coros de pájaros bulliciosos.

El viento sacudía los ramajes de los arboles del camino.

Allende se cruzaban los límites de las cumbres disueltas: inmensos y espantosos desiertos donde las víboras construían sus gigantescos nidos.

Escuché en el aire un fuerte rugido aéreo.

Un avión cruzaba el cielo, estruendosamente.

Me subí a un montículo de arena y agité los brazos al aire, para que reconocieran que necesitaba ayuda y rescate.

Pero la nave siguió su curso indiferente por el firmamento.

La luz del sol no me dejaba ver con claridad el avión que se perdía entre el firmamento.

El gigantesco pájaro metálico se perdió en la infinitud del día.

En las noches tenebrosas, podía descansar y sentirme libre de la persecución de mis enemigos.

Experimenté una tórrida sensación de dolor en las coyunturas, sentía calambres en la desgajada piel, un agujereante punzón recalcitrante que me doblaba el espinazo.

Ahora comprendía que era igual de intrépido que mi difunto padre, un hombre honesto y trabajador, a veces viajero, forastero del mundo, errante de todos los continentes imaginados e imaginarios.

Un tardío amanecer el cielo azul era una gran llamarada rojiza, lejos de mi casa, en búsqueda de hondas postales bucólicas.

Como soy un hombre joven y apuesto, invadido de hálitos aventureros, me arriesgaba a profanar paisajes recónditos. Sin embargo, persistía en mí la herida de la memoria, siempre abriéndose en mi ser, agigantándose en mi mente y en mi corazón.

Transité muchas horas por caminos infinitos, por variadas sendas de montañas escarpadas y agrestes, expuesto a feroces animales que gobiernan las riberas de los altos riscos y peñascos, temiendo a las serpientes en los árboles frutales y sorteando sus escondrijos en las cascadas, sobreviviendo también a los traficantes y a los mercenarios que me observaban ocultos entre las malezas de los senderos.

Andaba y andaba. Tal vez viajar no sea tener un rumbo fijo.

Desde la lejanía murmuraban frenéticos y errabundos sones de hombres desorientados en la distancia.

Presto el manto del crepúsculo abordaba los paisajes.

Andaba y desandaba, por varios días, por entre caminos y selvas.

Me perseguía el recuerdo de mis cuitas ensoñadoras. Ese embeleso adolescente de mi vida bohemia, evocadora de los instantes preciosos.

Y a la vista un jolgorioso río entre las montañas, sus aguas lentas y monótonas; el matutino viento ahogando la visión de mis enrojecidos ojos de ensueño, el sol detenido y pequeño en la distancia como una estatua inmaculada en el centro del cielo.

Las liebres saltaban entre la hierba y las iguanas cavaban profundos túneles en la tierra cerca de las raíces de los árboles derribados por los rayos, unos perros salvajes emitían feroces ladridos.

Y andar y andar, tal vez viajar es encontrar la felicidad en el entorno salpicado de miríadas de polvo.

A poca distancia, divisé una cabaña derruida entre las montañas.

Me acerqué con curiosidad, no recordaba haber visto nunca esa cabaña por estos lados.

La abandonada cabaña estaba escondida en el epicentro del camino, iluminada su rústica fachada por los rayos solares, sobre los techos se depositaban gigantescas hojas y ramas, figuras invocadas desde el imperio del viento. Las externas paredes eran de madera, y sólo tenía hacia afuera una pequeña ventana.

Sobrevolaban por el cielo las aves peregrinas.

Cuando me aproximé caminando con pesados pasos el estimulante trayecto hacia la cabaña, con el cuerpo agotado y la

mirada cansina y, una emoción extraña, escuché las voces del viento quejumbroso.

La cabaña entre las montañas parecía suspendida en el aire.

Al instante sentí resquebrajarse toda mi humanidad doliente sobre las gradas rocosas. Y por fin, con sosiego, observé el maravilloso paisaje.

La frágil puerta de madera estaba abierta.

Entré y escuché voces.

Me adentré por la estancia y descubrí un arruinado pasillo que conducía a una amplia sala improvisada con canecas y tablas.

En una silla destartalada meditaba sentado un anciano.

Al verme, no se desconcertó.

- ¡Te esperaba! –dijo el enigmático hombre.

- ¿Quién eres?

- Un mendicante.

- ¿Y por qué estás aquí solo?

- Te esperaba para que continuemos el viaje. Me ha mandado tu padre.

- Pero… ¿Cómo? ¡Mi padre está muerto…! ¿Tú, quién eres?

- Soy tu guía… Me he descubierto ante ti por tu terrible estado de infortunio y mendicidad, afortunadamente has llegado a casa donde te puedes hospedar. No debes exponerte más a la mal sanidad de los caminos... Me ha enviado tu padre…

- ¿Mi padre? ¿Cómo es posible? ¡Mi padre está muerto!

Los escuálidos ojos del hombre se posaban en mi cara.

En su rostro amarillo se descubrían cicatrices.

Pero seguramente, así lo creí, era también un viajero supersticioso.

Sus ojos brillaban como astros desvariados.

Entonces, como no teníamos nada más de qué hablar, le daba las gracias por el recibimiento y el tener consideración por mi suerte, aclarándole que no lo necesitaba y que tranquilamente podía seguir mi viaje solo.

Me dijo que podía quedarme dentro de la cabaña todo el tiempo que quisiera, que no era necesario que partiera ya y solo, aproximándose la noche.

Inmediatamente se oscureció el cielo.

Y el anciano afirmó vehemente que mañana temprano debíamos alistarnos para salir, ya que la noche había caído así de repente.

Me maravillé. Había anochecido de sopetón. Y afuera de la cabaña, ya no se veía el camino, y las montañas eran líneas borrosas y oscuras frente a mis ojos.

Supuse que mañana temprano, en compañía del formidable y amable anciano, tendría que volver a la errancia por los caminos entre las montañas.

El afiebrado estado de viajar y conocer el mundo alimentaba mis fuerzas para proseguir.

El mágico viento de la noche entre brumas aullaba haciendo crujir las tablas despotricadas de la cabaña entre las montañas.

Los filamentos de una luna que penetraban por la fragmentada ventana de la cabaña, iluminaban un poco el penumbroso

ámbito de la sala entenebrada donde el hombre asomaba invadido por los poderosos ecos del tiempo.

El viento que traía un fuerte perfume estiado revoloteaba por doquier, rompiendo aún más las alas de la ventana, resquebrajando el techo de la cabaña, desprendiendo las ramas de los árboles, depositando una lluvia de hojarascas por los suelos del pasillo humedecido.

En los montes, fuertes avalanchas de pedregones sacudían la sofocante densidad de la noche invocada de repente.

Al mirar hacia afuera, contemplé las borrosas líneas de los caminos hacia los bosques invadidos por las cenizas fluviales de las noches pasadas.

Luego cayó una delgada llovizna de ensueño.

Desde la lejanía llegaban a mis oídos graznidos de cuervos sobrevolando por encima de los peñascos volcánicos de las sierras.

El cielo zumbaba, detonaba sus legendarios astros precipitados sobre las capas de la tierra, sobre las cascadas de arenas oscuras. El monte poblado de sonidos fieros e iracundos de bestias refugiadas, precipitando las aguas discontinuas de los arroyos del río.

Entre aquellos paisajes emergía la cabaña de viajeros. Y las mantas de la noche invadían su penumbroso ámbito.

El anciano abría y cerraba sus ojos impregnado de claras siluetas lluviosas.

A veces sentía que era de embrujo aquel lugar palpitante.

- ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

- Lo suficiente.

Dijo desdibujando una mueca.

Me refregué los ojos, creyendo estar soñando, tratando de alejar mi somnolencia

- ¡No me asustes más! ¿Quién eres? ¿Eres un mago?

- Soy tu reflejo que te llevará de viaje por el mundo…

Ante su confesión me quedé atónito.

"¿De dónde diablos había emergido este hombre? ¿Acaso de mi interior colapsado por el cansancio?" Pensaba, trémulo.

A través del vacío gris refulgente de su mirada me fulminaba. Su rostro estaba descompuesto y quebrado por el transcurso de los años. Parecía recobrar fuerzas por el tiempo que llevaba esperándome, sus cabellos enredados y pelambrados por el tiempo, sus manos y sus piernas temblaban sacudidas frágilmente por las brisas. Su rostro mostraba muchas líneas rasgadas y cicatrices, y por eso pude reconocer su milenaria senectud.

Su súbita presencia alteraba mi mirada.

"¿Así me veré en algunos años?" Me pregunté para mis adentros. ¡Estaba frente a mi propia imagen añosa y envejecida!

¿Cómo me podría conducir el custodio por el mundo en su estado senil?

Argüía que estaba delirando, acaso por mi extenuación.

Pero el anciano era tan real y su presencia tan apabullante que no dejaba dudas de su existencia.

Ahora se levantaba de la silla y se plantaba ante mí, oliente a hierbas silvestres, su mirada refulgía bondad y compasión mientras todo mi ser se estremecía de calofrío, lleno de asombro y de espanto.

Me alargó su mano y yo toqué sus dedos furtivos. Retuve mis alientos, no me salían las palabras, sentía que mi corazón iba a estallar de soledumbre y de pánico. Traté de controlar y de retener mis emociones.

¡Cuánto tiempo en verdad perdido, transcurrido entre soliloquios!

- No entiendo por qué estás así, tan abandonado… -le dije, aún somnoliento.

- Es la espera…

- ¿Y ahora qué va a ser de mí, de mis metas y anhelos? -moví la cabeza de un lado a otro, cobraba mi rostro un rictus patibulario, creyendo haber enloquecido.

- Vivir errante por el mundo, huyendo de tus enemigos, ese es tu destino, el destino de todos los seres humanos -concluyó el enigmático anciano envuelto en un misterioso hálito de niebla-. Y yo he sido convocado por tu padre para venir a decírtelo y ayudarte.

- ¡No, no, no puede ser! -me rehusé, atolondrado, sacudiendo aquella vejestórica visión de mi cabeza-. Entonces, ¿envejeceré y seré igual que tú dentro de algunos años?

- Por supuesto. Es la ley de la vida. Tú has tentado la suerte muchas veces, es justo que pagues tu osadía. Yo he sido

convocado por tu difunto padre para que veas en mí lo que eres… lo que serás … en el futuro...

Permanecía rascándome los cabellos bien duro con las manos, agrietada la cabeza, y mirando como perdido hacia la inmensidad de las montañas.

Presto el anciano me agarró de la mano y andamos juntos desde entonces por todos los continentes y países del mundo, como los amigos que no logran escapar de su presencia embrujante.

Luego desperté en la vera del camino, creía que había salido de viaje con algún extraño desconocido.

Como no tenía hacia donde más ir, me dirigí a refugiarme a la casa de mis primas, en el pueblo antioqueño de Fredonia.

En la casa las mujeres madrugaban a hacer oficios y manualidades.

Flor entraba a mi habitación a organizar los tendidos de la cama.

- ¿Cómo has pasado la noche? –y sin esperar a que contestara seguía su discurso cantarín-. Ya sabes que todas en casa estamos muy entusiasmadas con tu regreso, te creíamos perdido por el mundo o muerto, después de tantos años sin verte… ¡Has cambiado un poco, yo misma diría que mucho! ¡Casi no te reconozco!

Los primeros días de mi estadía en la casa de mis primas, me sentía melancólico y desolado, adolecía de caminar meditabundo por los alrededores, acosado de pensamientos e

imágenes que se formaban como torbellinos visionarios en mi mente, me despertaban abruptamente sacudiéndome.

- ¡Pareces enfermo! -aullaba Dalia, mi otra prima al verme por las ramadas del jardín.

- Hay que darle tiempo que se recupere –mascullaba Margarita.

Era un hombre fantasmal, con mi negra, larga y descuidada capa sobre los hombros, mis ojos pequeños y puntiagudos, respirando a veces con dificultad. Resoplando al compás de los pasos.

Provocaba mi inesperada llegada a la casa, quizá reacciones entre sorprendentes y desagradables a veces entre mis primas. Pero, en enhorabuena había regresado con vida a la casa de las tres bondadosas hermanas.

Estaba conforme y esto era motivo de agradecimiento a Dios.

- ¡Estoy delirando, estoy delirando! –me repetía una y otra vez, refregándome los ojos adoloridos, acordándome del anciano mago en la cabaña desolada de la montaña. Me dolían los ojos, su negritud, inyectados de una infinita y simple tristeza.

Por la casa de mis primas Flor, Dalia y Margarita, se podían oler seductores perfumes de azucenas cristalinas.

Afuera, la lluvia que traía el crepúsculo de la mañana entraba a habitar con su liquidez la alegre estampa de la casa.

- ¿A dónde iré? –me preguntaba sin atinar a moverme, como paralizado, con el rostro pálido, queriendo balbucir algo más.

- ¿Por qué estoy acá? ¡No, no puede ser!

Daba mengua a la resignación y locura de permanecer en este lugar hechizado, sumergido en un charco de desecantes lágrimas, conturbado ante aquella extraña desolación que me abordaba.

¿Acaso había sido empujado hasta este extraño lugar por el anciano mago o bajo los efectos de algún hechizo de los bosques?

El viento ondulaba entre mis cabellos.

Mi reciente presencia acá era tan imprecisa.

La piel de mi rostro estaba salpicada de picaduras de mosquitos.

Dentro de la alegre casa de mis primas trabajadoras del campo se concentraban extrañas sombras de lodo; en las riberas del río espantaba la corriente un magro silencio y ululaba el viento peregrino con su vozarrón de chacal.

Solitario fabulaba con silbidos estentóreos.

En un tiempo atrás estuve reducido a la fatalidad de las cosas, mi vida aún no había cambiado, pero esperaba paciente una nueva oportunidad de surgir como un hombre digno y honesto.

La tarde con sus grisáceos tentáculos me envolvió con su brisa.

La vieja casa de mis primas entre las montañas y el campo me salvaba de mis perseguidores.

Un pájaro de mal agüero emitía cantos en el alto tejado de la casa.

Al cabo de unos instantes, desviaba mi mirada rápidamente hacia el oscuro horizonte.

Todo en mí había cambiado, así lo notaba.

Entre grandes zancadas desviaba mis pasos a la habitación que me tenían siempre arreglada y aseada mis tres adoradas primas que ahora estaban por el cercano pueblo haciendo compras domésticas.

Por los solitarios alrededores se escuchaba ese canto del pájaro paradisíaco entre los latidos del día, el polvo del tiempo jugaba incansable entre el sepulcral relieve de las húmedas paredes y entre las rendijas del techo.

La fabulesca brisa de la tarde traía consigo los ocultos bramidos de las feroces bestias amparadas desde los bosques.

Me encontraba tan solo en el silencio bullente de la casa.

Mi mirada viajera envuelta en la belleza de los alrededores.

Pronto el anochecer devoraba mi sombra penitente.

Recordaba a mi madre, su extraña muerte; y a mi padre, su abandono inmisericorde.

Y ahora no había más remedio que huir de la muerte persecutora de los recuerdos; era necesario que huyera, de mí, de mi pasado, de mis verdugos. Y esas tentativas de huir me producían un terrible malestar; incluso cuando me sentía observado por mis primas, con sus grandes ojos a veces grises como la niebla, avivado mi interior por la chispa del desasosiego.

Ahora era solamente un espectro vigilante que perdía las horas.

En la penumbra solana de la alcoba invadida de profundas marañas de moho, observaba durante intensos lapsos de tiempo cómo el viento con sus soplos aéreos mecía las ramas de los árboles. Pero como me aburría solo regresaba a lo habitual y usual: caminar por los alrededores mientras aparecían mis primas de las compras en el mercado del pueblo.

Estaba apesadumbrado en el desliz de las horas.

Recordaba la travesía con mi madre, huyendo con la riqueza en las manos, como único equipaje: las joyas de Asunción.

A veces, en las tardes solariegas, bajaba hasta el río y cortaba de sus orillas diversas flores con las que formaba ramos.

Iba al linde de los caminos hacia los bosques y recogía bellas hojas, flores y frutos, de todos los distintivos y colores; a veces la tierra no daba flores, pero sí hermosas ramas, colchones de hojarascas extendidas por las riberas del río enarbolando su frescor.

Para alegrar mi ocio me lanzaba a los charcos a nadar un buen rato, o simulaba volar como una alondra por los campos corriendo.

El cielo destellaba entre luces lontanas.

Los trinos del viento formaban en la atmosfera locas zarabandas que me hacían danzar entre silbidos de felicidad.

¡Ah, fabulando solitario en una tierra conquistada por el miedo!

Entonces me pasaba la mayor parte del tiempo en esos escuetos ocios, desarrollando la frágil locura de la soledad; y

era preferible que estar haciendo nada, anidando pensamientos sórdidos.

Cuando estaba poblado de las escuálidas sombras de mi pasado, cual reflejo parapetado a los cuatro muros de mi habitación, se agigantaban mis delirios.

- ¡El primo llegó algo enfermo! Se le nota en la mirada –decía Flor.

- ¡Con la muerte de sus padres, habrá que cuidarlo mucho! –exclamaba Dalia.

- ¡Preparémosle entre todas una deliciosa sopa de verduras! Esto le vendrá bien... -consideraba entre una actitud parca mi prima Margarita haciendo oportuna la sazón.

En los bosques cortaba la leña para el fogón, recogía los frutos de los árboles, de los mandarinos y los limoneros, picado de hierba y por mosquitos.

Me acostumbraba a vivir en esa ausencia escueta y ése era uno de los motivos por el cual había llegado, aunque sólo pensaba permanecer por poco tiempo.

Pasadas las delicadas horas, me sentaba bajo las sombras de los sauces del río, presentía que mis primas me espiaban con el gris profundo de sus dilatados ojos de anacoretas difusas.

Ya la noche asistía el cielo en la distancia.

La noche murmuraba entre enloquecedoras orquestas de despiadadas fieras a unísono.

Resonaba mi soledad de trepidantes voces.

Atacado, en suma, por los sentimientos frustrados: la inapetencia de ser pronto reducido al vacío.

Pero entonces, el calor de deseos inconclusos sudaba por mi cuerpo, la vida me era demasiado extraña aún, pensaba que era solamente un loco fugitivo puesto como una decoración en la mampostería de la casa de mis primas, pero luego entendía que era el toque de la sangre de la naturaleza de mi espíritu indomable que me conectaba con la intensa lucha que libran los sentidos.

Preso de una alarmante y soporosa fiebre, me refugiaba en la alcoba oliente a soledad, iluminada la penumbra con la temblorosa luz de una vela.

Ensombrecido, decidía volver a partir.

¿A dónde iría?

El mundo entero esperaba de nuevo a un solitario sorprendido.

Iría a todos los países que amablemente me acogieran.

La vida es tan incierta, abre para mí, por fin, sus ojos de loto por los claros y al mismo tiempo turbios senderos del destino, según se mire, según se viva.

Sabía que no tenía a dónde ir, que no podía regresar a mi pueblo natal al seno de mi reducida familia, entonces me resignaba a imaginar esos países que recorrería mi solitaria existencia, mi férvida imaginación.

Había sido una larga y penosa travesía por las montañas para ampararme en la casa de mis primas.

Estaba sujeto a perecer de delirio y de peste a mitad del camino.

A la víspera de un nuevo amanecer me dispuse a empacar mi maleta y a cargar mi equipaje para partir hacia lo insondable.

Sabía que escapaba, que huía nuevamente al abandonar la casa de mis primas, y seguir el viaje entre las montañas, empujado por la desconsolada errancia.

Me abrazaba fuertemente a esta felicidad forzada de viajar.

Me iría fascinado por el desemboque del tiempo viajero, por algunas semanas, meses, años quizá.

Sentía el olor que emanaba la prontitud del amanecer, y me resistía a quedarme confinado en aquel lazareto familiar.

Ese amanecer, el claro horizonte invitaba a cruzar lo inimaginable.

Me causaba una fuerte impresión irme. Me sentía protegido en la casa, lejos de mis perseguidores; pues, aunque no quería irme, tampoco podía quedarme, retraído y abrumado, vagando como un alma en pena, amparado por la generosidad de mis primas; y siempre acosado acaso por un sueño súbito y macabro que me causaba tanto miedo, hasta la laxitud.

Pero ya estaba dispuesto a irme de la casa, esa mañana calurosa, y partir sin importar lo que pasara.

Estaba terriblemente confundido, no sabía lo que ocurriría de ahora en adelante con mi vida.

Me descubrió Flor saliendo con la maleta.

- ¿Qué haces? ¿Te vas?

Se sorprendió un poco.

- Sí.
- ¿Te sientes mejor?
- No.
- No creo que vuelvas… ya…
- No volveré… Sólo quiero darte las gracias a ti y a tus hermanas, por tenerme acá todos estos días…

No tenía tiempo para despedirme de sus hermanas.

- ¿Tendremos noticias tuyas?
- No lo sé... quizás... algún día...

Nos abrazamos fuertemente.

Arrastré mi maleta y partí con un zumbido en la cabeza.

En el cielo se formaba un cono lejano de luz.

Empezó un hermoso y ardiente verano.

Me dirigía hacia el horizonte del verano, a sus bellos y maravillosos paisajes de ensoñación, a sus refrescantes playas.

Siempre había llevado una vida de ermitaño, austera y fantasmal; pero ahora el retorno del verano me hacía un hombre experimentado y valiente, determinado y seguro. Quería explorar cada vez más y más, pues trasegar y conocer otros destinos había sido mi más ferviente deseo, y pues quería salir definitivamente del encierro temeroso en la casa de mis primas, encaminarme en búsqueda de la parte septentrional de la cordillera de Los Andes, llegar hasta el río Cauca, de ser posible remontar su caudal, navegar por el majestuoso río Magdalena, surcar la calurosa Alta Guajira, atravesar los

pueblos de Cundinamarca, llegar a La Costa Atlántica, mi destino final. Añoraba partir y llegar hacia las ciudades caribeñas. Ilusiones propias de viajero con esperanza de escribir cuadernos enteros sobre mis impresiones de viaje por esos magníficos lugares.

Tal vez viajar ocasiona esas esenciales sensaciones a cada hombre de sentirse libre y útil.

.

En las riberas de los ríos, en cuyas aguas y árboles encontraba parvadas de pájaros anfibios que habitaban entre trinos el inhóspito territorio, me echaba como un fardo a dormir al fresco libre sobre el césped, arrullado por las suaves melodías de las aves.

Las fieras de los caminos, variadas y peligrosas, habitaban entre las tórridas llanuras, esperando a que algún imprudente caminante desfalleciera de agotamiento por los abruptos caminos de los paisajes.

Aún así, conformado y animado por los descriptivos paisajes instantáneos, continuaba por los infinitos senderos, hambriento y enflaquecido, acosado por el frío, a la par de mis cansados y pesados pasos, mientras la niebla del día humedecía mis ojos enrojecidos por el insomnio.

Andaba bajo las transitorias lluvias que en el entorno formaban charcos invadidos por cientos de revoltosos insectos.

Deambulaban animales enteleridos y algunos perros salvajes por las trochas de las montañas.

Transcurrieron muchos largos días y prolongadas noches, extenuantes semanas y meses, andando por sendas selváticas truncadas de montañas agrestes, por entre caminos de cumbres y llanuras cenicientas, expuesto a las viscosas áspides soberanas de los árboles frutales y de los escondrijos musgosos en las cascadas, sobreviviendo de asombro entre las malezas de los altos riscos.

Afortunadamente llegué a un montañoso pueblo antioqueño, el pueblo cafetero de Jardín, llegaba a esas tierras con el propósito de conquistar el suroeste antioqueño colombiano, envuelto en los límites centrales del departamento de Antioquia.

Desde la lejanía, en los villorrios, escuchaba sombras campesinas que murmuraban errabundos sones, desorientados en la distancia.

Un atardecer por la peregrina ruta hacia las gélidas montañas andinas, arribé a un mesón a la orilla del camino.

Con el rostro marchito por el polvo de los senderos, me acerqué al umbral de la casa y toqué la puerta de rústica madera.

El temporal de la tarde se abría paso en el horizonte.

Una mujer desdeñosa, cuidadora del lugar salió a mi encuentro.

- ¡Quién eres tú, qué buscas aquí?

- Soy un caminante, estoy de paso. Quiero comprar comida… Y rentar una habitación…

- No tengo habitaciones disponibles, todas han sido ocupadas por los trabajadores de las sierras, la mayoría son aserradores que vienen por la demanda de pino que hay ahora… Si quieres te puedes quedar en algún rincón de la casa por un bajo precio al día, un cuarto pequeño tiene otro precio, pero en estos momentos no tengo…

La mujer de aspecto cetrino entró al caserón y buscó en la sala de entrada, entre los aparadores, bolsas de pan y comestibles que me extendió con sus manos amarillas.

- Come. El pan está recién horneado…

Era una campesina de cara triste.

- ¿Conoces otro hostal?

- Tal vez más allá de la aldea encuentres algunas otras posadas que brindan hospedaje por un precio más favorable; si buscas trabajo podrás emplearte en alguna finca como recolector de café o de madera rasteada, ¿qué sabes hacer?

- No, la verdad no busco trabajo, sólo estoy de paso.

- ¡Ah, ya! No sé en que más te puedo ayudar…

- Así está bien, muchas gracias, está muy rico el pan.

Lo devoré insaciable, mi estómago ya sufría ansiosos retortijones.

Luego de pagar el pan y los víveres, abandoné la casa a la orilla del camino.

Y emprendí mi rumbo sin dirección alguna.

En la pronta distancia, divisé la ciudad de Medellín, en el centro de un hermoso valle iluminado por los rayos del sol,

pero aún los caminos hacia Medellín estaban cubiertos por marañas de árboles retorcidos.

Me recibió el jolgorio de los alrededores del valle, las aguas de riachuelos lentos y monótonos, el viento zumbando y ahogando la visión de mis ojos detenidos en la distancia crepuscular.

Por las inmediaciones saltaban perros salvajes entre feroces ladridos.

Florecían hermosas flores amarillas, rojas y violáceas, las hojas de los parrales, los altos sauces y las ceibas cuyas semillas habían germinado ya en las aledañas tierras fértiles de la ciudad.

A pesar de estar tan exhausto, continué recorriendo con ánimo el paisaje que me estimulaba, parecía arrastrar mi vida derrotada en esos largos y extenuantes días de travesía.

Me echaba en el césped, un buen rato a descansar cómodamente.

La belleza de la ciudad en la distancia alejaba mi hambre y fatiga.

Pronto el afán por estar en la ciudad disipó mi fatiga. Caminé hacia la ciudad de Medellín con la mirada cansina y una emoción maravillosa.

Escuchaba voces alegres traídas por el viento.

De la ciudad escapaban aves peregrinas hacia el oriente.

El viento de la tarde giraba vertiginoso entre mis cabellos.

Luego arrimé a una posada visible entre las primeras calles.

Figuras de mujeres alegres invocaban el placer por las ventanas abiertas.

Los suaves rayos solares penetraban por las fragmentadas ventanas de la posada, iluminando un poco el ámbito oculto de sus habitaciones.

Pero al entrar de lleno a la posada, el viento revoloteaba por doquier estrellándose fuertemente contra los cristales de las ventanas, descuajaba los techos y depositaba mieses por los suelos de los pasillos, por las tapias externas humedecidas, y sobre los objetos invadidos por hojas silvestres.

El viento traía un aire a pedregón.

Y dentro de la posada acogedora, descubría la sofocante infinitud de cuartos desarreglados.

- Buenas tardes…

Y nadie contestó a mi saludo.

Rápidamente se aproximaba la noche sobre la ciudad.

A los instantes, de pronto, apareció un señor muy amable, extendiendo una sonrisa plena.

- ¿En qué le puedo ayudar? Joven…

- Quiero rentar un cuarto.

- Sólo tengo disponible un cuarto pequeño, los cuartos grandes están atestados de turistas…

- No importa, es para mí solo…

- Bueno. ¿Piensa rentarlo para una sola noche o para algunos días?

- Sólo lo necesario, un par de días, estoy de visita en la ciudad.

- Le encantará –dijo el señor algo obeso, de cachetes rosados.

La primera noche hospedado en aquel confortable cuartucho de hotel de turistas en la ciudad de Medellín, solo y meditabundo, necesité urgente un merecido descanso.

Las personas que estaban hospedadas allí por aquellos días, eran forasteros de caras alargadas y fatigadas, igual que yo.

Al mirar por la ventana del pequeño cuarto hacia las calles de la ciudad, más allá se veían los cerros y las montañas rodeando los barrios, y desde aquí podía contemplar las borrosas líneas de los caminos hacia las periferias y hacia los parques de atracción.

La lluvia de la noche traía consigo susurros melódicos.

Desde las lejanas comunas y barrios marginales llegaban a mis oídos voces retumbantes, personas que entonaban versículos desde las pequeñas capillas barriales, y desde luego los incesantes pitos de los carros por las calles y avenidas como atentos sonajeros de aves peregrinas sobrevolando los altos peñascos de las laderas.

El cielo aparecía inundado por espesos nimbos.

Escuchaba el croar de las ranas en conjunto, como orquestas enloquecidas ante la oscuridad de la noche, la crujiente sinfonía de maravillosos reptiles y anfibios entre las hierbas y en las riberas de los riachuelos. Entre las rocas mohosas se deslizaban salamandras y lagartijas con sus cuerpos babosos. Los cantos diáfanos de los sinsontes escondidos entre los ramajes de los árboles, sincronizados con las ráfagas del viento cantante. Y el

estrépito de los carros de la ciudad en movimiento constante al compás de la naturaleza de la ciudad.

Escuchaba cómo desde el cielo detonaban las luces de los astros, los rayos de la tempestad eléctrica que se desencadenaba con la poderosa pulmonía del furioso viento en compañía de toneladas de resquebrajadas cascadas de arenas oscuras de los ríos crecidos de las barriadas.

La noche era habitada por sonidos de fieras iracundas y peligrosas, amparado su manto de lluvias gestantes, enarbolando acuosas superficies lunares.

Y así la espléndida ciudad permanecía envuelta en sus sonidos urbanos y campestres mientras la vegetación a su alrededor retrocedía ante el inminente progreso que se desarrollaba afanosamente.

En mi emergente y dolorosa soledad dentro del hotel, recordé a mis padres, allá en el pueblo de Cielo Roto.

Recordé la bondad de mi madre, su pobre y triste santidad; y a mi padre sumido en un lazareto desesperanzador de muerte, la muerte que lo libraría de todo temor y de toda culpa.

Y luego escuché la angustiosa voz de mi madre que me llamaba a gritos por el camino alertándome de que mi padre había muerto.

Y luego ella, corría presurosa a su lecho de muerte, y depositaba su enclenque humanidad en una cama ajena de una miserable habitación en una posada lejana donde fallecía inexplicablemente en La Herradura del Diablo.

Mientras tanto, meditabundo y nostálgico, habitaba aquel cuarto, acaso confortable, en aquel hotel atestado de presencias viajeras, solo y agolpado de recuerdos y dolorosos remordimientos, sintiéndome un hijo pródigo.

A veces me culpaba por no haber enterrado a mi madre en la montaña, me punzaba el alma haberla abandonado a la intemperie en una ciudadela innombrable.

Y de súbito, escuché las desenfrenadas voces eufóricas de los turistas que entraban al hotel tras tirar las puertas interiores de los pasillos con fuertes revolcones ocasionando un insoportable estrépito.

Me asustaba un trueno tormentoso que sacudía el cielo nocturno.

Trataba de tranquilizarme respirando profundamente y albergando sentimientos sosegados, aunque los rostros de mis padres muertos eran tan palpables en el aire

Esa noche el clima de la ciudad se tornó adverso.

De repente, la abrupta tempestad se desencadenaba sobre toda la ciudad, profanando con sus nebúleas arremetidas todos los lugares, volviendo tumba las frías paredes de la alcoba de hospedaje.

Presto la lluvia evocaba huracanadas figuras del pasado.

La lluviosa penumbra de los aglomerados edificios, las capillas y el sonido de sus sinfónicas campanas se ahogaban en la mojada sordidez de la ciudad de Medellín.

Refregaba mis ojos tratando de alejar mi somnolencia. Aunque quería dormir, ya no lo conseguía, entonces permanecía alerta.

A veces sentía que mi corazón alcanzaba mi garganta como si quisiera salírseme del pecho disparado en sus palpitaciones.

Afuera, la campiña estaba impregnada de inciertas siluetas lluviosas.

Extrañas figuras humanas invadían las desoladas calles mojadas, a veces creía que eran alucinaciones mías provocadas por el cansancio, pero efectivamente se trataba de retraídas figuras humanas que descubrían a través del gris refulgente de sus ojos agudas tristezas.

Mi rostro se descomponía y se quebraba en el desvelo de la noche, ataviado de tristes recuerdos y cubierto de una nostalgia plateada, mis cabellos mecidos suavemente por el siroco que entraba al cuarto del caserón por la ventana abierta a la noche.

Descalzo y huraño, oliente a sudor silvestre, mi opaca mirada refulgía mientras todo mi ser se estremecía de frío desde la cabeza a los pies, lleno de espanto y de abandono.

Retenía mis alientos y mis internas emociones, ¿acaso mi corazón era una fiera solitaria invadida de rabia y de amargura? La frialdad que se instalaba en mi mirada, mis manos que temblaban incontrolables, mientras trataba de apaciguar el pálpito desmesurado de mi corazón y de aminorar mi desesperación.

Movía la cabeza de un lado a otro, cobraba mi rostro un rictus patibulario, no así dejaban de temblar mis manos adoloridas.

Sólo sabía que necesitaba descansar. Y dentro del lugar encontraba un poco el reposo y asueto a mi desasosiego, aunque era tan intenso y profundo ese dolor infinito que punzaba mi pecho.

Me levanté de la cama y me encaminé a cerrar la ventana. La lluvia entraba a la alcoba.

A mi mente venía la imagen panorámica de mi pueblo natal entre las montañas. Un mágico lugar escondido entre hondas cuchillas selváticas, con pocas casas y una capilla decorosa y bonita, provisto de una carretera sin pavimentar, alrededor de abismáticos precipicios. Una invernal y diminuta comarca de seres perdidos en el mapa del mundo. Tal vez volvería a mi pueblo natal, aunque tuviera que exponerme al celo de mis perseguidores: hombres malvados que no me perdonarían la vida por mis faltas atroces contra Asunción.

La venganza para ellos era un premio de consolación fallida, que yo no les había dado a cobrar.

Mi llegada a la ciudad de Medellín no resultó como lo esperaba.

Los primeros y largos días en la primaveral ciudad, solía salir a encontrarme con los citadinos y preguntar sobre los beneficios económicos de sus labores empresariales, sus logros financieros, las exitosas transacciones que alcanzaban en sus vidas diarias. En definitiva, Medellín era una ciudad pujante, de gestante población trabajadora.

En los territorios de la capital de Antioquia, el precio del ganado, de las pieles y de los víveres, se había incrementado aún más; por lo tanto, ocasionaba mucho trabajo, esfuerzo, tesón y sufrimiento todas las faenas comerciales, muchas penalidades que se agudizaban con el calamitoso y largo invierno.

Con el camino abierto para seguir hacia El Caribe, mi ilusión más pronta era resuelta, se abría ante mí el floreciente comercio de la ciudad de Medellín, llamada también Ciudad de la Eterna Primavera.

Y aunque subían los precios del ganado y de las provisiones, tuve siempre buenas relaciones y gratificantes contactos con los comerciantes, al menos en los fugaces días que permanecía en la ciudad tratando de disipar mi mente; y así podía adquirir productos favorables, a bajo costo, sobre todo en las plazas de mercaderías.

Por lo visto, me quedaría algún tiempo más en el hotel de turistas mientras tomaba fuerzas para emprender el viaje y la conquista de esos territorios cálidos del Caribe remoto, y otros lejanos y desconocidos lugares por conocer y conquistar que me apasionaban.

Quería probar suerte recorriendo aquellas tierras maravillosas del Caribe, amasar fortuna y renombre; y además conocer las aldeas aledañas y provincias nativas. Entonces me aventuraba, mientras tanto, digno de odiseas, a las indomables montañas antioqueñas, con la ayuda y el empuje del azar. Trataba de multiplicar mis cofres en El Valle de Aburrá, empapado en el

comercio de la fértil Antioquia, en la fructífera y esplendorosa ciudad de Medellín.

Para mí, en mi afiebrada juventud, era importante cambiar de territorio como de piel; además teniendo en cuenta todo lo que había sucedido trágicamente en mi pueblo natal con la separación de Janis Alcira, la muerte de mis padres y el robo de las joyas de Asunción.

Trataba de reconstruir mi nuevo presente, instándome a cambios más saludables, a conductas más edificantes.

Por aquellos días todavía seguía siendo un viajero desvariado que organizaba en su mente más viajes imposibles

Aunque verdaderamente me sentía agotado de esa guerra interior que sin tregua crecía dentro de mí, batallas y conflictos emocionales que alimentaba en medio de los territorios inconquistables de mi ser.

Pronto me alistaba a otras expediciones, ávido de curiosas exploraciones.

Luego comprendía que Medellín no colmaba mis expectativas, siendo una ciudad tan alegre y de mucho empuje, habitada por hábiles comerciantes y hermosas mujeres, y por un sinfín de llamativos e interesantes personajes; aún así no llenaba del todo mis profundos vacíos.

Fácilmente hubiera conseguido trabajo y fortuna en esa maravillosa ciudad, pero no permanecería allí por mucho tiempo, además porque mis perseguidores estaban tras mi pista.

En definitiva, sólo quería conocer otros lugares, otras ciudades de Colombia, y solventar los gastos con uno que otro

trabajo esporádico. El dinero que había recibido por la venta de las joyas de Asunción rápidamente lo gastaba pagando hoteles y comprando víveres.

La ciudad de Medellín sólo era una ruta más de mi paso errabundo y fugitivo. Aunque reconocía con agrado la amabilidad de sus pobladores, la prestancia de sus servicios, la cortesía desinteresada, la simpatía y la cordialidad que caracterizaba a los paisas.

Luego de dos semanas en aquel cuartucho de hotel, en contacto permanente con los turistas y comerciantes de la ciudad, logré reunir algo más de dinero invirtiendo en algunos negocios prometedores, esperanzado en volver a partir y viajar. Entonces me aprovisionaba de mapas y de rutas a visitar.

Existían en mi interior razones poderosas, fuertes pretextos que movían mis fibras más íntimas.

El acogedor hotel de turistas permanecía envuelto entre sortilegios inquietantes.

Presentía que pronto mi destino me enviaría a otras atmósferas discontinuas.

Después de atravesar la ciudad de Medellín, de extremo a extremo, de Norte a Sur, además de los caminos invernales de Antioquia, por fin me alisté a viajar a otras lindes.

Tomé el autobús que desde la Carretera al Mar se dirigía hacia la Costa Atlántica, con el propósito de arribar a las playas del Caribe.

El viaje duró más de quince horas en bus aclimatado.

En el trayecto, los paisajes me parecieron excepcionales y cálidos.

La extensa carretera parecía un espagueti infinito, inacabable, de color tierra pasmosa.

En la ciudad de Montería el bus hizo una parada de veinte minutos, suficientes para pedir un almuerzo y abordar de nuevo el vehículo; y así proseguir por la calurosa carretera.

Se desplegaron ante mis ojos extensas zonas de vegetaciones gigantescas, y me apasioné por tomar fotografías.

Cuando por fin el bus llegó a La Terminal de Transporte de la ciudad de Cartagena, bajé lo más pronto posible del automotor, y rápidamente tomé un taxi en la avenida.

El taxi de servicio público se adentró por las turísticas y fiesteras calles de la ciudad.

Le expliqué al chofer el hotel al cual me dirigía.

Me paralizó la belleza de la mágica ciudad de Cartagena de Indias: los rayos del sol cantando sobre los tejados de las casas y de los medianos edificios, las palpitantes calles atiborradas de turistas y vendedores ambulantes, el frescor en la piel de los turistas y bañistas en las arenosas playas, la calidez de la brisa inundando de risa a los niños jugando entre los umbrales y las calzadas de los establecimientos, bullían vapores en las calientes arenas de las playas, y el encanto inusitado de toda la ciudad contrastaba con la alegre sonrisa de los hombres y las mujeres morenas por las calles coloniales y turísticas.

A pesar de todo trataba de mantener mi esencia, aunque era inocultable mi semblante marchito y desolado, pues todavía me sentía afligido. Pero, poco a poco, someramente jovial, se iba despertando mi interés y curiosidad, y se iba iluminando mi semblante, encendiendo con chispas de felicidad mi estado de ánimo.

Por las playas, cerca de las avenidas de la ciudad, se escuchaban rumores de alegría.

De súbito me invadió un raro entusiasmo que me estremeció.

La algarabía del verano en crescendo me inquietaba de dulces calofríos.

Sumido y acongojado, tantos años, en tierras frías e invernales por todo el país, viviendo envuelto en emociones nostálgicas, cultivando un atristado sentimiento de impotencia, era hora de disipar esos pensamientos frustrantes.

Ya era media tarde cuando llegué al hotel.

Era un mediano hotel de paredes coloridas en el turístico sector de Bocagrande, desde donde se divisaba una gran porción de playa de mar.

Permanecía sentado en el hall del hotel esperando me asignaran el número de mi habitación mientras llegaba una recepcionista de rasgos chinescos.

Contuve el aliento cuando me entregaron las llaves de la habitación, entonces me dirigí a la parte alta del hotel y abrí la puerta de la amplia y decorativa alcoba despidiendo aromas de sándalo; estuve cómodo allí y pude descansar a mis anchas.

Al amanecer hacía un sol rojizo penetrante que bañaba las playas caribeñas de Cartagena.

Anduve, sin rumbo por la playa, expuesto al inclemente sol, cuya luz brillante hería mis ojos, aún a través de las gafas oscuras. Su luz no me dejaba ver con claridad los paisajes perdidos en la lejanía de las costas.

Retumbaban en mis oídos los chillidos de los pájaros enloquecidos por el calor que revoloteaban por el despejado horizonte.

Mis pasos errabundos recorrían los terrenos turísticos: tiendas de confituras y refrescos extendidas debajo de las palmeras, parasoles y tenderos coloridos de hoteles; y más allá aparecían villorrios aldeanos, resguardos y campamentos rodeados por mar y playas boscosas donde habitaban los nativos.

Estaba expuesto a las estampas viajeras, comprando cremas y protectores solares, como un turista apasionado.

Con mi balaca blanca en el pelo, parecía un marinero, vestido para la ocasión, unas sandalias con las que caminaba a la medida de mis gigantescos pasos, revolviendo las areniscas de los suelos.

Llegué a una choza de bejucos y de paja ubicada en una playa exótica.

Una mujer se me acercó a venderme limonada fría. Me recibió con su sonrisa achocolatada. También vendía galletas dulces.

De pronto escuché canciones festivas que narraban historias tradicionales de los amores de los nativos de aquella región.

Aquellas magnéticas canciones inducían a las comunidades de nativos a las danzas.

Hombres y mujeres apasionadas cuyas historias significaban la religiosidad o el amor, narraciones orales que existían en la tradición y en las leyendas populares.

Escuché atento y maravillado las voces vivarachas de esos seres apasionantes en aquellos lugares cálidos, inventando juegos y relatos excepcionales que ocasionaban que mis sentidos viajaran a través de las crónicas atmosféricas.

Me gustaba estar allí, en las tierras costeras, abrazado al calor de aquella gente alegre y humilde.

En la distancia sólo se veía el prismático sol, rojizo, ígneo, como emperador de un territorio agreste.

Escapaban las mujeres de las cabañas atravesando los pantanosos mangles.

Al rato, trepaba las palmeras para divisar los barquitos elevados sobre las olas del mar.

El sol tostaba mi piel y me aplicaba aceite de palmera, pues tenía mi espalda y extremidade atestadas de ardor, me bañaba con agua fría, y evitaba exponerme mucho al crudo astro refulgente.

Seguía inspeccionando, recorriendo y participando de las congregaciones y reuniones de los playeros, y disfrutando del espectáculo que ofrecía el verano sobre todos los lugares.

En ese entonces todavía era un muchacho apasionado por viajar, bronceado, arrojándose al mar desde las peñas de los espolones.

Los rayos del sol me circundaban.

El mar frente a mis ojos, embravecido.

A veces me atrevía a entrar a las chozas de los nativos, como si fueran mis compadres.

Todos me miraban sorprendidos y curiosos por mi desconocimiento forastero; y salía a mirar hacia el cielo, tendido sobre la arena de la playa.

Con los ungüentos naturales de los nativos, los ardores en mi piel se evaporaban.

En los rostros de los nativos había rictus de desaprobación.

Se quedaban mirándome con recelo.

Luego movidos por fuerzas levadizas, me apretaban las manos, riendo con unas dentaduras blanquecinas y sorprendentes. Pero, aún así no dejaban de escrutarme, sopesándome.

Entraba a las chozas, enternecido por sus semblantes radiantes, inundado de ardientes y copiosas lágrimas de felicidad.

Pero todavía era un joven enjuto y poseído por los extraños sentimientos de mis historias en falso, configurado por una cara alargada y amarillenta, con unos grandes ojos negros que hacían mi mirada fría y penetrante. Todavía era un errante de mi vida desolada, un demiurgo lleno de sopor viajero, abrazado constantemente a la soledad de mi encarnadura: carne magra y polvo de las entrañas de la tierra; vestido con un atuendo convencional propio de los fracasados.

Un viajero sediento de aventuras como muchos otros, supuestamente feliz, que alcanzaba delirante la enajenación habitual de los embriagados, lanzando bromas y burlas parlanchinas a los nativos entre risas borrachinas; y a todos ellos les parecía natural que me desfogara de esa manera, ya que sólo veían en mí, burlescos, a un delirante visitante.

- ¡Ahí viene el paisa! -exclamaban los nativos riendo al verme sacudiendo la fina arena playera con mis sandalias.

Los descubría con mi mirada desconfiada y altanera que se iba contra ellos mientras los escuchaba borboritar extraños vocablos de sus lenguas tradicionales.

Distraídas mujeres alcanzaban a sonreírme.

Pero no tenía ningún interés en decirles nada.

Y cada una de ellas prefería retirarse a descansar a sus chozas en la playa.

El viento sacudía con sus flotantes arrullos tropicales las hojas de palmas que cubrían los techos de las chozas.

Me quedaba sumido en cavilaciones.

¡Qué gente maravillosa!

Concluía acerca de estos seres de piel morena dorada por los rayos del sol y del aire costero.

Afuera, el cielo de la noche crujía.

La oscuridad invadía los alrededores con su calor caribeño que hería.

Un salvaje orquestal de ruidos y silbidos extraños y confusos se escuchaba por los alrededores de las playas.

Solitario desandaba mis pasos en el viento andante.

Desde la lontananza el viento arreciaba zumbos perturbadores y nostálgicos.

Finalmente, cuando asomaban las primeras luces del amanecer, quedaba como aturdido de la jovial y sempiterna brisa marina acariciando mi existencia íntegra; y luego regresaba exhausto al hotel en la ciudad, frunciendo las comisuras, los labios ya ardientes y resquebrajados por la alta temperatura mientras agitaba los brazos en signos de diversión consumada, dirigiéndome hacia la calzada de la avenida.

Amaneció haciendo demasiado calor.

Me despertaba sofocado, aunque había dormido pesadamente me sobresalté del sueño y me levanté temprano al sentir los deslumbrantes brillos de la mañana. Me duchaba y me vestía rápido, con ganas de buscar comida en los restaurantes.

Desde la habitación del hotel, se veía nuevamente el bramante mar llamando a los nativos a las celebraciones. Era un ritual de siglos que se repetía infinitamente entre las comunidades de los caribeños.

En las playas, el humo de los fogones se esparcía por el interior de las chozas.

Los turistas ya se acomodaban a extender sus flácidos y blancos cuerpos sobre las toallas en la arena, dispuestos a broncearse al llamado del sol radiante.

Me unía a las mujeres nativas queriendo ayudarles a asear, con un aire sorpresivo y de perturbación en la mirada que me daba vueltas por la cabeza y me atormentaba. Sabía que era la

inquietud que siempre atosigaba mis palabras y sentidos, que mortificaba mis recuerdos. Era el pasado imperdonable extendiéndose aún ante mí con sus redes telarañosas, sin excusas de envolverme, atrapándome.

Dentro de las cocinas ahumadas de las chozas, se formaban figuras con el humo de los fogones de reverbero.

Entre las hermosas nativas había silencios cómplices.

Luego platicaban de otras cosas sin importancia o de suma importancia, no sabía a ciencia cierta lo que tanto se decían estas mujeres costeñas entre miradas bufonas y contoneos corporales deleitosos y delatores.

Los ojos, negro profundo encendido de estas mujeres, trataban de descubrir en mí secretos inconfesables de mi vida pasada, de mis viajes por las montañas deslizadas en las geografías de los paisajes absorbentes entre atmósferas naturistas; y por los pueblos de mercaderes donde errabundo en la travesía y sus infortunios, atravesaba con mi taciturnez las ciudades y los pueblos serranos.

Pero mis secretos, concluía razonablemente, sólo se reducían a travesuras de cuando era un adolescente inquieto y alocado, y gustaba jugar bromas a los demás con mis correrías.

Mi vida pasada cual cinta cinematográfica que quizá olvidaría con el tiempo que suspende todas las ansiedades de la memoria. Incluso para olvidar, hasta mi pueblo natal de Cielo Roto, con mi familia disuelta, envuelto en mis amores frustrados y desperdigado y desperdiciado como individuo social.

Luego terminaba recordando los nombres de antiguos parientes y de furtivos amigos. Intentaba crear un árbol genealógico con algunos individuos que me importaban.

Invertía el tiempo en olvidar, pero no lograba olvidar todo lo sucedido.

Ahora no me sentía tan solo como antes, tenía la compañía de los nativos caribeños.

Me restablecía en mis ánimos y estaba cada vez más dispuesto a ayudar a organizar las celebraciones de los lugareños.

- ¡Ahí viene el paisa! -exclamaban los nativos repletos de carcajadas formidables al verme llegar por las playas candentes.

En mi dinamismo me contagiaba de nuevas fuerzas, todos los negros costeros eran mis hermanos, nos unía el sello universal de la sangre poderosa.

Aunque desde tiempo atrás me sentía agotado y desvalido, ahora era diferente.

Jugueteaba con toda la exuberancia hechizante que me ofrecían las playas del Caribe y sus míticos alrededores, en los momentos en que me sentía tan solo, tan desamparado, me era reconfortante y aliviaba mi corazón contraído. Y me dedicaba verdaderamente a lo que tenía que hacer: satisfacer mi espíritu, calmar mis instintos de animal ciudadano, cuidar mi bienestar moral y mi salud.

Presa fácil de una febril descarga de deseos desatados.

Las negras nativas preparaban el desayuno para los hombres, con un regocijo cambiante que hacía olvidar los rumbos aciagos del duro trabajo de éstos en las costas y en altamar.

La felicidad danzante del sol sobre la tierra había descendido a mi cuerpo insignificante, dándome alientos rejuvenecedores, brindándome algo de paz, alimentando mis fortalezas, vivificando mi espíritu.

Parecía un hombre nuevo, pero atacado constantemente por las navajas de la memoria, tal vez quería alcanzar eso... olvidar lo que la memoria persistía en recordarme; insistía en olvidar el dolor y los incómodos sucesos y sus amargos instantes.

En el verano encontraba la perfecta postal de mis sueños cubiertos ahora de diáfana realidad.

Una paz deleitosa empezaba a iluminar mi escabroso interior.

Después de un prolongado tiempo con los nativos caribeños, regresé armado de valor a Cielo Roto, mi pueblo natal.

A lontananza apareció mi pueblo como un distante espejismo.

Cielo Roto, un poblado rodeado de tierras húmedas y con valles hermosos donde se alzan antiguos caserones.

Sabía que llevaba una vida viajera y huraña, como un andante fantasma gorjeador.

Y era necesario, esencial, volver a mis orígenes para expugnar mis desdichas.

Arrastré mi maleta mientras me acercaba al pueblo. Me pesaban los pies y tenía calambres.

En el cielo se formaban impresiones telarañosas y nebúleas.

Después de tantos años de errancia regresaba a mi pueblo natal paralizado en el tiempo.

Desde la iglesia del pueblo viajaban hasta mis oídos los acoplados coros de los feligreses.

Pensaba que todos los lugares estaban enfermos, y me sentía solo, poseído por mi desorden moral.

En el pueblo, los tediosos instantes comenzaban a pasar lánguidamente.

Por las calles se escuchaban rumores acerca de mi regreso.

Unos chiquillos que correteaban por la calle empedrada, parecieron reconocerme y daban fuertes avisos a sus padres.

Hombres rústicos y enrarecidas mujeres asomaban sus rostros de miradas curiosas y fisgonas por las ventanas y balcones de las casas de terrón.

Pero continuaba el camino por la calle sin importarme ser atisbado con asombro e incredulidad.

Una orquesta de cantos de pájaros en crescendo traídos por el viento inquieto me ocasionaba escalofríos.

Me conturbé, airado.

Respiraba un aire azaroso.

Años viajando sin rumbo y todavía me asustaban los chillidos de los pájaros revoltosos.

Mis pasos volvían a recorrer este lugar tan retirado del mundo, rodeado por montes y sierras, por cuchillas y peñascos selváticos, poblado por casas tenebrosas que albergaban personajes insidiosos.

Regresaba nuevamente a este lazareto de mi infancia y juventud, sólo porque sabía por la voz hueca de mi madre y por las notificaciones de los viajeros, amigos de ruta con los que solía encontrarme en los caminos, que mi padre había muerto; de lo contrario, estaría viajando por cartografías de países indecibles, expuesto a lo desconocido de las estampas viajeras, capturando inútiles postales al tomar fotografías.

Las luces de la tarde sobre el adormecido pueblo alejaban un poco de mí la expectación sufriente de mi regreso.

Luego de algunos instantes, solitario y observando la gente, sentado en el parque, pasaba tranquilamente caminando un viejo conocido de la familia que me reconoció de inmediato, y que al verme se inquietó notoriamente.

Hacía mucho tiempo no veía a este individuo, un personaje de características leoncinas, ceño fruncido y ojos aspeados, ni siquiera me lo imaginaba viviendo todavía en el pueblo.

- Hola, ¿eres tú?
- Hola. ¿Te acuerdas de mí?
- Por supuesto… ¿Cómo has estado?

La luz de la tarde encendía aún más mis ojos negros. Y los de él brillaban con el sol vespertino con sus rayos como fogatas.

Me adormecía el flotante vaivén del viento sobre las ramas de los árboles del parque central del pueblo.

El hombre parecía como nervioso, pero también como ebrio romántico viniendo de una furrusca. No había cambiado mucho su aspecto juvenil y circunspecto.

Sentía mucho sofoco, incomodidad, sopor.

- ¿Y qué cuentas? –me preguntó alzando una mirada incisiva hacia mí.

- Nada.

El hombre se tambaleaba, pero no parecía querer sentarse.

- Por supuesto... -dijo airado.

- ¿Y dónde están tus amigos? -le pregunté.

- Todavía por ahí, en sus correrías, algunos trabajando, otros de fiesta en fiesta, también ya se han casado algunos o se han ido del pueblo a vivir a otros pueblos o a la ciudad, y no he vuelto a saber nada de ellos… –-respondió Néstor, que así se llamaba el hombre, mirándome detenidamente-. ¿Y tú, te has casado?

Recordé a Janis Alcira.

- No.

- Mi padre ha muerto… Vengo de las playas del Caribe…

- ¡Ah, vaya! ¡Qué trágica noticia! ¿Verdad? Debes estar muy cansado…

- Sí, lo estoy… Ha sido un viaje muy agotador…

- Claro, es de suponer… ¡Debes estar hambriento! ¿Tienes hambre?

- Sí.

- Si quieres vamos a la fonda a beber algo y charlar un rato…

- No, te lo agradezco, no te molestes, estoy bien. Más bien cuéntame de ti. ¿A qué te dedicas ahora?

- A nada en especial. Trabajo administrando una cantina – permaneció en silencio. - Oye. Me han hablado mucho de ti.

Dicen que estuviste en prisión por haber matado a un hombre, y que después te fugaste de la cárcel y desapareciste por muchos años. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Me congeló la sangre que supiera tanto de mí. Sus palabras parecían ser el eco de muchas voces insistiendo en las mismas peguntas.

- Viajando por ahí, sin rumbo…

- ¿En verdad? Así de fácil…

- Sí, Néstor, así de fácil…

- ¡Todavía te acuerdas de mi nombre! –se sonrió-. Yo no recuerdo el tuyo… la verdad… Pero creo que eres Manuel... Manuel Montes… si no estoy mal tu padre murió hace muchísimo tiempo…

Y permanecimos en silencio, buscando como seguir la conversación, que prometía ser tensa, estar propensa a tener un desenlace desastroso.

- Sí. Ya lo recuerdo… -se conturbó-. Dicen que tu padre ya estaba muy viejo y enfermo, rondando por los noventa años… ¿Verdad? Mi padre también se murió, de un infarto fulminante, ¿sabes?, pero ya hace varios años. Sabes…, Pero, ahora observándote, claro que sí te recuerdo mucho… Manuel Montes… Como por otras cosas…

Nos quedamos en silencio, buscando de qué hablar a continuación, llegó la conversación a un punto insalvable, muerto. Además, porque él hablaba atropelladamente, quizá organizando sus propias incoherencias, seguramente estaba ebrio y amanecido de juerga.

Néstor fijaba sus ojos enrojecidos en mí, como queriendo preguntarme tal vez algunas cosas del pasado.

Me incomodé y traté de desviar la conversación.

- Sí. Mi padre estaba viejo y cansado. Sólo estoy de paso…

- ¡Ah, ya!

De pronto, el escuálido Néstor desvió la mirada hacia algún punto perdido de la plaza pública, indeciso.

Me sentía verdaderamente incómodo con su presencia, tal vez algo molesto por sus conclusiones.

Entonces se ubicó frente a mí, para mirarme más incisivamente, increpándome con mucha importancia vigilante. Y así pensó que estaba mejor seguir conversando.

- Verdaderamente… ¿qué te trae por aquí? –volvió a preguntarme.

- ¡Déjame en paz! Vine por la muerte de mi padre -le contesté-, como comprenderás hace algún tiempo no sabía de él, hasta que me enteré de su fallecimiento, mi viejo padre vivía en una casa que está en las afueras del pueblo, voy para allá, todavía, creo, recordar el camino…

- ¡Ya! Pero tu padre murió hace mucho tiempo…

Le conté que mi vida había transcurrido entre posadas y lugares extraños, y que siempre añoraba regresar a mi pueblo.

- Me han hablado muchas cosas de ti, pero está bien que hayas vuelto, además la muerte de tu padre es una razón muy poderosa… Pero te digo, nadie te quiere por aquí, nadie te quiere ver en este pueblo, no creas que las personas olvidan y que ya permaneces en la mente de todos como un recuerdo

borroso… Eso no es así... Por el contrario, todos aquí sabemos quién eres... Manuel Montes…

- ¿Por qué dices esas cosas?

- Me han dicho muchas cosas de ti. Cosas buenas y cosas malas, muy, muy malas.... Cosas, simplemente cosas…

Nos fijamos las miradas, ya no parecía ebrio ni nervioso. Parecía más bien estar alertado.

- Es de suponer… -No me dejé amilanar por el pelele inoportuno.

Refresqué la conversación, como si no me importara su lenguaje entrometedor.

Al cabo de unos instantes, en que no pronunciamos ni respiros, el hombre refregó sus manos con ansiedad.

- Oye… en fin… ¡Cuídate!

No me sorprendió su sugerencia.

- Bueno, Néstor. Me cuidaré.

- Te vi sentado aquí y me acordé de ti, sólo quería saber si eras real…

- Sí, hombre…

- Te deseo mucha suerte, al fin de cuentas, nos conocemos… –evadía su enrojecida mirada mientras la palidez y los calofríos del cansancio me recorrían todo el cuerpo.

El malestar se hizo evidente.

Néstor me observaba detenidamente en su triste apariencia de obrero bohemio, y descubría con asombro, que verdaderamente no era un conocido de antaño, sólo un fugaz recuerdo que se

iba evaporando en el aire como si se tratara de un espanto, de un lugareño sentenciado por las brumas del pasado.

Me estremecía su ebria mirada.

No podía ocultar mi ingravidez.

Aún así trataba de controlar y ocultar mis intenciones de preguntarle sobre algunas personas conocidas de ambos.

Me ensombrecía y preocupaba de sólo pensar que ante mí aparecieran las imágenes distorsionadas del pasado cambiando mi estado de ánimo.

Supuse que el haberme ido por tanto tiempo no me colocaba en una situación cómoda ni favorable.

Haber venido impulsado por la muerte de mi padre me animaba a estar en el pueblo, arriesgando mi propia vida, y esta inquietud me sobrecogía aterradoramente.

En mi memoria fluyeron los recuerdos como una cascada donde nítidamente se reproducían los acontecimientos de mi vida pasada.

Y en un veloz santiamén, el enigmático Néstor se perdió en la plaza pública, dejándome pensativo y solo en la banca del parque.

Entonces me despabilé dirigiéndome a buscar el camino hacia la casa de mi difunto padre, necesitaba pronto llegar y alojarme, pues la noche se avecinaba precipitada sobre todas las cosas.

Me removieron ardidas culpas y los descontrolados sentimientos encontrados que experimentaba en medio de la zozobra y la desazón.

Las calles del pueblo se desvanecían en la nada, círculos desprendidos de mis pasos volvían hacia caminos conocidos, al tocar las paredes de ciertas casas con mi mano los resquicios del polvo de la memoria atraían imágenes dolorosas como imanes. Sentía que caminaba dentro de un sueño ya vivido que se repetía incansable una y otra vez.

Y de nuevo reconocía el camino hacia la casa de mi padre delineado por barandas rústicas de madera, apretado entre las curvas de una empedrada calle lineal y estrecha.

Me dirigía hacia allá, perturbado.

De pronto fulgían los destellos violáceos de un cielo nocturno encumbrado de nubes atosigantes, presto para encontrarme de frente con la vera de mis recuerdos.

Encontré la antigua casa enterrada cerca a la vera del camino, a un kilómetro del pueblo.

Fulgencia estaba sentada en el umbral de la puerta, recogiendo granos de café en unos costales de fibra.

- Hola, Fulgencia…
- ¡Manuel! ¿Eres tú?
- Sí, soy yo…
- ¡Manuel, por Dios!
- Sí, Fulgencia.
- ¡Dios santo! ¿Cómo puede ser? Necesito contarte tantas cosas –me dijo, levantándose rápidamente de su faena y

tomándome emocionalmente de la mano con intención de entrarme a la casa.

Luego nos abrazamos entre afectos y lágrimas, sacudidos por el reencuentro.

- ¡Espera! Hermana mía... -la retuve entre mis brazos.

- Manuel, -se deshizo del abrazo mirándome fijamente a la cara-, ¿has sabido sobre la muerte de nuestro padre?

Fulgencia tenía una cara desvelada.

- Sí, por eso estoy aquí.

- Le dio un infarto. ¡El pobre! Necesito explicártelo…

- Está bien.

Entonces le presté toda mi flexible atención.

- Manuel, ¡qué tragedia! –se quebró su voz cediendo a los alarmes, llorando copiosamente, lucía descuidada y envejecida, denotaba su semblante unas pronunciadas y profundas ojeras que demacraba su aspecto deplorable.

- ¡No sé cómo soporté todo esto sin ti! -gritó conmovida y luego me reprochó mi dejadez, mi ausencia y mi abandono-. Manuel Montes… ¡Te convertiste en un ladrón y en un asesino!

Graznaba sin cesar, convulsionada.

- Tú lo sabes… Defendía nuestro honor, nuestras tierras…

- ¡Qué tierras…! Manuel… ¡Robando, matando! ¡No queda nada…! ¿Qué honor es ése que no conozco? Manuel... ¡Has perdido la cabeza! Hemos perdido las tierras y el honor…

Me tomó febrilmente de las manos, y me convidó a sentarme a su lado en un entarimado de rústica madera que estaba en el umbral de la casa.

- Lo que defendías no tiene sentido... ¡Hemos perdido todo! ¡Nuestros padres, las tierras! ¡La dignidad! ¡Todo!

Un brumoso silencio atornilló nuestras miradas.

Al cabo de unos instantes, Fulgencia reanudó sus sórdidas explicaciones.

- Ya sabrás todo lo malo que ha ocurrido en tu ausencia... Quiero contártelo todo…, Nuestro padre hasta el final de sus días sufrió mucho por nosotros, especialmente por ti..., ¡el pobre!, angustiado por tu ausencia, se puso peor cuando nos enteramos que estabas en prisión, y mucho más angustiados cuando nos dijeron que te habías escapado de la cárcel no se sabe cómo, y nadie por aquí sabía de tu paradero, nos descorazonamos profundamente, te dimos por muerto… Te contaré todo… ¡Todo…! ¿Puedes tú hacer lo mismo? Manuel…

- No tengo mucho que contar, sólo penurias y aventuras desagradables, huir de mis justicieros y otras cosas más que nadie quisiera saber de mí. Tantas cosas malas he hecho.

Perpetró el silencio nuevamente nuestros ojos con su capa nebulosa de olvidos y recuerdos.

- Pero no te agobies más, hermana… para que puedas seguir contándome todo lo referente a la muerte de nuestro padre.

- El día del inesperado infarto estaba en la plaza del pueblo, lo vieron cerrar la legumbrería y caminar solo por el viejo puente,

en una esquina se encontró con Eusebio, un compadre suyo que le contó no sé sabe qué historia… cuando llegó a casa, al rato sufrió el infarto. Me di cuenta cuando regresé a casa por qué estaba donde la vecina pidiendo comida. ¡Aquí todavía somos bien pobres, Manuel! Hace varios meses está enterrado en el cementerio del pueblo, muy pocos dolientes asistieron a la misa y al funeral. Me acompañaron dos caritativas amigas de la vereda, Céfira y Gabriela. Su partida de este mundo ha sido significativamente dolorosa para mí. Es una larga y dolorosa historia… Te contaré detalle por detalle... Por su avanzada edad eran constantes sus quejas y dolores, sentía punzones en el pecho que lo desmoronaban a diario. Sufrió por ti, por tu suerte, por nosotros… Después de la pérdida de papá... ¡Ay, Manuel, tantas cosas han pasado, no sé por dónde empezar a contarte más penas y penas!

- SÍ. Nuestra madre también ha muerto. Murió en el camino…

- ¡Ay, Manuel…! -lloraba Fulgencia.

Y así, Fulgencia dio comienzo a la historia del antes y después de la muerte de nuestro padre en los tiempos en que había abandonado el pueblo, huyendo de mis enemigos y de los nefastos sentimientos que me habían inspirado la muerte de otros hombres.

Luego de terminada su historia, se nubló su mirada gris llorosa en un fragoso silencio, refugiada en una postura resignada de sometimiento y abandono.

Luego siguió mi turno de contarle los pormenores de la muerte de mamá. Escuchó sin perder de vista ninguna de mis

palabras. Al terminar mi relato, se incorporó de la butaca de pino, las manos le temblaban, sus ojos eran undívagos como un infranqueable abismo.

Vislumbré en el pasado el tormentoso sino de mi vida, en los tiempos en que había huido de las sombras luciferinas de mis enemigos en el pueblo que temía me alcanzaran.

- Ahora sabemos todos los últimos instantes de vida de nuestros padres…

- Sí…, es terrible.

- Con tanto dolor y angustia vividas han podido descansar en paz… -hizo una pausa prolongada antes de mirarme inquisitivamente-. Y ahora, ¿qué pretendes lograr con tu regreso? ¡Todavía te buscan!

- Sí, lo sé. No busco absolutamente nada y nada voy a lograr ya… Han muerto nuestros padres y nos han quitado sus tierras… No nos queda nada... ¡Sólo estamos tú y yo...! Mañana quiero que me lleves al cementerio y me indiques la tumba donde reposan los restos de papá…

Mi destino estaba escrito: retornar al borrascoso pasado de mi vida, y luego de nuevo mi calvario: vagar y vagar por el mundo, atrapado dentro de las esferas de una existencia peregrina.

Había tardado años en regresar a la casa de mi familia en el pueblo de Cielo Roto, y años en volver a ver nuevamente a mi hermana Fulgencia.

Giraba mi vida en un círculo vicioso, se repetían los mismos momentos desde siempre.

- Entonces, ¿no te quedarás?

- No. No puedo quedarme... Tú lo sabes...

- Manuel, ¡ay, qué tragedia nuestras vidas! Nuestro padre hace muchos años que murió…

El viento entre suaves fracciones vespertinas, entre murmullos de criaturas musicales, se colaba por las fisuras de las paredes ennegrecidas de la casa.

En aquel ámbito flotaba un olor ácido de excremento.

Abajo, había una cañada de aguas entre espesos matorrales.

Y a los extremos de la casa, dos o tres compartimientos rurales de los campesinos trabajadores de los bosques.

Mi hermana Fulgencia abrió la pequeña ventana de la sala para que entrara aire más purificador.

El día bondadoso inundaba nuestros rostros.

Se asomaba la mañana crepitando con un fulgente sol.

El explanado cielo pronto se convertía en una gran llama dorada.

Adiviné que mi hermana Fulgencia desde hacía mucho tiempo albergaba la ilusión de marcharse definitivamente de la casa en el pueblo, igual que yo, queriendo olvidar todo el pasado.

El viento de la mañana suplicaba mi conversión.

Le conté de las primas, Flor, Dalia y Margarita en el pueblo de Fredonia.

- ¿Y ellas se han casado?

- No, siguen solteronas.

Nos reíamos, cómplices de nuestro diálogo.

En la sutil mañana veraniega, me disponía a salir de la casa y meterme en la sombreada espesura de los alrededores, fuertes brisas me sacudían el cabello. Quería bajar a bañarme en la quebrada.

Mi hermana Fulgencia me observaba enfilarme hacia la espesura de los caminos imaginando que no volvería a verme nunca más.

Me movía una dulce tristeza aflautada, mis pasos resquebrajaban las fértiles hojarascas de los senderos hacia las montañas.

Me decía a mí mismo que no volvería a ver a mi hermana Fulgencia ni volvería a recorrer las calles del pueblo de Cielo Roto ni de poner un pie de nuevo en la casa desolada. Lo que en definitiva resumía como el ferviente deseo de escapar, tal vez escapar le daba sentido a mi renuncia del mundo.

El recuerdo de mis difuntos padres estaba latente en mí.

Llegaba hasta los senderos al borde de las montañas, uno de esos senderos conducía al pueblo de Cielo Roto y otro a la ciudad de Medellín.

Volvería desvariado, penitente de mi vida deshecha, a las lejanas cordilleras que atravesaban el resto del mundo.

Profundas meditaciones me atribulaban.

Luego cayó la tarde sobre nosotros.

Con mis padres o sin ellos, mi vida de todos modos era tormentosa.

Mi madre y Janis Alcira lo habían intuido, la tragedia rondaba los corazones desprevenidos.

Antaño mi padre vivía plácidamente en esta gran casa pueblerina. Se había enriquecido trabajando duramente en la legumbreria que luego se convirtió en granero, pero era avaro y resentido como yo, y con el dinero que recogía quería construir otras sesiones y alcobas, pensando en la ampliación de su magnífica casa en estas inmediaciones del pueblo de Caldas.

Años de separación de mis padres. Con el divorcio perdió todo su dinero en juergas y apuestas desmedidas. Se redujo significativamente a la pobreza.

Fulgencia había vivido la mayor parte de su vida con mi padre, ella lo cuidaba y se esmeraba por su bienestar; y yo, pues, me quedé con mamá, velando por sus achaques y ásperos caprichos,

Mi padre era un hombre codicioso, de contextura agraciada y de una indiscutible nobleza por la cual sus contemporáneos sentían admiración y respeto. En su frenética juventud había vivido con intensidad muchas aventuras, había sido mujeriego y había tenido muchos amigos, sobre todo en el mundo de las cantinas del pueblo. Pero, mi padre, al transcurrir de los años, comenzó a sufrir los ataques nostálgicos de su pasado glorioso como casanova. Por eso construyó la casa en las inmediaciones del pueblo, tras recibir el dinero de una finca por Tres Palos y Minas de Amagá, era un sector más conocido como La Tolva, que había vendido a un buen precio. Para luego encerrarse en

su vejez, cuidado por mi hermana Fulgencia, cuya nobleza le era heredada.

Se sentía exento de las fuerzas y de los arrebatos juveniles de antaño, y prefirió confinarse en su gran casa. Allí solían ir a visitarlo y prestarle atención sus viejos amigos y conocidos, con los que departía largas conversaciones y proponía temas variados. A su memoria volvían frescos los vivaces recuerdos de aquellas épocas de su trajinada juventud, se avivaba su interés de compartir sus experiencias cuando comenzaba a relatar su vida pasada como comerciante. Sus compañeros disfrutaban de sus historias de adolescente hilarante, sus oyentes imaginaban sus travesuras; mi padre los hacía reír despreocupadamente.

Reunía a todos los presentes en su gigantesca casa, y comenzaba a hablar pausadamente, agitando la curiosidad de sus oyentes; se extendía en sus cuentos de agitada juventud riesgosa y dedicado a fantasear con sus disparateces, aunque parecía que solamente a él le gustaba perder las horas embebido en sus fantasías del pasado. Mi padre avanzaba por intermedio de las palabras apasionadas un paso más hacia sus fabulaciones.

Mi madre siempre notaba su importante presencia evocadora.

Mi padre, sin sus interlocutores, se aburría notoriamente. Además, pronto sus amigos se dieron cuenta de que mi honorable padre ya estaba viejo y cansado, y que sus achaques y sus imaginaciones desbordadas eran cada vez más constantes, lo cual alertaba, y también preocupaba a los vecinos y a alguno

que otro familiar que tenía en la ciudad de Medellín, y que venían a visitarlo muy esporádicamente ya.

Mi fantasioso y adinerado viejo padre evitaba presentarse ante sus amigos y ante nosotros como un espectro fantasmagórico del pasado, un ser cuya utilidad sólo era la narrativa oral.

Mi padre era un hombre de comprensión intachable, de sabiduría justa y de fortaleza extraordinaria. De todos modos, ya denotaba los atropellos del tiempo y de la edad, aunque no parecía en lo más mínimo dejarse intimidar por los duros avatares del tiempo. Cuando vivo, siempre había querido sentirse salvaje y joven. Ahora era distinto, se sentía senil, agotado, invadido de un cansancio cotidiano. De pronto, él y mi madre, envejecerían juntos, si el azar de la vida lo permitía. Pero no sucedió así ante la separación de ambos.

Hasta que todo se derrumbó, la casa, mis padres, la propiedad sobre las tierras, mi vida, el destino de Fulgencia, la legumbrería. Todo se desplomó en actos desmedidos de la memoria, del despilfarro.

La muerte de mis padres mermó mi fortaleza.

Ahuyentar mis penas, disipar mis pensamientos avasalladores, huir del mundo y sus fracasos era mi alternativa, ¡cuán cobarde no enfrentarme a mis enemigos! Pero sentía que era innecesario irme solo contra todo, y era incluso más iluso de mi parte exponerme a los sangrientos rencores de mis cazadores entre sombras solapadas.

Sólo quedaba de mi familia mi hermana Fulgencia que era mi efímero bastón, mi guarida premonitoria.

Desfallecido, pero confortado de la caminata por los alrededores, regresaba a la casa despotricada en el camino, y me reunía con mi hermana Fulgencia.

Desde los otros caseríos asomaban los rostros de los campesinos en sus oficios.

Fulgencia tenía visita dentro de la casa, un forastero o alguien conocido suyo, entonces me arrepentía de haber entrado a la casa, y salía de nuevo a caminar y así evitar ponerme en evidencia y levantar sospechas.

- ¡No debes salir ni dejarte ver de nadie! -me había advertido Fulgencia con anterioridad-. Te pueden ver los hombres de Clemente Isaza… y sabes lo que podría suceder…

Al cabo de un tiempo, el visitante se iba y Fulgencia me llamaba para que entrara a la casa.

- ¿Quién era ese hombre?
- Uno de los despojadores de tierras… ¡Son de temer!

A poco, Fulgencia comenzaba oraciones en un férvido delirio.

- ¡Fulgencia, cálmate… no te preocupes! Sólo me quedaré hasta mañana…

- ¡Y si vienen por ti y te matan dentro de la casa! ¡Ay, Dios! Temo por nuestras vidas.

La observaba desde un rincón de la sala, inmóvil, sin poder gesticular, sin interés de unirme a sus desenfrenadas plegarias.

Luego de las oraciones, volvía a mí con sus lamentaciones y disparadas preocupaciones.

- ¡Te prometo que saldré mañana temprano, y nada te pasará a ti ni a mí! Además, lo del hijo de Clemente Isaza fue un accidente, se me resbaló el arma entre las manos…

Nos sentamos a comer alrededor de la mesa. Sórdidos y silenciosos.

Terminada la cena, Fulgencia amontonaba las escudillas para llevarlas a fregar a la cocina.

Estaba cansado de un modo perceptible, adoptaba una posición ceremoniosa, sintiendo una soporosa incomodidad en el aire enrarecido, obnubilado, inquieto por una ardida herida que llevaba oculta en mi interior desde años atrás, debido a los sobresaltos de mi vida vagabunda.

Fulgencia regresaba de la cocina.

- ¿Por qué estás tan decaído, estás enfermo?

- No puedo quedarme mucho tiempo.

- ¡Sí, lo sé! Tus enemigos pronto sabrán que has vuelto al pueblo y vendrán a buscarte… Lo presiento…

- Deja de decir cosas, mujer, nadie sabe que estoy acá…. Algunas personas me vieron cuando llegué al pueblo… Pero no sabían con certeza si era yo u otra persona, lo pude descubrir en sus rostros diferentes. Sé que no puedo quedarme... me iré mañana a primera hora…

- ¿Y a dónde irás?

- Pienso viajar por el Sur…

- ¿Tienes dinero?

- No mucho…Lo he gastado todo...

- ¿Y entonces qué harás?

- Siempre sé que hacer. No puedo quedarme aquí… Mis enemigos tarde que temprano vendrán a ajusticiarme… Saben que todavía estoy vivo y no descansarán hasta encontrarme y darme muerte…

- Manuel, hermano mío, ¡qué tragedia nuestras vidas…!

El silencio reinó entre los dos.

Fulgencia estaba lívida y pálida como una estatua destruida, exclamó, rompiendo el silencio:

- ¡Dios mío, Manuel! - y temblaba de miedo envuelta en zozobras, y apenas parpadeaba quedamente.

La escruté nervioso con la mirada perdida, castañeteando los dientes en un frenesí sonoro. Hasta sentía miedo de mis palabras que se extendían afiebradas por el aire.

El espanto estaba aferrado a las paredes de la casa.

La tarde oscurecía gelatinosa los alrededores.

Permanecimos inmóviles como figuras de cera, mirándonos mucho tiempo en silencio, encontrándonos las sensibilizaciones del alma; y luego ella clavó la cabeza en el suelo, desplomada en sus confusas emociones, como si quisiera ocultarse dentro de su falda estampada.

Yo estaba alerta, a la espera de que se moviera alguna cosa, o se escuchará un ruido que delatara la presencia de un intruso dentro o fuera de la casa.

Pero ni los mosquitos de los montes zumbaban aquella tarde, todo se había detenido en el transcurrir del tiempo, no se escuchaban silbidos de pájaros ni ruidos montañosos, ni el

viento ni el aire rasgaban el horizonte. ¡Nada! ¡Todo era silencio! Silencio de cumbre, el silencio del desasosiego.

Descubría entonces espantado que sólo se escuchaba el rechinar de mis dientes con ansiedad.

Se estaba retirando la tarde herida.

- ¡Deberías rezar!

- No sé rezar, si mucho sabré palabrear un credo que nuestra madre me enseñó...

- Las almas de nuestros padres necesitan de tus oraciones.

- Mis oraciones están con ellos, aunque no las pueda pronunciar.

Y volvimos a ese denso silencio que clamaba sin hacer ruido.

Al cabo de unos instantes sentimos pasos, alguien había entrado a la casa.

- ¡Son ellos! –se sobresaltó Fulgencia.

- ¡No te alarmes, es el viento!

No eran las asesinas sombras de mis verdugos aparatados en las gramas.

Sí, era el viento que venía caminando hacia nosotros.

- Fulgencia, muéstrame fotos de mi padre...

- Fotos de él no tengo, pero busca en los aparadores, en los cofres que hay en la repisa podrás encontrar alguna que otra foto, aunque dudo que hayan ya... La nostalgia de los días desapareció las fotos.

Encontré una foto de mi padre dentro de un pequeño cofre de inscripciones barrocas. En ese entonces mi padre era un

hombre con una barba negra bien cuidada, cepillada y lacia. Con unas gafas blancas y rectangulares de nácar. Tomé la fotografía entre mis manos temblorosas, estaba sucia y polvorienta, detrás tenía escrito un lema: "El dinero es el aroma del deseo", firmado por una caligrafía indescriptible.

Me sorprendió encontrar aquella fotografía tan fácilmente dentro de aquel pequeño cofre, se guardaba dentro de él como un gran secreto de la familia. Ahora violaba la intimidad de los instantes detenidos con mi implacable curiosidad. El olor viejo del cofre en la repisa llamó mi atención y no dudé en tomarlo para revisar su interior.

No había nadie en la casa desolada de sombras. Fulgencia representaba una sombra de mi recuerdo tardío en el tiempo.

Sabor del dulce paralelo del recuerdo entre la fotografía del pasado y mi tiempo real.

Luego vino a mi aturdida mente su presencia cautivante vagando por las calles del pueblo, comiendo fritangas en las tiendas, degustando los olores, los sabores de las cocinas de los restaurantes, su garbo de hombre democrático auspiciando los menús de su apetito, un hombre tan distinto a la verdadera cara que conocía de mi padre fallecido, distante y cautivado por otra realidad.

Incluso hasta el pueblo era diferente en la fotografía que tenía entre mis manos.

Me sonreía, suspicazmente.

Imaginaba ese preciso instante de la vivencia del personaje capturado en la vieja fotografía familiar. Captaba en la imagen

el inquebrantable espíritu de superación de mi padre a través de los años, su dedicación por mejorar su aspecto tanto físico como personal, su manía por mostrarse como un aburguesado, aunque no lo era, e insistía en serlo someramente. Distaba mucho esa imagen del pasado en que lo recordaba, una estampa verdadera de mi progenitor en el transcurrir de su vida. Una imagen tal vez espontánea y jovial.

Respiré profundamente, me sentía atacado por la remembranza esclarecedora fija en mi mente. Comprendía que la existencia de mi padre había sido turbia. Mi padre ahora ante mí, detenido en una simple imagen fotográfica. Le daba un beso a la foto y luego la guardaba en el cofre. La llevaría desde siempre conmigo, en mi mente. Después coloqué el cofre encima de la estantería.

Escuché voces, parecían volver las sombras del tiempo a habitar la casa despoblada.

- ¡Fulgencia, Fulgencia!

Fulgencia parecía haber salido de paseo con aquellas mudas sombras.

Me estremecía en un fatídico estertor.

Luego me dije a mí mismo que había regresado a mis raíces, con el propósito de auscultar mi fuero interno, hacerme a mí mismo un exhaustivo examen de conciencia.

Por fin, me pertenecía el último recuerdo de mi padre.

Tienen la nostalgia y el recuerdo un sabor insondable.

Luego al ocultarse la tarde entre nubes sospechosas me retiré a descansar a la alcoba, esperando que mi hermana Fulgencia

estuviera buscándome en la sala o en otra estancia, inquieta e impresionada.

Una extraña vorágine de enfado agitaba mis emociones.

Me resistía a la ansiedad de suicidarme.

Me sentía amilanado, oprimido por mi destino. Al fin de cuentas, tan sólo era huir, tratar de ahuyentar los dolorosos recuerdos.

Mi padre, tal vez su espíritu sanaba bajo la tierra.

Un hombre tan hábil y tan astuto como yo, aunque algo romántico. Comprendía su sagrada muerte, santuario de su carne y de su alma celestial.

Mirando a través de la ventana de la habitación hacia la tarde evaporada volvía a escuchar los pasos caminantes del viento.

No me asustaba que el viento cerca al resquicio de la puerta de la alcoba tocara intempestivamente, queriendo entrar a platicar conmigo.

En la sala, afuera, estaba mi hermana Fulgencia pronta a resolver sus miedos con el invisible escudo de la fe.

Luego vinieron a mis oídos las voces de los vecinos de las otras casas rurales que parecían agitarse entre indicios de sospecha por mi llegada sorpresiva.

La detenida tarde gemía en sus últimos instantes agónicos, y cubrían suave y levemente el cielo azul unos nimbos oscuros y profundos.

Permanecía como en un trance, pensativo.

Estaba impaciente por marchame y me sentía inquieto.

Voces que se iban multiplicando, juraba que había escuchado entre las paredes decir: “¡Sí, creo que es él, y está ahí en la casa de Fulgencia!”. Una voz brillante como de niño, alertando quién sabe a quiénes.

Y al instante, escuché fuertes murmuraciones, y ya no eran propiamente del viento.

Al cabo de unos largos minutos, tocaron a la puerta de la casa, y escuché los pasos lánguidos de Fulgencia que asistía a ver de quién se trataba.

Resultaba ser una vecina que venía a ofrecer pan. Escuché su delgada y firme voz de benevolencia, y cuando preguntaba si todo marchaba bien por la casa, a lo que Fulgencia respondía que sí, que todo estaba perfectamente bien.

Luego entonces un silencio envolvió las voces que permanecieron suspendidas en el aire, ya sin recato ni alientos de dejarse escuchar nuevamente.

Sentía que ambas mujeres se murmuraban cosas. Y después enmudecían hasta que se escuchaba la puerta cerrarse.

No salía de la habitación.

Permanecía encerrado conteniendo la respiración.

- ¡Fulgencia, Fulgencia! -la llamaba alarmado a viva voz.

Aparecía Fulgencia entre los nichos de la penumbra.

- ¡Qué aspavientos y berrinches son ésos...! Te van a escuchar y sabrán que estás acá... ¿Qué alarmes y gritos son ésos! ¿Qué te pasa? ¡Vas a despertar los espíritus de nuestros fallecidos padres!

- ¡Eso es lo que quiero! Escúchame... Debo ir al cementerio donde reposa mi padre... antes que decline la tarde...

- Bueno, ¡vamos, rápido!

Nos enfilábamos cuesta abajo del camino y seguíamos por una ladera retorcida de zarzales.

Al cabo de un buen trecho y una larga caminata abriéndonos paso por entre la niebla divisamos las tumbas funerarias de la entrada al Campo Santo de la Romera de los Yacientes.

Fulgencia apresuró el paso.

Yo no recordaba el camino hacia ese lugar desolado y triste.

Al llegar notamos que no había puertas ni cancelas de entrada. El viento del tiempo las había derrumbado hasta desaparecerlas, y sólo quedaban indicios de hierros retorcidos y maderas podridas amontonadas en montañas arenosas.

- No camines tan despacio -sugirió mi hermana.

El mundo de los muertos nacía a nuestros pasos.

Rechinó sus alas el viento.

Caminamos entre las lápidas de las tumbas de cruces herrumbrosas y ruinosas, esquivando las enredaderas.

- ¡Es allá! -fijó el lugar con la mano y se internó por las sendas fantasmales.

La seguía sin poder respirar.

Todo el hollín de la vida relucía ante los sentidos. Percibía un poderoso olor a podredumbre santa.

- Hemos llegado. ¡Ésta es la tumba!

Señaló un boquete abierto en la tierra donde asomaba un féretro color madera sucia medio sepultado.

- Fulgencia... ¿qué es esto?

- Nuestro padre y toda su acerva riqueza...

- Pero...

No hubo más palabras.

Mi padre había muerto arruinado, sus lucrativos negocios y su visión del cambio económico provechoso: puras naderías; su fortuna la había despilfarrado en inversiones inseguras. Sólo Fulgencia había quedado redimida con la casa y con la liquidación de la legumbrería. Pero también había malogrado el dinero pagando inservibles abogados que defendieran las tierras familiares robadas y expropiadas por los hijos de Clemente Isaza y otros descarnados despojadores.

El féretro parecía estar entre tierra empantanada.

Las lluvias se amontonaban en los silenciosos alrededores del Campo Santo.

- ¿Estás segura que en ese ataúd esta su esqueleto y no su dinero?

- ¿Su dinero?, ¡murió pobre! Todo su dinero lo malgastó en malas mujeres...

El vapor de la brisa funeraria sacudió nuestros semblantes.

Efectivamente, como había resuelto, a las primeras luces del día, me dispuse a alistarme para salir definitivamente de la casa de mi difunto padre y concluir este capítulo de mi vida.

Dejaría atrás el desgarrador pasado, la casa donde vivía sola mi hermana Fulgencia. Dejaría atrás mis recuerdos de familia, de mi infancia y de mi juventud en el pueblo, los atolondrados recuerdos de mi corazón comprimido. Y eso bastaba para ir demasiado lejos de mí mismo.

Fulgencia entró a la habitación y se sorprendió al verme desde tan temprano ya listo para cargar mi maleta.

- No puedes salir todavía, hay hombres de Clemente Isaza rondando los alrededores. Debiste haberte ido anoche con las sombras.

- No me importa. Debo salir hoy.

- ¿No te da miedo que te asesinen en el umbral de la casa?

- ¡No!

- ¡Ay, Manuel, sería otra tragedia que no soportaría!

- ¡Déjate de necedades! ¡Hace años estoy muerto!

Y lloró desconsolada, y abrió la boca desproporcionadamente como queriendo tomar un respiro, luego sólo alcanzaba a resoplar tan débilmente que me causó sueño.

- Definitivamente me iré.

- Bueno, hermano, sólo me resta decirte, cuídate mucho y que seas feliz algún día en alguna parte. Aquí no te quieren las sombras, porque, aunque te resistas, ¡eres una de ellas! Sigue huyendo... ese es tu destino... hermano...

- No creo que sea feliz, pero lo intentaré. Gracias, hermana.

Cuando intentaba darle la espalda, exclamó sigilosa:

- ¡Espera!

Y se asomó a la ventana para atisbar hacia afuera, hacia los condominios de los campesinos vecinos husmeando entre las fisuras y rendijas de las paredes.

- No veo a nadie. Parece que ya se han ido. Ahora me pareció ver hombres armados merodeando los alrededores de la casa. Debiste haber salido anoche con las sombras que te protegen, aunque no creas.

- No pude, no logré conciliar el sueño.

La emotiva despedida de mi hermana Fulgencia me perturbaba más de lo que creía, nos abrazamos, la besé en la frente, ella lloraba quedamente y me protegió con su bendición en silencio.

Nos miramos fijamente por un largo rato, nuestras miradas eran nuestra última comunicación.

- Cuídate mucho, hermana mía, acuérdate que eres una mujer sola… y no tendrás marido ni nadie que te defienda si vuelven los despojadores a reclamar estas tierras... O los hombres de Clemente Isaza a buscarme…

- ¡Muerto el amo, no muerde el perro…!

- ¿Por qué dices eso? ¿Ha muerto Clemente Isaza?

- ¡Ya estaba muerto antes que mataras a su hijo!

Los instantes pasaron por nuestra vista en prímulas gélidas

Pronto todo estuvo dispuesto para mi viaje.

Cuando estaba preparado para irme, le dije:

- Probaré suerte en la ciudad… Por allá nadie me conoce...

- ¿Volverás algún día?

- ¡Sí, por ti!

Y abandoné la habitación y crucé los pasillos de la casa para salir. Y ya afuera de la casa eché a andar hacia el camino desolado.

Fulgencia me siguió en silencio y quedó en la entrada de la puerta de la casa, solitaria, mientras el viento entre las frondas de los árboles bajaba hasta ella y le alborotaba los largos cabellos encanecidos. Las lágrimas caían de sus ojos a la tierra ennegrecida mezclándose con los minúsculos granos de arena del camino entre las hierbas. Se sentía desamparada y destrozada por mi abandono infinito.

Alcé la mano en señal de luenga despedida.

Adiós, Fulgencia. Tal vez nos veamos algún día, la muerte de nuestros padres ha sido un terrible sueño que alcanzó mis expectativas ilusorias hasta avasallarme, y ahora fortalecido sigo avante por la realidad finita. Tal vez no haya más regresos, pero constantemente regreso una y otra vez, poseído por el azar que llena mi cabeza y mi corazón de sensaciones sin definir, precisadas en un tiempo que me lastima sin concluir, que me daña irremediablemente.

Necesitaba reinventarme en otro lugar, la felicidad sería propicia en un territorio donde pudiera alejar mis remordimientos y mis tristezas; de lo contario, seguiría así, fragmentado.

Un vórtice de confusiones anidaba en mi corazón, en mi alma atribulada.

Quizá volvería a ver a Fulgencia en aquel lazareto donde estaba refugiada desde los tiempos en que cuidaba a mi padre enfermo.

Adiós, Fulgencia. Y agité la mano al cielo para que ella viera que solo era un hombre cualquiera en la distancia.

Después asomó el ardiente sol por el oriente, cubriendo todo el rededor, bañando a Fulgencia en su tristeza confinada.

A poco, Fulgencia se internó en el interior de la casa, cubriéndose la cara con las manos, inundada de férvidas lágrimas

Toda la casa se empapó de penumbras en la distancia cuando el sol se ocultó entre unas gigantescas nubes.

Pasaron los meses en que el recuerdo de mi hermana Fulgencia rondaba por mi vida perturbando mi paz. Me perseguía su imagen triste en las noches oscuras.

Al abandonar la casa de mi difunto padre, comprendía con temor lo que era entonces vagar sin dirección por los intrincados caminos de la vida.

Anduve por muchas calles de ciudades y por muchos pueblos, por muchos senderos truncados de montañas filosas y escarpadas, expuesto a los peligros y a las vicisitudes del mundo.

Las vías ferroviarias antaño construidas por huestes de negros esclavos traídos de los países africanos se divisaban en la

distancia como arterias de un organismo vivo clavado en la tierra.

Desde la estación principal, salía todas las mañanas el tren hacia la ciudad.

Los ciudadanos frecuentaban emocionados el lugar, aunque el viaje de recorrido duraba por lo menos seis horas, pero aún así sin importar el prolongado tiempo ocasionaba que se sintieran entusiasmados con el tour turístico.

Los pasajeros salían en compañía de sus familias y de sus amigos, cargando maletas llenas, víveres y otros suvenires necesarios. Resultaba el viaje tan atrayente, que lo más importante era disfrutar de las espaciales panorámicas que se abrían ante la vista.

La Compañía de Vías había habilitado otros tramos con el fin de promocionar el turismo entre los interesados.

Entonces el horario del funcionamiento del tren se extendía incluso hasta la medianoche, horas extremas que la gente solía utilizar para abordar precipitadamente el último tren hacia la ciudad.

Los turistas, seres pálidos y taciturnos, con la tentativa de conocer las landas de geometrías diversas que rodeaban la gran urbe, poco a poco se avivaban sus rostros alargados en chispas de alegría.

Pero resultaba que el tren no se aventuraba más allá de aquellas estaciones ya señaladas, porque seguramente no había más vía, incluso se suponía que estaban en construcción, pues a lo sumo seguían en la distancia, kilómetros infinitos de

inclementes dunas. Lo que parecía aterrar a los turistas y, al mismo tiempo fascinarlos con desmedida afectación. Entonces los tiquetes de viaje sólo cubrían aquellas rutas establecidas por la agencia del Ferrocarril.

Aunque los habitantes hacia La Ciudad Central sabían, con cierta incertidumbre, que fuera de las estaciones no se había empezado tan siquiera la contratación de los terrenos para la ampliación de la vía principal. Y con certeza sí, que fuera de aquellas estaciones, sólo existía una vasta zona industrial maltratada por la contaminación que hería la visión.

Era sabido por los habitantes de la ciudad, que la estación principal estaba rodeada por todos los puntos cardinales posibles de montañas de residual maquinaria pesada, y algunos cientos de kilómetros más allá existían desiertos imposibles.

Las estaciones, puertas de entrada a esos impenetrables lugares que muchos se atrevían a visitar, conocer e incluso poblar, eran centro general para miles de turistas desplazados de otras ciudades del país.

Ahora se habían formado comunas y barrios subnormales a los extremos de la vía.

Alrededor de la estación principal había tiendas de artesanías, restaurantes, bazares, un pequeño parque de recreación para los niños donde se distribuían golosinas y globos de colores, y un puesto de información permanente custodiado por dos agentes de policía y atendido por una secretaria miope. Y vallas publicitarias de productos de diversa índole.

Todas las estaciones estaban rodeadas por alambres de púas electrificados. Asimismo, custodiadas por comandos de seguridad y administradas por el personal del Ferrocarril. Aún así, esto no impedía que los migrantes y marginales se posesionaran de los terrenos baldíos para construir viviendas endebles.

Entonces me armé de valor.

Y después de mucho caminar por inacabables sendas que no conocía, se abrió ante mí la explanada de la estación ferroviaria construida antaño por los negros esclavos de África.

En la estación me encontraba con los rostros de los turistas y de los viajeros forajidos salidos de los montes y de sus caminos gravosos, de los alcores y de las isbas de Cielo Roto, hombres y mujeres que se amontonaban y emergían astrosos a formar la algarada en la estación.

Mi pecho estaba sofocado de fuga.

En la lejanía se escuchaba el ronco silbido del tren que se acercaba velozmente por los raíles renegridos.

La multitud de pasajeros se agitaba entre gritos y exclamaciones, movida por la ola del desespero de abordar. Aumentaba visiblemente la conmoción a un segundo ronquido del tren por la vía oscurecida.

Los pasajeros impacientes soportaban heroicamente la turbamulta enajenada, algunos desesperados por la fatiga.

Y el tren se acercaba por los villorrios apagados de la noche, con su atronador y picante rugido en la distancia.

Aumentaba considerablemente la masa de seres que provenía de los pueblos entre las montañas.

Aunque ahora nadie alcanzaba a divisar la descomunal máquina, los pasajeros parecían agitarse más y mucho más en la conformidad de lo que nunca llega.

Tronaban voces en el viento neblinoso entrando a las gradas de la estación.

Las montañas polvorientas y agrietadas temblaban al estruendo del lejano tren o al contacto del viento morado de la noche.

Un hombre de rostro asqueroso, llagado de úlcera y viscosidades, que estaba a mi lado, me preguntó:

- Oye, tú… Me da la impresión de que te he visto antes por aquí…

- No creo, no soy de la región…

- ¡Sí, te he visto!

No le respondía por temor.

Y al hombre astroso no le agradó que lo ignorara.

Ahora tenía el hombrecillo unos ojos de mermelada derretida.

No tuve más necesidad de evadir al funesto entrometido, pues cuando volvía a rugir el sonido del tren acercándose, el leproso hombrecillo se lanzó hacia la zaragata renegando lenguas funestas, mientras los pazguatos se estrujaban por alcanzar los oscuros vagones del tren imposible que los conduciría a la fantástica Ciudad Central.

Enturbiado, creyendo que era inútil aquel abordaje, poco a poco me aleje de la enloquecida trifulca salida de la riada en la estación.

El tren volvía a rugir en la lontananza sin fin, se acercaba con sus vagones garrapiñados de turistas sonámbulos, imposibles de arribar a la estación, donde esperaban los enloquecidos pasajeros arrojarse sobre él cuando llegara.

Cobraba el gusano metálico una lejanía infinita entre más quisiera acercarse.

La multitud en la estación reventaba en globos de sangre, a la espera de un tren imposible en la noche pegante.

Prosiguió un amanecer desquiciado.

La luz brillante del día hería mis ojos, caminaba con la mirada extraviada.

El viento sacudía los ramajes de los árboles del camino. Coros de pájaros invernando invadían los alrededores con una densa calidez.

Allende se cruzaban los límites de las cumbres disueltas: afilados peñascos donde nidos de gigantescas víboras colmaban las arenas. Y más allá de las montañas sabía que estaba la ciudad a la que quería llegar. Ciudad Central, La Fantástica.

Escuché en el aire un fuerte rugido aéreo acercándose.

Un avión cruzaba el brillante cielo, estruendosamente.

Rápidamente alcancé un montículo de arena y agité con desesperación los brazos al aire para que me reconocieran rápidamente.

Pero la nave siguió su indiferente curso por el firmamento, trazando una línea de propulsión determinada.

La hiriente luz del sol no me dejaba ver con claridad el gigantesco pájaro metálico que se perdió en la infinitud del día, ignorando mi presencia.

Para sobrevivir me alimentaba de hojas y semillas esparcidas por el viento y del agua que brotaba de las peñas.

Hallaba en los agrestes caminos, cadáveres de animales: vacas, pájaros, serpientes, una gaviota que devoré insaciable.

Continuaba caminando, hasta hacerme un hombre enclenque, con el semblante escuálido y descarnado, y mi mirada estaba increíblemente extraviada por los alrededores.

En los senderos encontraba aves y mamíferos expuestos a la furiosa fuerza de los elementos de los caminos.

En las noches tenebrosas sin luna, dormía en las cavernas medanosas formadas por los simunes que traían los vientos, resguardado entre las hiedras como un animal, arropado por vestidos ya hechos jirones, pero aun así, por fin podía descansar y sentirme libre de la persecución de mis enemigos.

En constante alerta la pelmaza constitución de mi vocinglero cuerpo.

Recordaba a mis difuntos padres, a Janis Alcira, a Asunción, a Fulgencia y a mis primas, nunca más los volvería a ver en esta secular vida.

Me entristecía el panorama en colapso con mis sensaciones.

El aturdimiento afectaba mi mente y todo mi ser.

En aquel destierro no menguaban mis fuerzas para proseguir.

Me sabía en la ruta correcta hacia La Fantástica Ciudad Central envuelta en el final del horizonte entre hálitos de niebla lluviosa.

Después de varios días, perdido entre cordilleras y desiertos inacabables, llegué de noche a Ciudad Central, me recibió un desfile de seres fantásticos, la ciudad estaba de fiesta, completamente iluminada, de los suelos, de sus aceras y de las calzadas de sus calles emergían las luces que alimentaban con claridad la mampostería citadina.

En Ciudad Central el subterráneo Alumbrado Público disparaba rayos irrisorios desde el interior de la tierra, proyectados hacia el cielo estrellado, iluminando así vívidamente todas las estructuras en pie.

El desfile de ensueño, de luces brillantes y de personajes con trajes coloridos y maravillosos, me llevaba arrastrado por las calles iluminadas. Y así con ellos recorría en un santiamén toda la extensa ciudad. Salían de todas partes, de los interiores de las casas y negocios, cada vez más hombres y mujeres que querían unirse al desfile carnavalesco enaltecido. Y una sola carcajada recorría los intersticios y laberintos de la maravillosa Ciudad Central en permanente fiesta de luces y alegría.

Y, sin embargo, toda aquella euforia sin sentido no alejaba mi pesadumbre.

A un descuido de los carnavalistas, me alejé de la procesión desorbitada. Y me encaminé presuroso a buscar donde hospedarme.

Me fijaba en una casa de color naranja que servía de hostal y que estaba al otro lado de la calle.

Me acerqué y llamé a la encorvada puerta en arco. Me recibió un señor con grandes anteojos y un sombrero negro de copa puntiagudo. Era el administrador con traje amarillo como de músico folclórico. Se sorprendía un poco al notar mi aspecto descuidado y la mugre encima de mi piel y de mis ropajes.

- Necesito una habitación...

- Por supuesto, señor, usted necesita una habitación… -expresó el jovial hombre sin atinar un hola.

- No sabía que estaban en fiestas. ¿Qué celebran?

- Aquí, en nuestra ciudad, celebramos todos los días La Fiesta de las Luces -profirió el hombretón apayasado.

- Sólo quiero descansar y recuperar fuerzas, estoy de vacaciones en la ciudad.

- Por supuesto… está de vacaciones en la ciudad…

Dijo en un tono incrédulo.

Renté esa noche una habitación mágicamente iluminada. Le entregué el dinero del hospedaje.

- ¿Podría solicitar menos luz?

- Por supuesto… necesita menos luz -repitió y profirió una destartalada carcajada.

Quedé impasible, observándolo.

- El señor necesita menos luz… necesita menos luz… -repetía incesante como un ventrílocuo roto.

- Me es difícil dormir con tanta luz encendida. No veo de donde se apagan las luces. ¿Puede indicarme?

- Haré lo posible, informaré de su queja a los señores de la Administración de Luces…

Y, acto seguido, me extendió las llaves de la habitación, luego desapareció entre magistrales risotadas por el pasillo del ridículo hotel naranja, esplendorosamente iluminado y brillante. Las luces provenían del suelo cristalino y de las paredes con espejos.

Concluía que el administrador del hotel era un tipo algo estrafalario, encargado del extravagante hotel.

El hotel semejaba un biombo dimensional donde mi figura se repetía iluminada en todos los espejos.

En Ciudad Central me contactaba con toda clase de comerciantes, y ya volvía a estar metido en productivos negocios para poder ganarme el sustento, y convencer a los ciudadanos de mi buena voluntad de trabajar pensando en el progreso y la convivencia comunitaria.

Pero mis gastos para mantenerme en aquella formidable ciudad luminosa eran muchos, pues el hospedaje y la alimentación eran excesivamente costosos.

Aun así, frecuentaba las iluminadas tabernas de Ciudad Central y me emborrachaba hasta la saciedad, aprovechaba que era joven y que tenía atributos viriles, belleza y cierta espontaneidad para seducir a las mujercitas de los bulevares y poder sustraerles alguna que otra cosa.

En el extravagante hostal naranja lograba quedarme más de una noche, había simpatizado con el gracioso administrador del negro sombrero de copa, y solía hacerme descuentos especiales por ser forastero y confesarle que era mi primera visita en aquella extraña ciudad.

El hotel era un agradable fortín, aunque demasiado iluminado.

El gracioso administrador de sombrero de copa me había dicho que en la ciudad no habían sedes administrativas y ningún poder político ni judicial, no habían agentes de policía ni de tránsito, tampoco habían iglesias ni parroquias, ni conventos ni capillas, menos aún ladrones y asaltantes, puesto que un ladrón o un asaltante inmediatamente sería descubierto por toda la población interconectada de la ciudad que permanecía siempre iluminada, incluso hasta en el día más claro. Fácilmente se reconocería un ladrón o un asesino en aquella ciudad mágica donde los seres que la poblaban no tenían problemas ni conflictos de ninguna índole, toda la comunidad citadina parecía vivir iluminada y atrapada en una impenetrable burbuja de felicidad.

Ciudad Central, La Ciudad de las Luces, gigantesca urbe guarecida entre neblinosas montañas, donde podía aguantar los embates del tiempo en su desaforado curso.

Mis tristes pensamientos, mis ilusiones difuminadas por el aspecto cambiante de la realidad cotidiana de Ciudad Central, truncaron a otro ritmo la normalidad de mis días.

Recogía algún dinero para suplir mis gastos. Además, la esperanza de ser millonario crecía en mi espíritu con ansiedad, temiendo el llegar a caer en las manos de mis detractores y de mis enemigos.

Entonces mi vida se transformaba en una laberíntica odisea contagiada de la euforia que despertaba en mí los habitantes y las luces de la ciudad. Pero ni con aquellas alegres gentes ni con las fantásticas luces de la ciudad podía disipar mis tristezas.

Había encubierto toda mancha de responsabilidad de mis perversos actos, como si intentara convencerme de que mis acciones solamente eran accidentes del destino.

Descansaba en mi corazón la memoria de mis padres, recordaba con nostalgia mi hogar en el pueblo de Cielo Roto, a mi hermana Fulgencia que había dejado sola y desamparada, a merced de las fieras sombras de nuestro pasado voraz.

Cerraba los ojos, taponaba mis oídos a las súplicas de mi alma, a los latidos de mi corazón resquebrajado, sabiéndome condenado al destierro y a la muerte.

Los domingos salía a pasear solitario por la ciudad. En el día era igual, la ciudad permanecía encendida de luces inacabables.

Ciudad Central iluminada entre insalvables serranías, un extenso y amarillo poblado de callejas interminables con subterráneas luces enceguecedoras, de callejones y autopistas caracoleantes, -si no montabas en un coche de luz no eras ciudadano de la urbe-, de bulevares y tabernáculos envueltos en olores mandragóricos. Refugio de seres desmedidos, de burgueses homéricos, de payasos glotones de noble jerga, de personajes in confesso entre enloquecidas romerías, de hombres lucífugos y mujeres carnavalescas entre risas borboriteantes. Una ciudad prodigiosa de hermosas, alegres y radiantes calles donde se respiraba el idioma de la alegría.

Caminaba por entre aquellas calles de preciosos relieves, casi geométricas, desde donde emergían de los suelos de la tierra las luces intermitentes o lineales, según el encuadre de las esquinas.

Encontraba en las calles a unos chiquillos jugando a disparar fusiles con cartuchos refulgentes de goma de colores.

Recorría las calles encantadas, pareciendo un viajero sorprendido, mirando con un visillo de inquietud. Escuchaba más estallidos de alegría revoltosa, el carnaval conspirador de la ciudad aparecía de pronto de la nada, y con temor de que me empujara nuevamente a su algarada luminaria me escondía entre unos muros un poco menos iluminados, sintiéndome invadido de terribles emociones y pensamientos atolondrados.

Descubría a las festivas mujeres pintoreteadas arrastrando a los congregados en las zangas de los almacenes de juguetes, en las largas avenidas eran sacudidos en la alharaca; y a los

despavoridos hombres que a borbotones eran empujados al festivo folclore como animales cazados por entre los arbustos de las verandas. Luego descubría que aquellos hombres eran los armadores en los almacenes de juguetes.

Se incendiaba mi curiosidad entre funestas señales de devastación interna; encontrándome también con los cómicos semblantes de los pobladores desde los balcones de los torreones entre carcajadas; de igual manera las conglomeraciones de los peatones, todos en una sola carcajada. Sobre todo, encontrándome con los ansiosos rostros de los civiles jolgoriosos en los andenes y umbrales de las casas también pobladas en sus interiores de inusual fiesta y colorido.

¿Por qué me rehusaba y no quería ser feliz como esa gente despreocupada que poblaba la maravillosa Ciudad Central? Tal vez porque no era originario de aquella ciudad fantástica, y la felicidad me era un artificio ajeno.

Por esas callejas, trataba de esconder mi amoscado rostro vigilante por entre las rendijas de los muros de las casas.

En las calles de luces, compraba caramelos de chocolate a los modestos y cómicos comerciantes que sólo ofrecían juguetes, cristales de luces y golosinas.

Sonaban estruendosas las bocinas y rechinaban las ruedas metálicas de los iluminados tranvías de colores entre los rieles.

Estaba sutilmente, no feliz, sólo contento e inquieto.

Avanzaban los tranvías guiados por una infinita carrilera, y cada vez se alejaban más del centro de la ciudad, perdiéndose entre el vasto atardecer; y allí daban vuelta, y en otro

deslizamiento se curvaban las maquinas como gusanos elásticos.

Entre mis temores estaba el perderme en mí mismo, como ya me había ocurrido varias veces.

Me sentía forastero y fugitivo.

Cuando tomaba el tranvía para llegar al hotel naranja, a mi lado viajaban obreros y amas de casa con sus chiquitines alborotadores que cantaban. El sonido de las bocinas del tranvía que recorría toda la ciudad en una algarabía sin motivo aparente.

Me preguntaba a mí mismo, pero, ¿por qué todos tan alegres siempre?, ¿cuál es el motivo de tan diaria chispa de felicidad?

Estaba turbado, ya no quería escuchar nada ni a nadie, ni más risas ni más carcajadas, ni más sonidos melódicos que me rescataban sin querer de mis espasmos y atribulaciones.

Todo el panorama cobraba un aspecto desvariado y embrujado.

- ¡Estás en la ciudad más alegre del país! -opinó un pasajero que estaba a mi lado al percatarse de mi estado de descontento y confusión.

Estaba impresionado con la belleza xerofítica de los paisajes de la ciudad que mostraba a su paso el tranvía.

Se abría a mi vista, terrenos amarillentos con vegetación espinosa que brillaba bajo el cielo azul oscuro.

Los árboles espinosos formaban figuras bastante inusuales.

Mi incomodidad entre todos los pasajeros era evidente; y mi ansiedad y mi impaciencia por llegar a mi respectivo destino, era urgente.

En el camino hacia el hotel naranja encontraba mercaderes de todos los barrios de la ciudad, alegres y desorbitados.

Estaba preocupado, invadido por premoniciones aciagas.

Me parecía que la vida en Ciudad Central era desenfrenadamente jovial; y al mismo tiempo, estúpida y sin sentido, y que aquella alegría injustificada que los invadía espontáneamente a cada instante no hacía sino desorganizar cada vez más todo. Aunque trataba de alcanzar un poco la noción y las normas del orden y la disciplina para conmigo, era imposible convivir con aquella gente que sólo pensaba en una diversión festiva incontrolada.

Seguía prefiriendo mi anterior vida, funesta, invernal y fría, aunque fuera disoluta. Libraba en mi interior cierta apatía que manifestaba sin querer, y que era el resultado de vivir en el hotel naranja con su habitualidad atiborrada siempre de turistas estrafalarios, bulliciosos y felices.

Sin embargo, así lograba soportar dos largas semanas, exceso de mi tiempo establecido de estar en la ciudad, aunque maldiciente de los instantes jolgoriosos cotidianos mientras palpitaba dentro de mi corazón un inquietante destello de abandonar aquella ciudad fiestera.

Eran tiempos difíciles que despertaron en mí hondos sentimientos encontrados. Desfallecía por antiguas heridas que

profesaba en mi interior desde tiempo atrás, hastiado de mí mismo, como una figura enrarecida del devenir.

Refugiado en una postura temblorosa y con los ojos vagos pero musicales al mismo tiempo, extendía mi mirada hacia la inmensidad territorial de la ciudad destellante, desde lo más recóndito de mi ser un hálito fantasmal me sacudía.

Todo en mí, de cierta manera era agridulce y triste, así lo creía.

Ahora, toda mi vida quedaba atrás del camino, y estaba solo y, me sentía desamparado y confundido en mi propia soledad. No lograba alcanzar el verdadero propósito de mi conversión.

Después asomó la naciente luna por el cielo lejano, bañando mi cara de una tristeza ceremonial.

Era la ciudad luminaria, un gigantesco fortín de almacenes de juguetes, una gigantesca fortaleza de luces infinitas donde podía aguantar los embates del desaforado destino.

Y para dilucidar mi penosa y delirante situación, concluía para mis adentros, con alivio protector: “Seré feliz acá. Nada malo puede ocurrirme ya”.

Pero era verdaderamente difícil acostumbrarse a la vida citadina y constantemente feliz de la fantástica Ciudad Central.

Todos los días solía salir a pasear por la ciudad, donde sólo era un desconocido.

Quise escribir un diario personal, donde recreaba a mis insomnes parientes, a mis difuntos padres y a mi hermana Fulgencia; sobre todo, para conservarlos en mi memoria, algo así como un tratado familiar, donde también explicaba: “Cómo

curarse de los turbios pensamientos de tristeza y maldad y, no desintegrarse en el intento visitando ciudades festivas".

Aún así, en las noches desorbitadas de la ciudad, me invadían los recuerdos atormentadores, entonces no podía evitar llorar desafortunadamente.

Había un decreto en la ciudad que prohibía llorar.

Pero una noche de relámpagos estrepitosos sobre los rascacielos de la ciudad, me invadieron las desarticuladas pesadillas del inconsciente, soñaba que estaba nuevamente en la cárcel, purgando los crímenes que no cometí. Me veía corriendo en las aisladas montañas de mi pueblo Cielo Roto, en los pueblos antioqueños de Fredonia y de Jardín.

Soñaba que me reencontraba con mis padres en un lugar indefinido. Y mis ancianos progenitores me miraban con una extrañeza tal que me erizaba los vellos de la piel.

Luego apareció el anciano mago de la cabaña abandonada entre las montañas, mi reflejo viajero, aparecía ante mí cargando una lámpara encendida, más irónico y agresivo, indicándome con sus huesudas manos las nuevas rutas a seguir.

Descubría alterado que ya no era el mismo hombre que había llegado aquí, sino un fantasma del pasado desfigurado.

Mis difuntos padres se presentaban ante mí, sin manos y sin pies. Y me sonreían sin afectación por lo que me sucedía, tampoco parecían amoscados. Y me sobresaltaban sus presencias frías y macabras en esa infortunada pesadilla, hasta

hacerme llegar a elucubrar desparramadas lágrimas. Despertaba convulsionando y llorando copiosamente.

Estaba prohibido llorar dentro de las habitaciones del hotel naranja. se indicaba en los reglamentos de ingreso. Había dentro de las habitaciones sensores que detectaban las lágrimas de los clientes hospedados.

El sensor empezó a repicar.

Entonces, como un prodigioso destello cruzando por mi cerebro, concluía que definitivamente yo también estaba muerto, no sentía latir mi corazón dentro de mi pecho, pronto su lucecita térrea se iría apagando, convirtiéndose y envolviéndome en una nébula donde todo era undívago e impreciso.

En un comienzo creía que era un desvarío provocado por la fuerte presencia de mis afectos.

Y esto, de igual forma me sobrecogió terriblemente.

De inmediato el administrador del hotel naranja entró abruptamente a la habitación destellante.

- Estimado señor, -dijo el hombre alterado-, está prohibido derramar lágrimas en este lugar. El sensor ha detectado que usted lloraba… el hecho es muy grave… las consecuencias son dejar el hotel… inmediatamente…

- ¡Oh, no! No son lágrimas… es sudor. Tenía una pesadilla…

Esa terrible noche llovía sobre Ciudad Central, y llovía dentro de mí, una oscura y poderosa tempestad donde caían relámpagos, truenos y rayos bañando el cielo de mis egos cual espectacular pantallazo de luces y colores mojados.

Sentía que de veras mi mundo se había derrumbado ante mis propias narices. Y rogaba a Dios que me permitiera vivir por muchos años en esta formidable ciudad de hombres y mujeres felices, despreocupados e insufribles. Y que me fuera permitida la senilidad de mi tiempo terreno, que pudiera convertirme en un ser asequible para todos y llegar a formar relaciones simples; y esto representaba el ideario de mi existencia atormentada irremediablemente por el pasado.

Lo único que quería era borrar esas alucinaciones de mi mente.

- Lo siento mucho… mi estimado señor… pero debe irse del hotel… inmediatamente… Son reglas estrictas del establecimiento, si no se marcha al instante vendrán por usted los carnavaleros de La Marimonda…

La anhelada esperanza de resurgir de mis extintas cenizas era tan poderosa que eximió todas mis últimas fuerzas hasta el desperdicio de las horas, quizás porque ya estaba cansado de ese ajetreo cotidiano que me desgastaba; entonces nuevamente languidecía hasta quedar exiguo y demolido, en un doliente estertor, abandonado al mundo que me condenaba a la huida.

- Está bien… No voy a discutir… ya salgo del hotel…

Abandoné el hotel naranja, y luego regresaron las noches en que, como un loco excitado con el corazón destrozado, recorría las calles perturbadoras de la ciudad de la alegría.

Carecía de fuerzas para echarme solo contra el mundo.

Tal vez, lo sabía, volvería a las tierras del Caribe, a vivir con las manadas de negros aldeanos, a los que con gusto patearía sus traseros.

Me sentía profundamente indignado con toda la gente de la alegre y festiva Ciudad Central, sus amplios y exagerados intereses de juerga y alharacas estrepitosas eclipsaban mi buena fe de residenciarme y depositar mi pronta nostalgia.

¿Cómo era posible que un ser tan triste como yo hubiera venido a parar a una ciudad semejante, llena de bulla y de alboroto a cada instante?

Pero tampoco sabía a quién acudir para que me ayudara a sobreponerme de mis melancolías.

Pensaba en mi hermana Fulgencia, tal vez debería escribirle una carta, pero me pareció inadecuado involucrarla en mis despropósitos y asuntos; que, en definitiva, la iban a entristecer aún más.

Imaginaba tantas soluciones en mi ferviente cabeza, que incluso sabía que podía irme a otra ciudad menos inquieta, a otro país, empezar una nueva vida.

Pero las cosas en Ciudad Central con los desorbitados y felices habitantes, no funcionaban de esa manera, y debía conservar la calma, la cordura y la prudencia.

Desistía al rato de mis arrebatos y de mis impulsos de irme de la ciudad, de abandonar el país.

Entonces comprendía que mi vida estaba signada por la pérdida y por la tragedia.

Ya quería que me venciera un sueño interminable para no preocuparme más por los avatares de la existencia.

Me decía para mis adentros:

"Soy un hijo perdido que retorna a pernoctar acá, pobre y miserable, gasté todo mi tiempo y el dinero en viajes inútiles, y ahora estoy donde no debería estar, buscando sosiego y forrtuna".

Me mortificaba con esos compasivos pensamientos.

Buscar fortuna es verdaderamente muy diferente a buscar felicidad.

En nada me diferenciaba de mi padre codicioso.

Luego en los parques de la ciudad se armaban los aquelarres nocturnos de seres impregnados de chispeantes atuendos y enmascarados de júbilo.

Irremediablemente me volvía a ver involucrado en las romerías carnavalescas, y ya los chiquitines que jugaban antes con sus fusiles fulmíneos, gritaban: "¡Ya viene La Marimonda, abran paso a La Marimonda!".

La Marimonda, una larga serpiente infinita de hombres y mujeres enfilados, llena de luces cascabeleantes, emitía sonidos cercanos.

La Marimonda, honda romería de seres cuya esencia es ser felices.

¿Podré ser feliz? Una pregunta cotidiana que me recorría todas las ideas revueltas en mi cabeza.

Si la felicidad es una risa constante, he perdido el rumbo hacia mi propia felicidad.

Fulgía el breve amanecer entre las frondas de los árboles que también se iluminaban de luces nebrisenses.

Vagaba por los profundos corredores de las calles, pobladas a esas horas de la mañana de turistas revoltosos, por los alumbrados salones de los almacenes de juguetes se veían montoneras gentes, apostrofados a las paredes luminosas los vigilantes con sus uniformes de colores vistosos daban vueltas de turno.

Por mi lado pasó una mujer bonita con un uniforme morado luminoso.

- ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Pregunté, nervioso, al descubrir su bella silueta.

- Cristina.

- Qué bonito nombre.

Se rió a carcajadas.

- Gracias, señor.

Volteó con premura y se perdió entre las iluminadas figuras del carnaval de La Marimonda.

Me quedé solo en la iluminada calle.

Pensaba, resuelto, que ya no podía seguir en aquella insípida ciudad, y debía volver a marchar lejos, irme nuevamente hacia El Caribe, las tierras que más me gustaban, un poco más embebidas en alegre contemplación, sin artificios, una alegría naturalizada propia de la región.

Me entusiasmaba querer volver a las playas caribeñas.

Flotaba sobre el aire de las calles un fuerte olor a sándalo encendido.

Las luces provenientes de los suelos luminosos de las calles delataban invisibles pisadas.

Sobre la ciudad hacía una noche abstracta.

Me contenía de seguir pensando más en las cosas inservibles y en las situaciones negativas.

Tal vez desconocía que esta era la oportunidad de ser feliz en esta ciudad maravillosa, que tenía motivos suficientes para hacer de la alegría su aire y su esencia cotidiana.

Invocaba los espíritus de mis padres, clamaba por sus presencias salvadoras, que me cubrieran con su luz celestial.

- Padre, madre mía... Soy vuestro hijo que espera ser feliz en alguna parte del mundo… ¿Es éste mi lugar definitivo?

Pero nada era definitivo, en resumidas cuentas.

Era la ocasión perfecta de pedirles favores y consuelo.

Pensaba en irme a una ciudad caliente, tal vez Santa Marta o Cartagena de Indias, un lugar donde escuchara a la gente divertirse con las alegres canciones de músicos foráneos, sin mucho estrépito y sin demasiados excesos de hipócrita felicidad.

Cuando antaño salía de la casa de mi difunto padre, allá en el pueblo de Cielo Roto, no sabía adónde ir. La felicidad no era mi camino, pero se convirtió tal vez en una búsqueda.

En el trayecto encontraba los campamentos de los leñadores y obreros que construían El Ferrocarril.

Allí me recibieron y me brindaron comida y alojamiento algunas noches. Luego pasaron los días, y cómo no podía quedarme en los campamentos de los obreros me enfilé hacia Ciudad Central, La Fantástica.

A varios kilómetros estaban las nacientes estaciones ferroviarias.

Pero pasaron muchas horas y días errando solitario y adolorido, observando bellos valles, conociendo pueblos serranos que se abrían en la distancia paisajística.

Caminando como un ser residual.

Los que me veían pasar por los caminos murmuraban cosas extrañas sobre mí.

Y ya en los pueblos y en las veredas se hablaba de un viajero desquiciado.

Decían que era un hombre desgraciado al que se le había metido en el alma un espanto, por la cara que tenía solía asustarlos, decían que sufría de las mismas alucinaciones de los turistas extranjeros, locos de frenesí contemplativo.

Me embargaban las pesadillas, hasta tal punto del desespero y de la angustia. Luchaba contra ellas, contra sus remolinos envolventes. Era evidente, en mi rostro, la poderosa lucha que debatía mi interior

Y luego enfermé, era de esperarse.

Me recogieron los campesinos de la región, arrojado en los campos.

Una tarde, por casualidad, me descubrieron tirado en la hierba húmeda de un valle florido, después de estar varios días a la intemperie, sumido en la paranoia, en el ensueño de las contemplaciones.

Pero igual volvía a retornar a las andanzas.

Era tan magnífica toda la naturaleza de esos campos atrayentes que quedaba maravillado, extasiado, encantado de inmersiones próvidas.

En muchas ocasiones, ocupaba el tiempo en un sonámbulo desvarío, aullando o chillando como un animal, corriendo por el campo.

No cesaba en mi búsqueda de la verdadera felicidad, y viajar por toda parte era una experiencia fascinante que copaba todo mi tiempo.

Ahora lograba llegar más allá de los valles y sus alrededores.

Después transcurrieron las semanas y mis encuentros con los campesinos, con la gente humilde de la región, eran cada vez más fraternales. Esto, de una u otra manera, empezaba a aliviar mis congojas.

Ya me sabía lejos de la venganza de mis persecutores.

Sin embargo, de estar tan expuesto, tenía la apariencia de un bacalao.

Rogaba a Dios que me diera fuerzas de seguir el interminable viaje por el país.

Es Colombia, un país de contrastes imposibles. Y América, en sí, en todo su conjunto un continente exótico y apasionado.

Permanecía entonces por dos largas semanas en Ciudad Central donde todo era música y algarabía teatral, resignado a ser feliz casi impositivamente; y al no poder ubicarme ni enfocarme en lo cotidiano del lugar, sin lograr adaptarme a tanta luminosidad, decidía volver a la errancia de mis pasos fugitivos.

Alguna vez tropecé en el camino hacia los pueblos con una mujer que iba con su valija, sola hacia las estaciones del Ferrocarril.

- ¿Por qué andas sola por aquí? Es peligroso.
- ¿Quién eres tú?
- Es peligroso andar solo por estos lugares.
- No sé quién eres…

La voz de la mujer era estentórea.

- ¡Mujer, llevamos el mismo camino!

Le propuse que viajáramos juntos, y ella aceptó.

Echamos a andar un buen trecho.

Ella se embelesaba con los paisajes y hablaba de lo bonito de las estampas.

Le canturreaba joviales canciones.

Ella estaba como en la tontina del encanto, hechizada por la belleza de los lugares.

Al fin le pregunté cómo se llamaba.

- Me llamo Mirta. Soy de Monte Líbano, Quindío.

Era una mujer radiante con unos grandes ojos verde acuareleables.

Parecía una aventurera sutil, aunque aletargada a veces, demasiado emotiva, extremadamente joven y bonita, pensaba e imaginaba si quizás podría ser complaciente conmigo y extender sus brazos hacia mí como una Venus mórbida.

Con aquella desconocida anduve por muchas partes.

Se echaba a correr por los valles encendidos de flores vistosas, y yo la perseguía lanzando clamores de alegría.

Nunca había vivido unos días tan felices con nadie por aquellos senderos solitarios por entre las vías del Ferrocarril hacia los pueblos serranos.

Alarmados por nuestros fuertes gritos de felicidad, vinieron a nosotros algunos residentes de las veredas campesinas, a averiguar qué nos sucedía, entonces nos encontrábamos con las alargadas y extrañadas caras de los aldeanos,

Nuestros aspavientos los alertaban.

Pero nosotros simplemente seguíamos riendo felices.

- ¿Y qué te trae por acá? –le preguntaba a Mirta, la hermosa mujer quindiana.

- Solo quiero conocer, abandoné mi terruño hace varias semanas. Soy de Monte Líbano.

- Si, ya me habías dicho.

- Eestoy fascinada de conocer estas tierras.

- Deberías descansar…

- No logro descansar, es una belleza tan mágica viajar y recorrer estos lugares, que me quita el sueño y el descanso… algo inusual…

- ¿Te gusta esa sensación?

- ¡Me encanta! Todo es de mi agrado, la gente es maravillosa y los lugares, simplemente maravillosos…

- ¿Habías venido antes?

- No. Es mi primera vez.

- ¿Tienes parientes por acá?

- No. ¿Y tú?

- Sólo mi hermana..., se llama Fulgencia.

Ella se rió.

- ¿Fulgencia? ¿Qué nombre es ése?

- Uno tan raro como el de Mirta.

Le respondía, y ella comenzaba a reírse sin poder detenerse.

Ella preguntaba en vez de responder a mis preguntas.

En verdad era una mujer simpática y maravillosa.

Entonces, la bella Mirta me explicaba todo lo que sucedía en su vida, algo de una finca y una sucesión de herederos, y cosas así de su pueblo, de su familia y de sus bienes patrimoniales, la represión del entorno y el desempleo, todo referido con voz grácil.

Desde que había salido de la casa de mi padre en el pueblo de Cielo Roto y de mi extravío por los caminos de las montañas, de mi errancia por los bosques y por inexorables serranías, nunca había encontrado tan encantadora acompañante.

- ¿Y eres casada?

- No.

- Ah, ¡qué bueno!

- Bueno, ¿para quién?

Se reía tan mágicamente que sus carcajadas me embrujaban.

- Pues... Para mí… ¡Sí!

Y reía sin poder controlarse y yo me sonrojaba.

La noche llegaba a envolvernos con sus mágicos telones oscuros.

Mirta contraía las cejas en su frente cuando se reía.

Ya entusiasmada se extendía a hablar conmigo, pero casi fogosamente, tratando de hacerme reír.

Sospechaba que me seducía.

Pero no sabía qué sentir con certitud ante la inesperada presencia de la hermosa turista quindiana; que, al comienzo, había estado desconfiada, pero luego cedió a mis ocurrencias y a mi compañía.

Nudos de palabras atosigaban abrasantes mi garganta, creo que se había encendido en mí el fuego del amor.

Luego de que Mirta se marchara para la ciudad de Bogotá a visitar un familiar, quedé solo y abandonado como un ave de funesto vuelo, con las alas rotas.

Permanecía abotagado en la ribera del río, sin querer hablar.

Y volvían a mi mente las reminiscencias de aquellos enloquecedores días en que la bella Mirta se preocupaba de alguna manera por alejar mi habitual tristeza.

Ahora los verdosos valles y los ríos, en sus atmosferas de delirio, causaban en mí un lapsus de locura mística, me había dejado desencantado la cruel realidad.

Pronto la mujer abandonaba Antioquia y marchaba para La Capital del país.

Luego de su partida permanecía en un silencio profano.

Me rehusaba a hablar con los campesinos, que eran entrometidos y chismosos, cuando de vez en vez me encontraba con ellos en las plazas de mercado de los pueblos que transitaba, comprando algunas fruslerías.

- ¡Oye, amigo, yo te conozco! –pronunciaban algunas mujeres insinuantes al verme.

Y los hombres me miraban con desconfianza.

Desde entonces comenzaba a sentir malestar, repudio e indiferencia por los otros pobladores de las veredas y de los caseríos rurales, que sospechaban de mi conducta retraída, marchita y a veces despreocupada.

Pero la verdad, no me importaba mucho lo que pensaran sobre mí, los comentarios y los cuestionamientos de los campesinos envolatados

Además porque, en definitiva, la bella Mirta no estaba ya conmigo, y seguramente no volvería a verla más.

Entonces volvía a estar inmerso en mi interior agobio, tan distraído, tan sofocado de abstraída derrota y fuga.

Cuando me recuperaba un poco de mis debilitamientos y fracasos, los campesinos parecieron consolidar de nuevo su simpatía conmigo.

Me asediaban por todas partes, por las plazas públicas, por los caminos hacia los pueblos, por los valles florecidos; a veces hablaban mucho, y en otras ocasiones se plantaban ante mí embargados de un silencio solemne, que me resultaba aterrador; sin embargo, también lograban suscitar mi hueca risa.

Sin duda, a todos nos unía este viaje de la vida.

Estaba seguro que Mirta, en sus más recónditas entrañas, en su noble corazón, era incapaz de albergar amor por mí; y entonces no podía ni debía hacerme esperanzas de que fuera mía.

Amar tan frágil e insensatamente es cuestionable y wertheriano.

Ahora me condenaba a mí mismo por la muerte de mis padres, y porque me había abandonado una extraña forastera fascinante y alegre, entre muchas otras mujeres que había dejado atrás en el camino.

Ya en todas las casas vecinas de las veredas hervían los chismes sobre mí.

- ¡Ese hombre es un lunático, está maldito! -decían algunos, molestos.

- ¡Es un ser perdido y sin hogar, como muchos! –clamaban algunos simpatizantes.

- ¡Ese hombre es un ladrón y asesino! – atestiguaban rencorosas jevas.

- ¡Lo buscan por todas partes para matarlo! –opinaban otros entre candilejas.

Y no faltaban las personas de buen corazón que me defendían.

- ¡Es un pobre muchacho desvariado y no tiene la culpa!

- ¡Su padre era un buen hombre!

- Estaba de huésped en La Fantástica Ciudad Central, La Ciudad de la Alegría, ¡y está curado! -atestiguaban algunas hembras solidarias.

Me encontraba preso en el círculo vicioso del fuego del dolor, el dolor del abandono de Mirta, de Janis Alcira, de mis familiares.

Creía en definitiva, ser un hombre de triste naturaleza heredada en mis huesos.

Mirta, tal vez, hubiera transformado mi mundo en un torbellino de sentimientos cálidos y embellecedores; pero ahora el desgarro giraba en mi entorno haciendo que mi intimidad más lubrica y amorosa se desgarrara.

Mi alma alcanzaba los miserables y arruinados ánimos morales que me invadían de agobio y me sumergían en un vórtice de truncas emociones.

Suponía que mi comportamiento desbordado, que mi malintencionada forma de asumir los retos de la diaria existencia, que mi desatenta visión de lo cotidiano, que mi despreocupada actitud egocéntrica me convertía en un repelente místico; era, en suma, lo que me impedía ser feliz en mi viaje alocado por el país.

¡Ah, pero la conducta del amor!

Si amar es tan complejo como respirar, puesto que el aire que activa todos los mecanismos permite vivificar el organismo; de

igual manera debe ser este sentimiento profundo del Amor que desconozco en su vital esencia más pura.

Si se presenta el Amor como un hormigueo en tu piel, oliendo a algo que te impregna súbitamente y te liga a otra intimidad corpórea y espiritual ajena, es tu oportunidad de aceptar su portentosa invasión divina.

El perfume del Amor sin duda está en los poros, su sencillez.

Al mirar a Mirta lo comprobaba, aunque ella no lo notaba, con mi compasión que intentaba hacer alegre y comprensiva, pero también esos rasgos de presunta alegría se inclinaban a ser frívolos y vulnerables como los mismos habitantes de Ciudad Central.

Por consiguiente, todos los seres que amaba o quería amar, los había perdido irremediablemente.

Ahora sólo quedaba la savia de la memoria, revoltosa, conturbada y retenedora de mi única forma de revivir el pasado, suplantando perfectamente todas las imágenes, todas las reminiscencias itinerantes, como si las trajera el viento sobre mi cara.

Estaba vivo y muerto, al mismo tiempo, que era lo correcto.

La amenaza del total sufrimiento me hacía sucumbir en un lelo y relapso estado de ansiedad.

Confundía los espacios y las identidades.

Me perdía en mi territorialidad, desquiciado de abandono, sufriente de amor no correspondido; y ahora la soledad y el dolor sin fosilizar pretendían acabar conmigo.

Me sonreía, sin fuerzas, tímido y enojadizo, ágil para la fuga por los senderos de los valles antioqueños.

En los pueblos cercanos a la ciudad de Medellín, se acrecentaban los intensos comentarios sobre mi desvarío viajero.

Pero mis buenas intenciones siempre me salvaron de la depresión. Abrigaba la sutil esperanza de recomponer mi vida y encauzar mi destino a propósitos nobles.

Volvía presuroso a las postrimerías de los pueblos o regresaba a la ciudad de Medellín, dispuesto a recuperar mi identidad perdida.

- ¡Es él, el infeliz desvariado de la Ciudad Central! -me señalaban.

- ¡Sí, lo hicieron Miembro Honorífico de La Sociedad Utópica de la Alegría y su egoísmo lo hizo renunciar! -concluían.

Rechinaban los dientes con furia los campesinos que me veían, mestizos apasionados de celo caníbal, albinos y blancos con bigotes y barbas faraónicas, mulatos y negros fornidos que sabían ya de mi infeliz vagabundeo.

- ¡Creo que lo persiguen desde su pueblo natal! -informaban noticias adversas sobre mí.

- ¿Quiénes? -preguntaban todos, inquietos y mucho más recelosos al verme tan campante por ahí.

- ¡Sombras, sombras, lo persiguen sombras! -decían, proféticos.

¡Sí, sombras!

Sombras que se alimentaban de la fragilidad de tu corazón y de tu alma, que se deslizaban a tus espaldas y, a poco, invadían tu frente y tus visualizaciones; sombras poderosas que pululaban sobre tu magnífica cabeza; sombras cuyo temor era la misma oscuridad.

¡No, no temas a las sombras!, ¡Ya eres una sombra, no debes temer lo que eres!

Sombras que acechaban sigilosas hasta pringarse a tu silueta enflaquecida.

Pero, en definitiva, quería irme a vivir a una ciudad diferente, de ambiente soleado.

Ya no era un hombre adinerado, tal vez despilfarrador de las memorias en los viajes y con las mujeres, como muchos pensaban; pero tenía suerte al viajar, y en conseguir dinero con cierta facilidad, aunque no hacía fortuna, tampoco me preocupaba ya por conseguirla como antes.

Se tenía la creencia que todo el que visitaba Ciudad Central llegaba adinerado y rico en experiencias. Pero muchos estaban equivocados. Ciudad Central era una rastrojera de seres alarmantes y enloquecidos detrás de La Marimonda, una culebra de colores y luces sonajeras. Todos sus habitantes vivían en pro de esa mágica fantasía, hasta los más pequeños seres deliraban con hacer parte de las fiesteras romerías de seres disfrazados que cantaban sonoramente estos trenos:

La Marimonda se enrosca
envolviendo con su cola flecosa

a los forasteros y a los visitantes

La Marimonda entre sus brazos de enredadera rosa
atiza la fiesta instando risueñas arengas
ficticia y aérea en su fiesteras rondas

Va La Marimonda haciendo estallar
sus bombas de júbilo
Entre chispas y luces y colores carmesí

Va La Marimonda honda…
Vestida de colores rosas…

Cuando viajes solo, procura hacerte amigo de tu sombra, compinche de los que pasan por tu lado, así evitarás sentirte abandonado y desprotegido, sólo lleva en tu maleta un cuaderno escrito con alegres promesas.

En definitiva, una gran sonrisa era lo que quedaba entre mis labios. Una sonrisa resignada, pulsante, que decía a todos que nada había pasado, en resumidas cuentas.

En los valles aledaños a la ciudad, las noches arreciaban con silbidos infrahumanos.

Salía a la noche a disipar mis tristezas cantando canciones festivas para que los aldeanos se despertaran y se unieran a mí en las fiestas de amanecida.

Además, nunca me dormía tan rápido.

Los festejos abrillantaban los ánimos de los campesinos y restablecían los míos.

- ¡Es él..., estuvo en La Gran Ciudad de la Alegría! -repetían insistentemente al verme.

- ¡Que nos enseñe a ser tan alegres y felices como él! -se entusiasmaban los adultos mayores, sonrientes.

- ¡Ese hombre no es un hombre alegre, es un desdichado, en la cara se le ve! -formulaban los que sabían mi verdad.

- ¡Está maldito! -proferían los escépticos.

- ¿Cómo puede estar maldito un hombre que vino de la Ciudad de la Alegría?

- ¡No es La Ciudad de la Alegría sólo porque todo allí son luces y personas locas riendo sin control!

- ¡Se llama Ciudad Central, La Fantástica!

Al día siguiente soportaba la resaca en la ribera del río.

En la ribera se veían hombres que paleaban montañas de arenas, que sacaban piedras del lecho turbulento del río crecido de aguas revueltas; otros hombres no trabajaban, sólo se bañaban y refrescaban sus atléticos cuerpos sin importarles demasiado las faenas de los demás.

Las mañanas lluviosas de abril arribaban a los valles encantados.

Por ahí deambulaba algún turista viajero que estaba perdido en el camino o simplemente tomaba fotografías.

Tenía más de veintisiete años, lleno de experiencias alarmantes, nutrido de sensaciones enriquecedoras e importantes, ahora que era Miembro Utópico de Ciudad

Central, La Fantástica, según decían los supersticiosos campesinos, era todo un ejemplo de vida a seguir; y era para mí también importante creerlo y afirmarlo.

La quindiana Mirta ya no estaba en mi mente.

La Inspiración en el Amor y el olvido del Amor marcaban la diferencia.

Para entonces marchaba a la ciudad de Cartagena de Indias, para olvidar.

Todo era tan hermoso en esa ciudad, tan arquitectónico y colonial, la gente se reunía en los mercados donde se amontonaban a vender y comprar exquisiteces; y los enamorados, poseídos por el encanto del verano se esperaban ansiosos en La Ciudad Amurallada, entre los extensos y milenarios muros se profesaban sus amores batallantes.

Volver al Caribe, otra región fantástica, otro territorio colmado de retazos de alegría.

- ¡Es él, regresó! -me reconocían los negros nativos.

- ¡No puede ser, no ha cambiado en lo absoluto! -se sorprendían las morochas.

- ¡Todavía es un muchacho alocado! -me condenaban los negros de dentaduras blanquecinas.

- ¡Sí, ha regresado el viajero apasionado! -gritaban por la calle al reconocerme algunos moradores.

Ahora estaba tan lejano mi natal pueblo Cielo Roto, Caldas del suroeste antioqueño, sus valles y sus montañas, y tan lejana la ciudad de Medellín.

Mi pasado era tan sólo una sombra huidiza de mi existencia. Sentimientos ruines que alimentaron entonces mis sueños afiebrados y mis densas pesadillas que querían habitar también mi realidad.

En la ciudad de Cartagena de Indias alejaría el destrozo de mi alma y la depresión de mi corazón.

- ¡Qué bueno que haya regresado! -escuchaba decir a las mujeres apasionadas.

- Se murmura que ya está curado -intensificaban sus comentarios sobre mí.

- ¡Le dicen El Abandonado! -vociferaban hombres insidiosos.

En mi cuaderno de notas escribía sobre mis impresiones de viaje, sobre mis frecuentes pesadillas, relataba sobre todo el sueño que años antes había tenido con mis difuntos padres, un acontecimiento extraño que me había abordado como una premonición.

Mi padre aparecía de pie, cargando una vara rústica, vestido con un linillo transparente que acentuaba su invisibilidad, sólo se veía la vara que sujetaba con su mano aérea y se intuía su silueta, pero sabía que era él, yo estaba abajo, como en una fábrica o un espacio parecido a un bar, donde habían clientes escuchando música desternillante mientras que hablaban de ciertas cosas sin trascendencia, más adelante los obreros pulían las escopetas y los fusiles con un papel o una tela especial,

parecían más bien estar limpiando las armas con cierta brusquedad. Entonces uno de ellos con rasgos femeninos, apretó el gatillo de un rifle plateado y disparó un rayo magnético y electrizante sobre mí, y que dio exactamente en el centro de mi corazón. Mi madre apareció de la nada, gritando estruendosamente.

Entonces mi padre sonrió, y su sonrisa se vio a través de su invisibilidad.

Crecía mi confianza en mí mismo, sanaba alegremente, y volvía a la belleza de la vida, de sus paisajes, de su gente, a la armonía de mi espíritu, sacramento y conversión, diáfana recompensa que aliviaba de una u otra forma la soledad que me agobiaba mucho antes de la muerte de mis padres.

Aunque no me agradaba que los cartageneros me escrutaran los ojos, procuraba eludir siempre las miradas y los encuentros con los pobladores de la ciudad. Había crecido y madurado de esa manera, casi desdeñando todo lo que ocurría a mi alrededor en una actitud pueril. Pero no quería ser grosero con gente tan amable y simpática.

Poco a poco, el ambiente de la ciudad moldeaba mi agria actitud preventiva.

Y claro que entregándome a la amabilidad de los habitantes de la ciudad mostraba mis puntos de asequibilidad.

Los otros hombres y mujeres de las barriadas parecían saber de mi misantropía.

- ¡Ahí va, persigámoslo! -me correteaban los chiquitines descalzos.

- Es tan rosado como una poma…-se reían a carcajadas los morenazos.

- ¡Ja ja ja! -risueños por las calientes arenas de las playas.

A veces cuando me encontraba con estos descamisados muchachos en las playas, me acosaban entre risas y carcajadas, me preguntaban muchas cosas de la ciudad de Medellín y de su cultura campesina y tradicional; y yo, que ya no podía molestarme por sus desarraigos les satisfacía su curiosidad; pero aún así se inquietaban demasiado, más aún cuando solía resistirme a complacer sus atrevidos interrogatorios, entonces molestos me arrojaban flores y restos de caracoles.

Esos jóvenes morochos querían saber mucho de mí, de la cultura paisa y de su cotidianidad.

Hubo un tiempo en que escribía mucho, algo así como mis memorias, en un cuadernillo que llevaba en mi maleta, entre puñados de letras desorganizadas trataba de aclarar mis pensamientos. Reseñas historiográficas, un prontuario de anatemas y un desmembrado examen de mis conductas.

Redactaba los rigurosos dictados de mi conciencia, los discursos y dictámenes que me inspiraba la memoria, las normas trascendentales y necesarias para subsistir en medio de las depresiones.

En definitiva, era incapaz de encontrar mi propia alegría, me era ajena, ni siquiera viviendo en ciudades maquilladas de exótico jolgorio.

Me sentía abotagado con el raro desarrollo de los acontecimientos de mis desesperados viajes, al final tan arriesgados, diríase espontáneos y descomplicados. Pues viajar así, ligero de equipaje, sin mucho que llevar, es completamente más relajante y constructivo.

En el cuaderno intentaba escribir y redactar disciplinadamente mis anécdotas en las cuales incluía dibujos alusivos a cada parte, tramo o región recorrida. Me gustaba leer novelas dramáticas, cuentos fantásticos y de ficción; y así mis remembranzas y dibujos adquirían soluciones artísticas para mis afectos desmadrados. Me esmeraba por transcribir mis conocimientos básicos de las regiones colombianas, y transmitir dichas experiencias a la gente curiosa que se me acercaba a invadirme de preguntas capciosas, casi inoficiosas.

- ¿Te gustó La Ciudad de la Alegría? -era la pregunta que con más frecuencia esperaba.

- Es verdad que estuviste allá, la gente lo dice… -opinaban personas incrédulas con los ojos bien abiertos.

- ¡Cuéntanos!

- ¡Llevanos!

- ¿Hay mujeres allá muy bonitas?

- ¡Queremos ir contigo!

Todo se había vuelto un lenguaje esencial.

A veces me sentía como un maestro de escuela con alumnos callejeros.

- Una vez que decida volver los llevaré -les prometía-. Pero la Ciudad Central, La Fantástica, La Ciudad de la Alegría, no es

como ustedes imaginan, no hay sedes políticas ni policías, no hay ladrones ni asesinos, la gente todo el tiempo está mirándote con una sonrisa de oreja a oreja, parecen bufones representando una obra eterna de teatro cómico; y luego están los hoteles y sus habitaciones que son de colores y repletos de luces, lo mismo que las casas, los carros y los árboles y, hasta el viento tiene un color o varios colores específicos, y el viento se ríe también al paso de la serpiente Marimonda cuando atraviesa la ciudad de extremo a extremo, una especie de monstruo emplumado envuelto en brillos y colores luminosos que sujeta a todos los que están por ahí callejeando y sin oficio por las calles de luces…

- ¿Qué significa eso?

- ¡Nadie va a creerte!

- ¡Qué locura vivir allá entonces!

Mi presurosa fama de ser un alucinado había atravesado fronteras y regiones de toda Colombia.

Ya la situación se había salido de mi cabina de control, y me sentía incómodo y molesto con tanto desagravio y confusión popular.

Mi nombre era leyenda y mito de fantasía, de maravilla y consternación; mi nombre ya lo conocían hasta los curas de la región que querían verme atravesar por sus curias para excomulgarme.

- ¡No puede ser un Profeta! -gesticulaban azarosos.

- ¡No debe autoproclamarse un Mesías! -se alertaba a la población.

- Es un delito alimentar esas ideas en la juventud… -atacaban los dogmáticos.

Protestaban los sacerdotes y los monjes de las comunidades religiosas y de las cuitas monasteriales

Entonces la confusión era reinante sobre mi presencia en Cartagena de Indias.

¿Y si La Ciudad Central que era atravesada por un tranvía construido por negros africanos no existía en el mapa del país y sólo era un sueño de mis viajes delirantes? A veces lo creía así.

Pero de igual manera , su existencia y ubicación geográfica era el cuento oral favorito de chicos y grandes en todo el país. Se hablaba de ello en el César, en La Amazonía, en El Caquetá, en La Orinoquía, en Los Llanos Orientales, y en las grandes y pequeñas ciudades capitales; y ya se pregonaba que las poderosas casas editoriales buscaban historiadores y transcriptores para documentar la veracidad de mi relato desvariado sobre La Fantástica Ciudad Central; y se decía también que se preparaban ediciones especializadas con dibujos hiperrealistas de la fabulesca travesía.

Pero todo lo tenía transcrito en mi cuaderno de notas que era mi diario de cabecera, con dibujos borrosos, apenas bien delineados, bastante capciosos y surrealistas.

Sin embargo, después de todo, seguía habitando dentro de mi corazón la profunda punzada del agobio y del dolor, mi vida continuaba aletargada y sufriente, cada vez más creciendo dentro de mí las espinas hirientes del desasosiego; aún más se

extendían abismos impenetrables en mi ser a causa de mis derrotas y de mis incansables peregrinajes y amores fallidos.

¿De qué me servía haber ido a aquella ciudad fastidiosa que me recibió en la intemperie de mi fuga azarosa? ¡Pamplinas, ilusiones de arlequín!

Pero todavía quedaba tiempo, no ya de regresar, sino de olvidar también, aunque la religiosidad popular no quisiera olvidar nada de esto y sólo pretendía alimentar más el imaginero de la gleba con mis cuentos desvariados, con las historias de Cielo Roto, mi pueblo natal y penumbroso, con mi pernoctar en los pueblos de Fredonia y Jardín estancados en la nebulosa del tiempo, saber incluso de mi mágico reflejo anciano, guía de mi universo, conocer y habitar la casa de mis sueños más ambiguos y desesperados de alucinador alucinado.

Todavía quedaba tiempo de permanecer sobrio y reflexionar sobre las cuestiones personales y morales, de no haberme excedido en ilusionar la imaginación conjunta de un país entero.

Y entonces no había ningún otro remedio que fabular, la imaginación es más poderosa que el bullicio de la realidad, que el silencio y la palabra; un simple sueño que sueña un soñador basta.

Y ahora, bajo estas circunstancias, estaba siendo sometido casi imparcialmente a los juicios generales, trataba de alentar mis ánimos e inmersiones mentales.

En mi cuaderno de notas estaban los mapas que había dibujado, creyendo que serían útiles para la localización

geográfica de Ciudad Central, La Fantástica; que nadie de los pueblos y ciudades, excepto yo, había visto y recorrido.

Con esos mapas la gente sabría en qué lugar exactamente estaba ubicada la majestuosa urbe.

, Y entonces creerían la veracidad de mi historia; y que de veras, la inmensa ciudad luminosa estaba asentada en un impenetrable valle neblinoso que la rodeaba.

Pero también recordaba mi desfallecimiento huyendo de los secuaces y asesinos capataces de Clemente Isaza y de los guardaespaldas de Asunción, que me buscaban por todas partes, pues tenían noticias de que había estado en el pueblo de Cielo Roto buscando a mi hermana Fulgencia, y ya estaban alertados, avivados sus enardecidos ánimos de odio y venganza.

Tal vez todo lo que había visto en Ciudad Central era fruto del ensueño y del cansancio de mi mente afiebrada y hambrienta, perdido por las landas desérticas.

¿Y si por algo Ciudad Central era tan sólo un espejismo de mi fatiga errante?

Finalmente, no me importaban mucho las narraciones desvariadas de mis viajes, tanto de sus irrealidades como de su realismo mágico.

Estaba en la bella y exótica ciudad calurosa y veraniega de Cartagena de Indias, y Ciudad Central y mis cuitas peregrinas se evaporaban sin remordimientos de mi mente y de mi memoria con los colores del verano sobre todos los espíritus caribeños.

Si todavía hubiera estado con Mirta, la hubiera traído conmigo a Cartagena, y ella hubiera testificado a mi favor. Ahora no estaba muy seguro de la realidad de Ciudad Central, La Fantástica. Y hasta creía que se trataba de un espejismo del cansancio viajero en mi mente acalorada.

Tal vez estaba confundido, la ciudad no tenía nombre y no existía en ninguna cartografía nacional.

Me esmeraba hasta el desvelo por la necesidad de enseñar a algunos a no cometer mis errores o a seguir mis fantasías desorbitantes que sólo eran eso, fantasías poéticas de reinos inventados por mi cabeza calenturienta.

- Pero… si no nos hablas de La Ciudad Fantástica, ¿ya de qué nos servirías?

- ¡Cuéntanos más, compadre!

- ¡Sí, cuéntanos más de la ciudad!

Dudaba mucho en hacerlo, pero finalmente me animaba al sentir la curiosidad desperrada en los ojos vivaces de los hombres, de las mujeres y de los niños que me hacían corro en las calles o en las playas de La Ciudad Heroica.

- ¿Cómo se llega a la Ciudad de la Alegría? –preguntaba un morocho alucinado de cara redonda acariciada por miríadas escarchadas de la brisa del mar nocturno.

- Es muy fácil. Hay dos modos de llegar: el primero es arrimar a la montañosa estación ferroviaria de Cielo Roto y abordar el tren que se asoma en la lejanía de las montañas. El

tiquete lo compras en esa estación, puede ser doble, de ida y regreso, para que te salga más barato. El tren es de muchos vagones, tantos que no te imaginas cómo pueden caber todos estos vagones en la larga trayectoria de la vía entre los rieles. No llega la máquina directamente al pueblo, porque todavía hay obreros construyendo la línea ferroviaria, y no se ha trazado bien el trayecto que une a Cielo Roto con Ciudad Central, La Fantástica. Esperas a que el tren llegue, eso sí, te advierto, puede demorar tantos días en llegar el tren como tan pocos instantes en llenarse los vagones con la desesperada multitud que espera abordarlos; pero son tantos vagones, que ese trabajo de ocupación también se vuelve lento y dispendioso, tan lento y estresante que retrasa el viaje, y nadie puede controlar esos menesteres, ni siquiera los de La Administración de Vías ferroviarias. El segundo modo es caminando, si no quieres tomar el culebrero tren y te parece un procedimiento desalentador abordar sus vagones garrapiñados, entonces escoges el camino hacia las tundras, son unos montículos de areniscas llenos de cactus y malezas impresionantemente crecidas que casi no te permiten ver en la distancia, pero si alcanzas el más alto de los montículos podrás ver en la lejanía cómo asoman las puntas de los rascacielos iluminados de la ciudad que está encendida día y noche, todo el tiempo, vislumbrantes entre las montañas y sus picos neblinosos, gracias a sus luces subterráneas. Y, agrego una tercera opción, un consejo, procura no llevar mucho equipaje, con una sola maleta de mano tienes.

Para mí era necesario que retornara y brillara la chispa de la felicidad en mi interior, después de aquellas inmerecidas tragedias de mi familia.

Y esto significaba una especie de retorno al ritmo normal de mi vida.

El viento entraba a los pulcros bohíos, sus ráfagas sacudían levemente las hamacas donde colgaban los cuerpos de los negros expuestos al verano.

Empujado por los jirones de la brisa me sacudía revoltoso en las arenas de las playas, atrapado en el delirio del cercano mar que respiraba.

Compartía los mismos bohíos con los costeños, para estar más pendiente del bienestar y cuidado de las tradiciones populares, algo que siempre me había llamado la atención.

Mi bohío de hojas de palmeras en la playa era como el centro de un confesionario donde contaba y me contaban historias.

Y en las noches relampagueantes de calor, los costeños me narraban historias y cuentos; además compartían conmigo mágicas canciones que se transformaban en cantarines susurros que ahogaban la proximidad del amanecer.

Mientras tanto, los hombres apasionados y fiesteros y las falcónidas hembras de los otros bohíos, pregonaban, sedientos de pasión los amores narrados por la tradición caribeña.

En la agonía de la soledad, había estado dispuesto a entregarme sin pudor a aquellas costumbres, envuelto en las artes de hechicería de los nativos.

Los viajeros, sobre todo los turistas, y también aquellos pobres diablos de las barriadas, no se podían resistir a toda esa cultura envolvente de La Costa Atlántica colombiana, poblada de seres carismáticos y muy esmerados, luciendo sus formidables cuerpos, deseosos de amor y de sexo; y esto tenía alterados los ánimos entre todos ellos.

Pero ante los eventuales sucesos de infortunio que me habían estado impacientando, cuando entendía que mi vida estaba condenada a la penuria y a la mala suerte, permitía con benevolencia y con maravillada resignación que todo ese bagaje cultural y multiétnico se apoderara de mí.

Entonces, ahora podía sujetar las invisibles cuerdas del destino y enrollarme en ellas para salvarme de la desesperanza.

La populosa vida en Cartagena de Indias era simplemente un increíble carnaval, mientras que en otras ciudades de Colombia vivir era una estrategia, una argucia económica.

En la ciudad de Medellín solía suceder que las reglas y los reglamentos eran las pancartas de todos los días. Pero no necesariamente había que seguir al pie de la letra los órdenes establecidos.

Pero en Cartagena de Indias la realidad era diferente, como lo había creído desde un principio cuando me hospedaba en las chozas rústicas de las playas. Y nada de esto me tomaba por sorpresa. Por el contrario, ligeramente me adaptaba a la vida en la ciudad que me brindaba sus calles y sus lugares coloniales, sobre todo su centro histórico; y todo ese panorama enaltecedor, esa atmósfera encantadora; por fin, había

cambiado mis emociones a otra esfera más aceptable, transformando mis intensidades depresivas.

A veces creía que era un hombre provisto de codicia y de ambiciones recalcitrantes, pero mi nobleza me alegraba a mi manera.

Había sufrido considerablemente, tal vez por mis inadaptaciones. Siempre nervioso y alerta, atento y preparado para inesperados desenlaces, pero también era consciente que contaba con suerte.

Al transcurrir de los días, insolado por el sol y enclenque de fisionomía, evitaba presentarme malhumorado ante el público deseoso de mis historias alocadas, quería ser recordado por todos como un cuentero, el viajero embrujado, un aventurero digno de fortaleza extraordinaria e intrépida; incluso en el tiempo en que ya, exento de las fuerzas de la emoción de la vida, me sentía usurpado por el tiempo.

Ese alucinante estado que me recriminaba mi anciano reflejo ya no me preocupaba demasiado.

Volvía el anciano mago, reflejo de mi ser, con los bebedizos necesarios para calmar los síntomas de mi alma viajera y errante.

- ¿Qué ha pasado contigo?

- Tú debes de saber, siempre me has vigilado…

- No creas… no te vigilo tanto como antes, te has escurrido astutamente de mi influencia…, eso seguramente porque

habrás encontrado un modo de resolver tus malestares interiores…

- Sí… ha podido menguar un poco mi desasosiego...

Estaba el anciano mago envuelto en un hálito misterioso e infalible, mientras revolvía con sus manos dentro de una pequeña bolsa de tela, algunas yerbas. Era seguro que tenía los remedios y curas para todos los males y todas las enfermedades del cuerpo y del espíritu.

Para todas mis dolencias tenía las recetas naturales.

Se notaban visiblemente los atropellos del tiempo y de la edad en su cara y en su cuerpo, pero parecía no dejarse intimidar por los duros avatares del destino.

Ahora procuraba mirarme fijamente, clavando con el opaco y frío color de sus ojos mi encarnadura.

- ¿Cómo has soportado todo esto?

- No lo sé –le respondía enfático-, tal vez poseo una fuerte capacidad de recuperación innata.

Mi anciano reflejo comprendía mis resoluciones. Me sentía salvaje, joven y libre.

El mago, a decir verdad, parecía escapar hábilmente de las vicisitudes del transcurrir de los años, de las trampas de la vida; aunque su apariencia era entelerida y marchita.

Asomaban a mi rostro encandilado los altivos trazos de una lozanía imprescindible. Me había conservado un poco en lo físico, a pesar de los viajes infatigables y las penosas travesías.

Mis ilusiones lograban sobre mí el embellecedor y curativo efecto del tiempo.

En definitiva, no le daba rienda suelta a las preocupaciones de la edad. Me sentía incluso más rejuvenecido, desde que había llegado a Cartagena de Indias sabía que brindaba mi vida con sabiduría y benevolencia, con gracia imaginativa a todos los que me rodeaban, conocidos y desconocidos, a pesar de mi estado cambiante de ánimo, de contento a litúrgico, de primaveral a fantasmal.

Con el tiempo trascurriendo, el anciano, reflejo de mis venturas y desventuras, de mis logros y de mis infortunios, aparecía en una solemnidad perturbadora; entonces quiso intercambiar frases reflexivas y emocionales conmigo.

Pero no se movía, no se movía ni una sola de las arrugas que surcaban su frente ermitaña, y ya sus ojos tenían el extraño brillo de la soledad y la locura.

- ¡Somos tan idénticos tú y yo! ¡Como dos gotas de agua!

Luego lo veía caminar lentamente y acercarse más a mí, meditabundo, absorto en sus sortilegios. Tal vez urdía nuevos planes imposibles en su hermosa y díscola cabeza.

- No debes viajar tanto a la aventura loca –atinó a decir cabeceando hacia los lados y volviendo reiterativamente, trac trac, a sus pasos errabundos y erráticos.

- Somos dos gotas de agua, tú lo has dicho...

A mis sofocados oídos llegaban los repetidos y constantes sonidos del hacha de su inconformismo que quería clavar dentro de mi corazón.

Su actitud era lóbrega y áspera, trataba de infundirme pánico, así lo creía.

Para evadir los sonidos que en mis atentos oídos se introducían hasta la profundidad de mis ideas, trataba de componer una alegre canción que hablara sobre la renovación de los valores humanos.

A mi canto se unía un coro de diminutos pájaros amarillos y azules, saltando entre las ramas de las verdes palmeras y de los grandes arbustos de los caminos hacia las montañas y colinas..

Y, aunque cantaba atropelladamente, el anciano mago, sabio reflejo temperamental y estricto de mi alter ego, daba por hecho que finalmente cantaba con suprema libertad las hermosas y dignas canciones de amor que refrescaban todo mi ser.

Emergían las retorcidas raíces de las palmeras caribeñas sembradas en la plenitud de las calientes playas, mientras las canciones de los nativos inyectaban una cierta melancolía aérea al primitivo folclor del mar. Y bullía ligera al viento la música quebradiza de los costeños carnavalescos.

Giraban las parejas de bailarines de los bohíos en torno a los juveniles e improvisados músicos y cantantes en la cálida playa, revoloteando como cristalinas mariposas.

Alguno que otro turista asomaba solitario por las atardecidas orillas del mar, se rendía al trajinoso ritmo vital de ser perseguido por un amor pasajero.

Alguno que otro de los fornidos mozos galantes abordaba a una de las morochas calandrias con propósitos sensuales. Y

ella, la pretendida, entre risas juguetonas iba a contarles entre secreteos y rodillas a las demás morenazas que aplaudían férvidas de fiesta.

Todos los habitantes de las playas cartageneras reían agraciados, cantando y bailando.

A las espontáneas mujeres que, como aves paradisiacas por las playas, se les notaba en el sutil brillo de los ojos que estaban enamoradas de las ilusiones de sus hombres caribeños, enamoradas de las súbitas y hermosas apariciones de los albatros migratorios, enamoradas del viento que como un hombre alado bajaba desnudo a la tierra a acariciar los cabellos desenvueltos de las morochas enamoradas del cantarín y eterno son del mar y sus olas dispersas hasta la profundidad de los oscuros precipicios fustigados por los temblores de la tierra embravecida. Las mujeres enamoradas de los embelesos y flirteos de los mismos hombres de los bohíos que eran intrépidos notoriamente entre ellos, y tímidos y acobardados, la mayoría de las veces con ellas.

En la lejanía, detrás de las edificaciones, más allá de las avenidas de la ciudad, estaban las comarcas, los barrios, los villorrios de los negros, las colonias extranjeras y los pueblos calurosos, todo en conjunción con la inigualable ciudad entre el inalcanzable mar pirata.

Todo un mundo nuevo para mí que se abría nítidamente ante mis ojos en su extraño y fascinante esplendor.

Ahora era el momento propicio para querer de verdad habitar esa magia, poseer el secreto inigualable de ese encanto,

desmitificar lo mítico de los orígenes americanos y de mitificar lo ancestral como fuente de la existencia nativa.

Sumergirme era tan alocado como permanecer en tierra, pero sumirme en ese mundo profundo del océano había sido uno de mis mayores anhelos de juventud. Había soñado tantas veces con ese momento audaz, la mayor parte de las veces sintiéndome protagonista de sueños hipnóticos y acuosos. De pronto me vi inmerso en un estanque azul e infinito, el líquido silencio lo inundaba todo, la redondez de la humanidad, las ideas, los posibles recuerdos, mis huesos a punto de quebrarse los sentía ligeros, sin peso.

En unos instantes ya estaba dentro de mi propio naufragio, suspendido entre las aguas esmeralda de un mar proteico. Estaba asustado, pero poco a poco recuperé la calma, el oxígeno entraba a mi cuerpo con lentitud, pero mis pulmones no los sentía congestionarse.

No daba crédito a que estuviera en medio de la nada, el vacío en mareas interiores, palpable en el deslizamiento de mi existencia. De súbito, pasó una extraña e indescriptible criatura viscosa por mi flanco, intuí que sería peligrosa. Pero permanecí inmóvil por algunos minutos comprendiendo que así podría ahuyentarla. No veía a la criatura, parecía invisible, aunque la sentía recorriendo mi piel. Después descubrí sorprendido que esa criatura peligrosa era el inmarcesible silencio en medio del abismo.

Respiré con dificultad, a veces creía que se acababa el aire en mi organismo, estaba tensionado. Nada de eso sucedería si lograba concentrarme, ningún incidente desastroso acontecería -me repetía una y otra vez en mi cabeza-, siendo mi primera vez de excursión abismática.

La criatura silenciosa volvía sigilosamente rozando mi traje acuático. Me asustaba. Seguí suspendido en lo profundo. Ignoraba cuánto tiempo había pasado en esa inmersión desestabilizadora. El silencio invadió asimismo mi respiración acelerada.

Recurrí a calmarme, dejarme llevar por la parsimonia aunque mis miedos estaban al borde del colapso. Si no lo lograba echaría todo a perder en un santiamén. Temía por mi vida.

Con un suave contoneo volvía a recuperar la tranquilidad. Pero la criatura seguía ahí, latente. Mis miedos y mi ansiedad eran más fuertes que mi control sobre mí mismo.

A la vista la profundidad era de una belleza extraordinaria, creía habitar otro planeta, solitario y silencioso.

Imaginé en mi cerebro una canción marítima con la intención de reconfortarme:

"Si en la mar te encuentras
Una ilusión alimenta
Llegarás a las islas griegas
Donde brillan más las estrellas

Si en la mar te anegas

De historias bellas
Volverás a navegar
Tu barcarola hechicera

Si en la mar habitas
Te precipitas con firmeza
Serás náufrago en las eras
Del tiempo con sus estelas…"

Y así inventándola en mi mente, sin tararear para no acabar el aire y disfrutar más con tenacidad la absorta sensación de prolongada suspensión.

Pasaron los segundos, transcurría el espacio y sus relojes de arena frente a mí, con una imparcialidad monstruosa.

Afloraron en mi interior los rostros de mis seres queridos, atemorizado de no volverlos a ver, y quedar detenido en medio de una eternidad oceánica. Rostros de seres entrañables que tanto amaba, personas con las que había compartido encuentros gloriosos, instantáneas familiares que conservaba en mi interior con un estimado aprecio. Pero ahora, en este estado catártico, ya nada era glorioso. Resumía que mi honor y gloria era sobrevivir, despertar abruptamente, asfixiado.

Proseguí con la cancioncilla:

"Si la mar y la muerte se encuentran
Nadaré a sus orillas… reconfortado…
Si la mar y la muerte son la misma cosa

Nadaré a las entrañas de mi propia historia…”

No parecía encontrar un rumbo a la canción. Dejé de improvisar y me impulse en la densidad, parecía expelido a las fauces del monstruo del silencio en forma de agua. Nadaba cual sirena hombre equivocado de rumbo. A la brevedad sentí entumecidas mis manos. Aleteaba mis pies tratando de recobrar la velocidad inicial, no podía permitir que los calambres se adueñaron de mi cuerpo.

De pronto escuché una voz dentro de mí, una voz que me suplicaba salvarme. Hice caso de esa voz lánguida inquieta, casi exangüe. Y me propulsé hacia arriba, hacia los lados, pero, ¿dónde quedaba arriba, dónde quedaban los lados? Todas las direcciones parecían perdidas.

Supuse que estaba extraviado y me congestioné aún más. Luego vi una luz externa que avisaba la superficie. Era una luz clara con voces nítidas. Me esperancé y nadé con más fuerza, pero entre más nadaba, la superficie parecía estar más lejana.

Finalmente perdí las fuerzas. Me a abandoné a mi suerte. Mi voz interior de salvación ya no hablaba, no emitía señales. Después se perdió también la luz que me señalaba la superficie que era un inalcanzable espejismo. Se difuminó la luz y se convirtió de igual manera en agua traslúcida. Quedé de nuevo a merced de la extraña criatura del silencio marino. Carecía de fuerzas y ánimos para resistirme. Empecé a hundirme precipitadamente, sentía estar introduciéndome en un viscoso agujero de algas y moluscos. A mí alrededor pasaron veloces

peces de colores diversos, unos cefalópodos entre chillidos hirientes, algo gigantesco pareció moverse molesto por mi presencia entre unas cuevas submarinas.

No me dejé amilanar, seguí mi acelerado curso hacia abajo, tal vez a lo más bajo que había llegado en toda mi vida. Abajo era hacia allá, hacia una ruta desconocida.

Descubrí un galeón antañaso sumergido, deteriorado por las sales y las fuertes mareas submarinas. Era el hogar de colonias de peces gigantescos.

Quería ser gigante como esos animales invertebrados. Así no me asustarían con sus presencias devoradoras.

Sentí un pinchazo en mi brazo. Algo me había pinchado y me provocó dolor. Era un animalito con tenazas que salió disparado después de provocarme el piquetón. Me asusté sobre manera, ignoraba si era venenoso o no. Pronto empecé a sentir mareos. Chapalié. Me asustaba la idea de morir envenenado por un bicho desconocido. Traté de recobrar nuevamente la calma y permanecí paralizado.

Unos hermosos delfines pasaron observándome. Luego llegaron unos tiburones y parecían sorprendidos de verme tan quieto.

A mí mente regresó la balada de la mar y me tranquilicé. Luego volvió la extraña criatura del silencio y me envolvió cálidamente.

Repentinamente asomé a los baturros céspedes del misterioso Valle de las Brujas, provenientes del más allá, aparecieron frente a mí las gimientes huestes de mi parentela espuria y fantasmal invadiendo los alrededores.

Leviafar, El Primer Padre; la extraña madre de Leonardo, Jaranda; la madrastra Dilva, la bella Milagros y las gemelas Eli y Beli, Nisca (Belelis) y sus hijos deformes; además de los servidores de Leviafar, indios, negros esclavos y mulatos de caras execrables.

Los difuntos del valle ístmico interpretaban una fúnebre música que heló mi sangre en las venas. Y aunque no los conocía, excepto por las historias que de ellos contaban mis abuelos y mis padres, supe que eran ellos mis ancestrales familiares dueños del valle en medio de cordilleras infranqueables, ahora se levantaban de sus tumbas tenebrosas a reclamar los territorios maldecidos por los viajeros continentales.

Creí que deliraba por los efectos de La Peste del Tiempo avecinada súbitamente sobre la faz de la tierra. Pero los muertos venidos de ultratumba, nunca habían sido tan vistosos y reales; unos danzaban entre enredaderas pantanosas y otros más allá cantaban loas lastimeras e interpretaban enigmáticos instrumentos musicales que nunca en mi vida había visto, formando así un tumultuoso cotillón de ondinas y barbianes difuntos.

Cuando me descubrieron en ese estado pasmoso se me acercaron lentamente tratando de retenerme entre ellos,

intentaban tocarme con sus dedos de viento, yo estaba visiblemente asustado y desesperado corrí fuera de su alcance, buscando refugio.

Las azogadas y difuntas ancianas, envueltas en sus blancas bataholas, en sus telas de seda y ceniza, y los moribundos zaratanes en danza simoniaca, desesperados por encontrar sus pateras cinerarias, querían darme alcance, y de ser posible llevarme con ellos a sus tétricos carcamales y barruntados nichos, acaso sin darme oportunidad de pedir misericordia y clemencia.

Guardaba la frágil esperanza de llegar a la fronteriza Ciudad Central. Pero esta esperanza era difuminada por el aspecto de la fantasmagórica realidad, truncando el curso normal de mis días, la habitualidad de mis pensamientos.

Temía que La Peste del Tiempo también hubiera alcanzado a los habitantes de Ciudad Central. Pues para mí, la fantástica Ciudad Central, era un fortín inabarcable de murallas alineadas entre cuchillas de cordilleras, una gigantesca fortaleza de torreones y edificios cuadriculados donde podía aguantar los embates del desaforado destino.

Y para dilucidar mi penosa y delirante situación, concluía para mis adentros, con alivio protector: “Nada malo puede ocurrirle a un hombre desprotegido en una ciudad así”.

Al arribar a la maravillosa Ciudad Central, huyendo de mi parentela fantasmal, para mí sería fácil acostumbrarme a la vida citadina de sus alegres habitantes.

Como soy un hombre joven, guapo y de gran resistencia física, logré rápidamente restablecerme de mi inmisericorde travesía por el valle maldecido, nido de mi atea y terrorífica familia.

En Ciudad Central pude por fin instalarme en un misérrimo y económico hotel al lado de una concurrida avenida, donde anidaban en sus alrededores seres marginales.

Allí conseguí trabajo de aseador. Fregaba los pisos y limpiaba las escaleras y las vidrieras del ennegrecido hotel. Trabajaba muchas horas, más de las debidas, y muy duro, porque era un trabajo agotador; y así pude recoger dinero para suplir todos mis gastos, pues no quería sentir más necesidades.

Con lo que recaudaba pagaba la renta del mísero cuartucho en el hostal, la mala alimentación, y hasta lograba ahorrar para comprar una que otra baratija.

Todos los domingos descansaba y solía salir a pasear por la ciudad donde sólo era un desconocido.

Empecé a escribir un diario personal, donde recreaba mis experiencias en la ciudad y de vez en vez escribía anécdotas sobre mis insomnes parientes del valle apocalíptico; sobre todo, para conservar en mi memoria, algo de ellos, de sus escabrosas existencias. Mi diario personal era como un tratado, donde también explicaba y daba pautas sobre: “Cómo curarse del Fin de los Días y no desintegrarse en el intento”.

Aun así, en las noches más frías y solitarias de Ciudad Central, me invadían los recuerdos de las huestes de mis ancestros fantasmales, parecía ver sus rostros deshechos

atisbando por entre los empañados cristales de las ventanas del hotel. Entonces no evitaba llorar desaforadamente.

Una noche de relámpagos estrepitosos sobre los rascacielos de Ciudad Central, tuve una escalofriante pesadilla: estaban mis difuntos ancestros caminando por las apagadas calles de la ciudad. Las apariciones venían del oscuro valle y habían encontrado el camino hacia la ciudad. Soñaba que me encontraba con esos espectros en medio de una plaza pública, y ellos me sonreían desencajados.

Pero luego descubría aterrado que ya no era el mismo hombre de antes, sino un fantasma del pasado desfigurado.

La procesión mortuoria se presentaba ante mí, sin manos y sin pies, con las cabezas enraizadas. Y me sonreían sin afectación por lo que me sucedía, no parecían amoscados.

Me sobresalté y desperté de esa infortunada pesadilla, hasta llegar a elucubrar formidables lágrimas.

Como un destello cruzando por mi cerebro, concluía que definitivamente yo también estaba muerto, un muerto habitando en esta ciudad fronteriza, donde nadie quería hablarme. No sentía latir mi corazón dentro de mi pecho y la lucecita de mi alma la sentía tenue, apagándose y convirtiéndose en una nébula donde todo era undívago e impreciso.

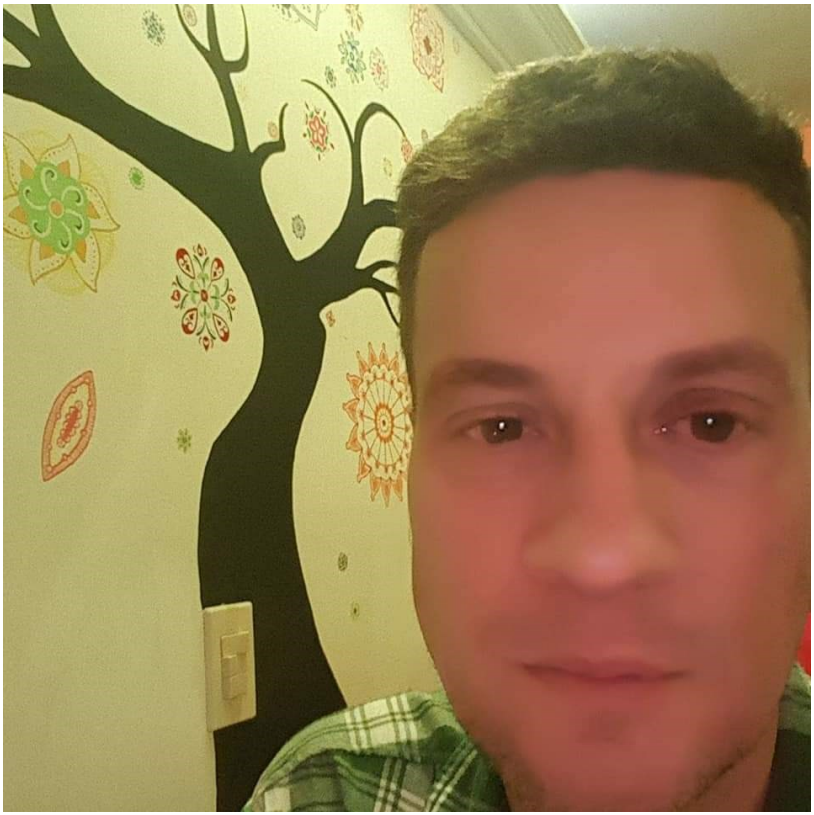
En un comienzo creí que era un desvarío provocado por la ausencia de mis seres queridos. Y esto de igual forma me sobrecogió terriblemente.

Esa noche relampagueante sentí que de veras mi mundo se había derrumbado ante mis narices. Y rogué a Dios que me permitiera vivir en esta ciudad extranjera. Y que me fuera permitida la senilidad de mi tiempo terreno, pidiendo convertirme en una persona respetable, adorable y adorado por todos, para mí esto representaba el ideario de mi existencia, pero no dejaba de atormentarme los recuerdos. A cada instante volvían a aparecer los rostros de esos espantos ancestrales entre las ventanas del hotel. Lo único que quería era borrar esas alucinaciones de mi mente.

La espera de resurgir de mis extintas cenizas era tan poderosa que eximió todas mis últimas fuerzas hasta el desperdicio de las horas, quizás porque ya estaba cansado de ese ajetreo cotidiano que me desgastaba, entonces me enfermé hasta languidecer y quedar exiguo como una estatua demolida, en un doliente estertor abandoné el mundo que siempre me condenaba a la huida.

FIN

FRAN NORE-FRANCISCO JAVIER ANGEL NOREÑA



Fecha de nacimiento: 29 de diciembre de 1969
Nacionalidad: Colombia

Dirección:
Calle 128 SUR no 46 95 Int 302 Caldas – Antioquia
AA 4699
Teléfono Móvil: +573054603418 - +573113284573
Correo electrónico: xaviernor@hotmail.com
andropox@gmail.com

Caldas – Antioquia.
COLOMBIA 29 de diciembre de 1969. Escritor, poeta, actor y diseñador gráfico, escenógrafo y director artístico, cantante y pintor.

En 1989 Finalista Concurso de poesía ASDOAS Bogotá, Colombia.

En 1991 publicó “Génesis en los Montes” (1989) y “Memorial del Sur” (1991). En 1994 Premio en el II Concurso Departamental de Cuento Caldas.
En 2003 Premio en el Concurso Nacional de Poesía Ciro Mendía con su obra “Memorial del Norte, Memorial del Sur”.
Premio Departamental de cuento “Ciudad de Caldas" 2004.
El 19 de noviembre de 2009 El Ministerio de Educación Nacional le expidió la tarjeta profesional de artista en el área de Artes Plásticas y Visuales.
El 4 de agosto de 2010 El CIPA, Circulo de Periodistas de Antioquia, en la entrega de los XX premios CIPA, A La Excelencia Periodística, le concedió mención de honor en la categoría “periodista-escritor”, por sus aportes al arte, a la literatura y a la cultura.
Mención de honor en la categoría crónica en el I Concurso Nacional de Literatura Fahrenheit 451. 2012. Finalista en el concurso de relatos La Cesta de las Palabras y en el I Concurso de Microrrelatos “Pluma, Tinta y Papel”. 2012.
Finalista en el I concurso Internacional de cuento breve “Cada Loco Con Su
Tema”, grupo editorial Benma, México, D.F. 2013.
Finalista en el I concurso de poesía Equinoxio y Premio internacional Ana María
Agüero Melnyczuk A La Investigación Periodística en 2013. Ese mismo año,
Jurado del XVII Premio nacional de Poesía por concurso “Ciro Mendía”.
Segundo puesto en el certamen anual de literatura internacional L.A.I.A El Molino 2014.
Libros Publicados:

Poesía:

Poemas Mediterráneos (1989) Editorial Nueva América Bogotá Colombia
Génesis en los Montes (1989-1991) Editorial Lealon Medellín Colombia
Memorial del Sur (1991) Editorial Lealon Medellín Colombia
Memorial del Norte, Memorial del Sur (1999-2005) Editorial Metrópoli Caldas-Antioquia
Amapolas Acústicas (1985-2005) Editorial Metrópoli Caldas-Antioquia
Telarañas de Ciudad Errante (2005) Editorial Metrópoli Caldas-Antioquia
Fran Nore de selección (2005) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Los Espejismos Míticos (Ensayos - 2005) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Fuga Frontal (2007) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Regresiones A Bordo (2007) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Profanaciones (2007) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Obertura insistente (2010) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Periferias (Dibujos y poesía - 2011) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Camino al éxito (2011) Editorial As de Bastos Medellín Colombia
Mediterráneo (ilustraciones y poesía) editorial revista Azahar con el Patrocinio de la asociación de artistas CONIL y la guitarra poética (2021)

Novelas y cuentos:

El Camino de las Dos Cruces Editorial As de Bastos 2009 Medellín Colombia
América en ruinas –entrega por folletos- Editorial As de Bastos 2010 Medellín Colombia
La Guerra Nacional Editorial As de Bastos 2010 Medellín Colombia
América en ruinas Editorial Freeditorial 2017
El Conferenciante y otros cuentos Ediciones Fela -Ecuador- 2021
Más allá de los enemigos Autores editores Bogotá-México 2021
Enemigos del alma (Colección novela Iberoamericana) Editorial Digital Kañy-Argentina 2022

Teatro:

Teatro de cámara para piezas dramáticas inconclusas (2010) Editorial As de Bastos Medellín Colombia

Entre otros poemarios, cancioneros, novelas cortas y obras de teatro.

Como cantante, arreglista y compositor, participó en los grupos de rock: "Complot", "Órbita", "Klítoris", "Vitalmanía", y "Los Hongos", con éste último grupo grabó los trabajos discográficos: "Sintonía Muscaria Rock" (2005), la película musical "Ebullición Elemental" (2005), "Recuerdo Alterado" (2006), "Marchando a la guerra" (2007), en 2009 prensó una antología de éxitos denominada "Antropofagia hits", en 2012-

2013 el trabajo discográfico: “Sustancias Raras”. En 2012 difundió su trabajo como solista: “Mi Historia es tu Vida”, siguieron: “Opio" (2013), “Plegarias Muertas” (2014), “Instinto Animal” (2014), “Desintegrador de ojos" (2015), “Símbolos” (2016), “Fronterizo" (2017), “Síntoma Oracular” (2018), “Amor se paga -o se pega-" (2019), “Rockastar" (2020 con canciones de Los Hongos). Anspixia Agente exterminador (2021). Ciclos (2022). Perteneció a los grupos de rock “LA CIA” y “Bitácora”. Actuó en los documentales de Oscar Mario Estrada: “La Familia Vieco”, “El Cruce”, “Antioquia para verte mejor”, “El ingenio de don Efe”; entre otras incursiones al teatro: (El Desalojo, La Difunta Boda, Nacimiento y Extinción, etc.), al performance: (“Réquiem por una Mariposa Desencadenada”, “Fantasmales”, “La Muñeca de Tania”, etc.), la plástica, la televisión (Nada es Mucho) y el vídeo.
5 puesto de fotografía en el concurso Fotopoetry en http://blipoint.es/blog/ 2015.
En 2016 publica gran parte de su obra literaria, fotográfica y visual. Y ese mismo año Mención de honor en el I Concurso “Historias del Trabajo” de Fuentetaja y, Finalista en el concurso Internacional de Microrrelatos de viaje Moleskin.
Premio Internacional XI Certamen autobiográfico “Un Fragmento de mi vida” Asociación Mexicana de Autobiografía y Biografía A.C. 2016. México.
Premio Mundial de Ilustración Imartgine -El Universo del Libro- 2017
Premio internacional de novela Freeditorial. 2017.
Finalista II Concurso Internacional de Cuento Breve TODOS SOMOS
INMIGRANTES Benma editores, 2018.
Editor y colaborador permanente de la revista TRINANDO
Finalista VIII Premio Hispania de Novela histórica 2021
Finalista del Certamen Iberoamericano RUBIN de Novela 2021

Premio “Mapa descolonial, un muro colectivo" Universidad de México UNAM 2021
Invitado I encuentro internacional de creadores de Géneros Fantásticos FYCIC 2021
Invitado Festival Internacional de poesía “Cuatro Conjuros" México 2022
Reconocimiento especial XIV Encuentro de poesía y cuento José Carlos Capparelli Consiglio Regionale Metropolitano Nord de Associazioni italiane Buenos Aires- Argentina 2022
Mención honorífica en Teriomorfismos El Axioma revista Hispanoamericana de literatura fantástica México 2022
Links relacionados:
https://www.youtube.com/channel/UCHHAmd6bkkYvavSV-pMQHuA/videos?disabl
Instagram: nore@fran
Facebook Fran Nore
Instagram nore@fran

COLECCIÓN NOVELAS HISPÁNICAS
Segundo Volumen de la Colección:
"Enemigos del alma" – Fran Nore.

Editor: Yu'i Páez

Diseño e ilustración de tapa: Fran Nore

Editorial Kañy de descarga y distribución gratuita:

https://drive.google.com/drive/folders/1whV2uTWzHPnwEZWhGouFhVVMfCKFLHlY?usp=sharing

Escuela de Oficios y Saberes
Facebook: Editorial Kañy
E-mail: editorialkany
Rosario - Villa Constitución - San Nicolás – Argentina
Noviembre 2022